



**J O A N
P O N T**

V E N G A N Z A

**EL DIABLO SOBRE LA
ISLA II**

D.J.57

Índice de contenido

<u>I</u>
<u>II</u>
<u>III</u>
<u>IV</u>
<u>V</u>
<u>VI</u>
<u>VII</u>
<u>VIII</u>
<u>IX</u>
<u>X</u>
<u>XI</u>
<u>EPÍLOGO</u>

EL DIABLO SOBRE LA ISLA II

VENGANZA

JOAN PONT

Para Cristian, la flor de mis días.

Para Antonia Vargas, gracias por tu sincero apoyo.

El Diablo sobre la isla II. Venganza

© Joan Pont Galmés [2019)

Todos los derechos reservados.

[PÁGINA DE JOAN PONT EN AMAZON](#)

[WEB SITE DE JOAN PONT](#)

Yo soy todo lo que no te atreves a mirar cuando vas por la calle de noche.

—Unas quinientas personas...

—¡Dios mío! Y toda esa gente tomando el sol encima... Como a un niño se le ocurra cavar un hoyo demasiado profundo en la arena...

—Hay enterrados republicanos que cayeron en combate, nacionales fusilados por republicanos, republicanos fusilados por su propio ejército por actos de indisciplina y luchas internas, republicanos que quedaron en tierra tras la retirada y fueron ejecutados y cadáveres que quedaron en la zona tras la retirada.

—Pero ellas, esas cinco mujeres, no están aquí...

Esther, sudando, centró la mirada en una bandada de cormoranes que acababa de emerger tras la estela de una moto de agua, a unos cincuenta metros de la costa. Sus facciones eran breves, pero alargadas, como si la piel de su rostro pesara veinte veces más que la del resto de su cuerpo; la tristeza tiraba de su frente, de sus párpados y de sus mejillas otorgándoles, sin embargo, un aura de determinación, (el mismo rostro, pensaba yo, que una de las mujeres que más me habían impactado de la fotografía que me enseñaron en Tánger un año antes, la de María García Sanchís) aunque eso no había podido evitar que descendiera al infierno gracias a su marido. Pero yo ya me había encargado de aquel asunto, era agua pasada.

—La partida de falangistas que las capturó no era tan sanguinaria como los malnacidos del conde Rossi... —continué, apartándome el pelo de la frente—. No concebían fusilar a una mujer, aunque más les hubiera valido...

Ahora fue ella quien se despejó el pelo con la mano derecha.

—Y dices que te ha encargado el trabajo alguien... un... ¿vengador?

—¡Ja, Ja, ja! Suena bien ¿eh? Como los Avengers del sempiterno Stan Lee.

—No sé quienes son esos... —refunfuñó ella. —Justicia histórica, lo llamaste esta mañana...

—Eso es.

—¿Sabes que la Humanidad duraría solo unos cuantos meses si todos nos tomásemos en serio eso de la justicia histórica?

No respondí, la abracé por la cintura. Estaba escuálida, aún le costaba comer después de aquello. Al fin y al cabo era como si hubiera pasado por un campo de concentración. Diez años con un marido maltratador, nada menos.

—Me costó lo indecible volver aquí, Esther... No me des demasiadas razones para irme, por favor —le supliqué.

—A veces pienso que no deberías haberlo hecho... lo de volver... —matizó. —Eres el demonio en persona.

Me levanté del muro de hormigón donde estábamos sentados y entré en el coche para inyectarme un pico de morfina. Esther se quedó, ni siquiera se volvió para mirarme. Hacía un calor espantoso. No me importaba en absoluto lo que ella me dijera, es más, necesitaba sus reproches, sus accesos de cólera y su desesperación como el aire para respirar. La quería, al fin y al cabo, por eso había enterrado el cuerpo de su marido en varios lugares de la Sierra de Tramontana. Nunca le encontrarían del todo, quizás una mano, quizás un pie; pero le había quemado las yemas con un mechero, así que solo sería un miembro en una nevera hasta que alguien se cansara de él. En aquel momento yo, Carlos, tenía veinticinco años y me había convertido en algo parecido a un cadáver andante. La morfina tenía bastante que ver con ello, por supuesto, pero también en un gran porcentaje la melancolía. El recuerdo de Elena, ese cataclismo que puso mi vida boca abajo, había instilado en mis venas un elixir de muerte que nada en el mundo podía limpiar. Ella, Elena, y mi desconocida hija Mackenzie, estaban ahora en Londres, viviendo en un lujoso ático cerca de Little Venice, y yo estaba de nuevo en Mallorca, rabioso, histérico, sin saber muy bien cómo terminar con todo. ¡Quería morirme y de esa forma purgar mis pecados! Pero algo me decía que mientras ellas dos existieran debía resistir. A lo mejor un día me necesitarían,

puede que Elena decidiese... bueno, que mi hija tenía derecho a conocer a su padre... ¡No! ¡Ilusiones, falacias de mi mente intoxicada! La mirada de Elena al decirme, cuatro años atrás, que no me acercara jamás a ellas mientras yo convalecía de mi pierna rota en aquella finca llamada Son Cardaix, en Sant Llorenç d'es Cardassar, fue lo bastante explícita como para entender que se había terminado para siempre. Además, ¿cómo vas a querer que tu hija conozca al diablo?

Saqué la aguja de mi brazo y suspiré mientras los bañistas pasaban al lado de mi ventanilla. Estábamos en Sa Coma, una playa al sureste de la isla. En aquel lugar ahora paradisíaco había tenido lugar, entre los meses de agosto y septiembre de 1936, el desembarco de ocho mil milicianos leales a la república, comandados por el general Bayo, con el objetivo de recuperar la isla de manos de las tropas nacionales, una fuerza de mil doscientos soldados, trescientos carabineros y Guardias Civiles y dos mil voluntarios falangistas. Alguien había contactado conmigo para encargarme unos “asuntos” relacionados con aquel hecho histórico. Concretamente unos cuantos asesinatos de familiares de personas que participaron, directa o indirectamente, en la tortura y posterior ejecución de un grupo de cinco mujeres (la fotografía de una de ellas, María García Sanchís, me había impactado profundamente, más de lo que hubiera deseado) afines a la República y que se habían enrolado en aquel desafortunado y chapucero desembarco.

De repente Esther ya no estaba sentada en el muro. Apagué el motor del coche para que el aire acondicionado dejara de zumbar y el calor me obligara a salir. Las piernas me temblaban, pero de manera increíble aún me sostuvieron mientras entraba en la ardiente arena y la buscaba entre el maremágnum de cuerpos y toallas, deslumbrado por el brillo del agua.

—¡Carlos!

Ella se había metido en el mar y vuelto a salir, y ahora descansaba sobre una hamaca de color esmeralda, muy sucia.

—Creí que te quedarías en el coche. Siempre lo haces cuando te chutas —susurró a modo de saludo, como si no hubiera ningún sonido más entre nosotros. Su piel olía a sal, a posidonia, la mía apestaba a adicción.

—Estoy inquieto —respondí—. Aún no sé qué hacer, necesito que me ayudes.

—Ahora no pienso hablar contigo, estás colocado —musitó, volviendo la cara desdeñosamente, pero al instante se volvió de nuevo hacia mí. Las gotas de agua caían de su pelo cobrizo y se secaban en unos segundos sobre sus hombros dejando un efímero rastro de sal—. Anda, ponte a la sombra, te vas a achicharrar.

Me di cuenta de que me había acucillado a su lado fuera de la protección de la gran sombrilla de hojas de palma. La morfina solía provocarme una sensación de impermeabilidad, me sentía inmune al mundo exterior, a las personas y a los elementos; se podría decir que me convertía en una especie de planta. Esther sabía que me había ocurrido otras veces, lo de tumbarme en el suelo bajo el sol o la lluvia; sabía que me quedaría en aquel lugar posiblemente durante horas, que a mí me parecerían solo minutos. De repente se incorporó y tiró de mi cuerpo para que cayera de costado dentro del círculo de sombra.

—No sé cómo puedes estar vivo, de verdad, Carlos... Es imposible que no te hayas matado a tí mismo, tienes que estar hecho de hierro, hijo mío...

—¿Hijo mío? ¡Ja, ja, ja!

Esther decía mucho eso de “hijo mío”, incluso en la cama, cuando iniciábamos los prolegómenos que nunca se completaban, porque para mí el sexo se había terminado desde hacía años; la morfina me secaba las venas de una forma tan brutal que una erección era imposible.

—”¡Hijo mío!” ¡Me encanta! ¡Ja, ja, ja! —grité, de forma que mucha gente a nuestro alrededor se volvió para mirarnos.

—Ya basta, te digo que pares... —masculló Esther. Un par de lágrimas descendían por sus mejillas, diluyendo la sal y formando sus propios y caprichosos caminitos. A esas alturas el agradecimiento por haberla liberado para siempre de su marido se había diluido casi del todo. Ella empezaba a odiarme de una manera visceral, porque intuía, sobre todo después de haberle hablado de las tres mujeres de mi vida, Jo, Tania y Elena, que no saldría con vida después de haberme conocido. El precio a pagar por su libertad

era demasiado elevado, pero no había vuelta atrás. Nunca la había conmigo.

—¡Oh, mi Carmen, oh, mi Carmen,/aquellas lejanas noches.../Las estrellas y los bares/y los barmen y los coches...!

Recité la canción del Lolita, o algo parecido, una vez más, tumbado boca arriba, con las mejillas embadurnadas de arena en mi piel sudorosa. Eran las estrofas que cantaba Jo en las teterías del Albaicín, en Granada, seis o siete años atrás. Desde aquí, aquellos tiempos se veían como la más pura edad de la inocencia, aunque no lo fueran en absoluto.

La verdad era que echaba mucho de menos a Jo en las últimas semanas.

(Más tarde recordé que en realidad Jo no recitaba eso, sino otra cosa. Ella había visto hacía poco la película *American Graffiti* y estaba obsesionada con la canción *John Milner*, de Loquillo y los Trogloditas. Cantaba sin parar una estrofa en concreto: *Te aseguro que no me importaba el futuro que nos esperaba/ Tenía una novia sencilla y feliz que era la viva imagen de Marilyn/ y unos amigos con quienes jugar a ser los faraones de la ciudad...*)

—Miki se ha ido a Barcelona... —dijo de pronto Esther, mientras ojeaba su teléfono móvil.

—¿Qué?

—¡Mi hijo! Tengo un hijo, Carlos, ¿lo recuerdas?

—Sí, sí... Ehhh, ¿qué hace en Barcelona?

Miki tenía diecisiete años. Era un chaval muy alto y delgado, de rostro pequeño y vencido por la gravedad como su madre, que se había llevado lo peor de los años de maltrato, tener que presenciarlo, simplemente, tener que estar ahí sin poder huir y sin atreverse a gritar; por lo que ahora, liberado del infierno pero con el nuevo resquemor de no saber dónde estaba su padre por el que al fin y al cabo continuaba sintiendo una especie de amor unido a la rabia, luchaba contra el sistema desde unas recién inculcadas y bisoñas ideas anarquistas.

—No lo sé, algo de los CDR, ha dicho. ¿Crees que es peligroso?

Me puse de rodillas y dejé caer mi cuerpo con estrépito sobre el trozo libre de hamaca que no ocupaban sus pies, quedando en una postura grotesca, aunque en ese momento todo flotaba a mi

alrededor como en una especie de nebulosa y los turistas, las toallas multicolores, la arena ardiente, los cormoranes, en fin, las olas golpeando en la orilla con una cadencia hipnótica y reverberante, todo me daba absolutamente igual.

—”Los Comités para la Defensa de la República son grupos surgidos en Cataluña en 2017 con el objetivo inicial de facilitar la realización del referéndum de independencia del 1 de octubre suspendido por el Tribunal Constitucional.”

Esther se había puesto a leer en voz alta un artículo de la Wikipedia sobre los CDR. Ese mismo año aquellos grupos que proclamaban la independencia de Cataluña protagonizarían varias jornadas de caos y violentos disturbios en la capital catalana.

—Miki necesita volar, Esther... déjale volar —balbuceé.

Ella apartó el móvil y me miró con un desprecio infinito.

—¿Volar? Pues te voy a contar como me siento ahora mismo: como si mi hijo se hubiera caído de un nido en lo alto de un árbol y yo le mirase tirado en el suelo sin poder hacer nada, PORQUE NO TENGO FUERZAS PARA BAJAR VOLANDO A POR ÉL Y VOLVERLO A SUBIR... ¿Lo entiendes? ¿Puedes procesar esos sentimientos en tu cerebro?

Eso me hizo mucha gracia. Me puse a reír mientras un hilo de saliva caía de mi boca y formaba un charco en la superficie de la hamaca, arrastrando un montón de granos de arena.

Perdí la conciencia después de aquellas palabras de Esther. Era extraño que después de cientos, miles de chutes de morfina, aún me ocurrieran cosas así; nunca se pueden predecir los efectos exactos de las malditas sustancias que la Humanidad ha inventado para evadirse de la vida a la que ha sido condenada.

II

Aquel otoño murió el hijo de Esther.

Exactamente el diecinueve de octubre, durante la quinta noche de disturbios en respuesta a la condena de cárcel de los líderes políticos del *Procés* de Independencia de Cataluña. Encontraron su cuerpo carbonizado bajo los restos de uno de los mil contenedores de basura que fueron quemados esa semana en la ciudad por los radicales. Nunca se supo qué había ocurrido. Posiblemente, la causa más lógica, era que un furgón policial había arrollado al chico, sin saberlo, al intentar apartar las barricadas embistiéndolas entre una nube de humo negro. Miki tuvo la mala suerte de hallarse en el lugar equivocado. Tras pasar el furgón arrastraron más contenedores hacia la barricada y aquello siguió ardiendo.

Lloré por ese chaval, mucho. Yo había matado a su padre y ahora tenía la sensación de ser también el culpable de su muerte. Se lo conté a Esther durante el vuelo de regreso. El cuerpo de Miki, que habíamos ido a buscar a Barcelona, viajaba en la bodega del avión en un minúsculo ataúd de zinc. Ella se echó a reír, cosa que me sorprendió bastante.

—¿Tú? ¿Culpable? Vaya, te sientes Dios, Carlos, te seguirás sintiendo Dios toda la vida, ¿verdad? —me respondió.

No la entendí.

—No sé de qué me hablas.

La piel de su rostro se precipitó todavía más hacia el suelo, igual que el de María García Sanchís, una de las milicianas muertas cuya venganza me había sido encargada unos meses atrás. En realidad yo no había aceptado nada, pero ya se estaban ingresando cantidades de dinero periódicas en una de mis cuentas de un banco marroquí. Dejé que Esther, que ahora estaba llorando con la cabeza entre las manos, purgara su amargura en soledad y contemplé una vez más la fotografía de María García, de pie junto a las otras cuatro

mujeres unas horas antes de morir. Casualidad o no, el veinte de septiembre se había estrenado en la sala Rivoli de Palma el documental “Milicianas”, rodado por Tània Balló. Un correo electrónico me había avisado del estreno. Ponía “sería recomendable que lo viera”. Lo hice. Mediante una ardua labor de investigación, los autores habían reconstruido la identidad de las cinco jóvenes milicianas asesinadas en el cementerio de Son Coletes, en Manacor, ochenta años atrás, aunque continuaban existiendo múltiples interrogantes, como el paradero de sus cuerpos, depositados en una fosa común.

Esther ya no lloraba, estaba contemplando a través de la ventanilla el manto de nubes de una textura de algodón sucio. Volví la pantalla y le enseñé la fotografía.

—Esta mujer, te pareces mucho a ella...

No volvió la cabeza, la tenía apoyada contra el mamparo. En cambio yo me quedé mirándola durante un largo rato. Esa fotografía era la única causa por la que podría aceptar el encargo de una misteriosa fundación dedicada, según palabras propias, a administrar "justicia histórica", aunque todavía estaba sopesando mi decisión. Durante los últimos meses en compañía de Esther realmente llegué a pensar que podía sustraerme a la llamada de la sangre. ¡Qué ingenua determinación! Las cosas habían transcurrido de la siguiente manera: tras el ataque del ejército marroquí contra nuestra casa en Oued Tahadart en el que murió Tania... pero no, no era tan fácil, los acontecimientos que me habían llevado de nuevo hasta aquella isla del Mediterráneo de tres mil seiscientos kilómetros cuadrados eran trágicos y absurdos y no podían resumirse en algunas frases a modo de sucinto dictado, y además mi memoria tenía cada vez más lagunas, por no decir océanos enteros; no lograba recordar los detalles si no era con la ayuda de la morfina, la misma que me los había arrebatado.

—No me parezco en nada a esa mujer... joder, Carlos, ¿pero cómo me voy a parecer a ella?

Di un respingo en el asiento. Estaba ensimismado evocando el rostro de Tania entre las ruinas de la casa, en aquella playa de Marruecos, muerta de un tiro en el cuello, y las repentinas palabras de Esther me dieron un susto tremendo.

—Es la actitud —respondí, ampliando la cara de María García con las yemas de los dedos—. Esa derrota... Yo la definiría como “una mirada de tierra quemada”. Es alguien que ha visto lo que nadie debería ver pero, fíjate, aún conserva una rabia inmensa y la usa para continuar viviendo, pero no de una forma pasiva, sino todo lo contrario, intentando que sus actos sean lo más trascendentales posibles; como embarcarse, por ejemplo, en una misión con un ejército de juguete que tenía todas las de perder, aunque en el caso de salir victorioso hubiera cambiado el transcurso de la guerra civil española.

—¿Por qué lo hubiera cambiado?

—Mallorca fue usada por las tropas nacionales para controlar el Mediterráneo y bloquear los suministros marítimos a las tropas republicanas y también como base de las escuadras de aviones italianos que apoyaron el avance en tierra en la península. Dominando el aire y el mar se ganan las guerras.

—¿Cómo sabes tanto de eso?

—¿Tanto? No tengo ni idea, estoy leyendo poco a poco lo que me envían por correo electrónico.

Los correos venían de una dirección que cambiaba continuamente. Habían empezado por changeworldtogether@gmail.com; después, tras los primeros envíos de dinero, eran enviados desde diferentes direcciones usando clientes alternativos como Newton, Protonmail o Tutanota. El dinero era algo baladí, no me interesaba, de hecho lo reingresaba todo en una cuenta a nombre de Esther; lo que me absorbía por completo era aquella fotografía con la imagen de María García... Dios mío, era superior a mis fuerzas, no podía dejar de mirarla, noche y día.

Fue en aquel instante, durante ese horrible vuelo en el que transportábamos el cuerpo adolescente y carbonizado de Miki para enterrarlo en un panteón familiar que habíamos comprado a todo prisa en un cementerio privado cercano a la ciudad, cuando a Esther le sucedió lo mismo que a mí: quedar subyugada, primero por la iconografía y más tarde por la historia en sí.

Recuerdo aún la expresión de sus ojos cuando se detuvieron en la cara de María García, que yo había ampliado unas veinte veces con mi pulgar y mi índice.

—¿Quién es? ¿Qué hacía allí? —me preguntó, con la voz ronca por el llanto y el tabaco.

Yo cerré la imagen, como un niño sorprendido en falta, pero la volví a abrir de nuevo. Al hacerlo aparecieron las cinco mujeres:



—Te he hablado varias veces de ella: es María García Sanchís, la que está a la derecha. Esta fotografía es del cuatro de septiembre de 1936. Las cinco fueron fusiladas varias horas más tarde, después de ser violadas y torturadas, y enterradas en una fosa común en el cementerio de Son Coletes, en Manacor.

—Ahora me acuerdo, me lo contaste este verano, en Sa Coma, algo de un desembarco; gente enterrada...

—Justicia histórica...

—Sí, justicia histórica, la justicia que no ha tenido mi hijo.

Apagué el móvil, me dí la vuelta y le cogí las manos, todavía llenas de callos, aunque hacía un año que había dejado su trabajo como limpiadora en un hotel de Playa de Palma.

—Nada podrá reparar lo de Miki, Esther, nada ni nadie... Son las cosas inexplicables de la vida, el porqué se van unos y se quedan otros. Jamás lo entenderemos. Por cierto, ¿has pensado en el tema de Dios?

Por un instante pareció surgir un rictus de burla en la comisura de sus labios. Las azafatas habían empezado a servir las bebidas a bordo. Le pedí a la primera que se acercó dos Chivas con hielo. Ninguno de los dos dijo nada hasta que tuvimos las bebidas en la mano y la azafata se había alejado.

—Ni se te ocurra hablarle de Dios a una madre que acaba de perder a un hijo, estúpido —me espetó, después de chocar los vasos.

—Sí, lo siento, no sabía qué decir... —justifiqué—. Estoy muy cansado y necesito un chute, perdóname...

Ella ignoró mis palabras.

—... Aunque no sería un mal momento para empezar a creer en algo. ¿Sabes que por las noches le rogaba a ese hijo de puta de Dios que mi marido se matara con el coche y no llegara a casa? Lo hice muchas veces, en voz alta: ¡Por favor, mátales! ¡Mátales!

Estuve a punto de decirle: “Bueno, pues al final cumplió tu deseo”, pero no lo hice. Me terminé el whisky y levanté la mano para pedir otro.

—Ahora ya no tengo nada que pedirle, ni que acabe con mi marido ni que cuide de mi hijo... —continuó Esther. —Así que estaría bien empezar de nuevo con Él, con la cuentas a cero, me refiero, sin ninguna expectativa; los dos iguales, frente a frente...

Ya tenía la segunda copa en la mano. Acerqué mi vaso lleno al suyo.

—Es un punto de vista que me gusta mucho —argumenté—. Yo lo he intentado muchas veces, teniendo en cuenta que casi siempre he jugado con ventaja; me refiero a que he impartido justicia, así que puedo tratarle de igual a igual. Estoy hablando de Dios, le conozco bastante bien.

—Entonces, ¿empezarás a venir conmigo a la iglesia?

—Sí, de hecho me lo estaba planteando —respondí, mientras se encendían los indicadores para abrocharnos los cinturones, aunque el mío no funcionaba. El vuelo entre Barcelona y Palma duraba solo

cincuenta y cinco minutos. La azafata pasó a retirar los vasos y aproveché para comentarle lo de la luz fundida.

—De acuerdo, empezaremos a ir juntos a misa. Nos puede hacer bien.

Le apreté la mano mientras el avión tocaba tierra de una forma muy abrupta. Era un día espléndido de sol, muy diferente al de la primera vez que pisé esta maldita isla.

—¡Espera! —de repente me di cuenta de que había algo muy similar, o más bien idéntico: estaba sonando Runnaway, de Del Shannon.

—¿Qué te pasa ahora? —dijo Esther, taciturna. Había mantenido los ojos cerrados durante el aterrizaje.

—¡Es la misma canción que sonaba cuando llegué aquí por primera vez! —exclamé, con un entusiasmo pueril—. ¡Azafata! ¿Puede subir la música? ¿No? ¡Vale, vale, está bien!

La gente se reía a mi alrededor. Sí, posiblemente me comportaba de forma esperpéntica en algunos momentos, algo que no había hecho nunca con anterioridad. Me puse a cantar en voz alta mientras avanzábamos lentamente hacia la puerta.

Mientras camino, me pregunto /Qué salió mal con nuestro amor/un amor que era tan fuerte/Y mientras sigo caminando, pienso en/Las cosas que hemos hecho juntos/Mientras nuestros corazones fueron jóvenes/Estoy caminando bajo la lluvia/Las lágrimas están cayendo y siento el dolor/Deseando que estuvieras aquí junto a mí/Para poner fin a esta miseria/Y me pregunto/Me pregunto/Por qué/Por qué. Por qué. Por qué. Por qué. Por qué./Ella huyó.

—Las pastillas, los ansiolíticos, ya saben... —le dijo Esther a las dos azafatas que nos despedían en la escalerilla. Ellas me habían tomado por el destrozado padre del chico que viajaba en la bodega y asintieron con un gesto de comprensión, pero Esther no me habló en todo el trayecto hacia el tanatorio.

III

Pasaron algunos meses más y estábamos en primavera. Esther había olvidado por completo el asunto de las milicianas y yo no había avanzado nada en la investigación, aunque el dinero seguía llegando y nadie me pedía explicaciones. Tenía la impresión de que fuera quien fuese el que había tenido la descabellada idea de buscarme y contratarme, empeño harto difícil por otro lado, se arrepentía de una manera total y absoluta y estaba rezando día y noche para no encontrarme un día en su casa, sentado en su sofá; por eso no habían cortado el grifo del dinero, veinte mil euros mensuales, y tampoco me pedían que rindiera cuenta alguna. Yo seguía mirando la fotografía de María García todos los días, muchas veces, de manera compulsiva, pero no tenía fuerzas para hacer nada, simplemente levitar y consumirme.

E ir a la iglesia. Íbamos mucho a misa. Vivíamos en un piso de ciento ochenta metros cuadrados en la plaza del Olivar y nuestra parroquia preferida era la iglesia de Sant Miquel, considerada la más antigua de la ciudad. Me encantaba rezar el rosario con Esther, lo mejor era "el credo de los apóstoles". Movíamos juntos los labios, arrodillados sobre el frío suelo, y juntábamos las manos pasando con precisión las cuentas entre los dedos. A ella le sentaban muy bien aquellas horas bajo la inmensidad de las bóvedas y para mí era un acto de contricción, algo que me ayudaba a serenarme y a llenar mi espíritu de una paz que de otra manera nunca conseguiría.

Un día, después de la misa de las nueve y media, fuimos a tomar ostras al mercado del Olivar.

—De las mejores, y un buen albariño —pidió ella en la barra. Yo la esperaba sentado en una mesa. Me había chutado antes de ir a misa y en ese momento, extasiado, miraba a la gente, sus caras, sus gestos, con una sonrisa bobalicona en la boca.

—Ahora las traerán —dijo, sentándose. Llevaba un abrigo Gucci de pata de gallo maravilloso. Se estaba aficionando a la ropa cara, aunque sus gestos aún eran bastante vulgares, y su mirada... bueno, indefectiblemente procedía del nivel suelo, el del trabajo duro y el sufrimiento diario a cambio de nada, pero un abrigo de Gucci lo disimulaba bastante bien. Trajeron las ostras y el albariño y brindamos.

—Ha sido un buen oficio el del padre Mateu, ¿verdad? —comenté.

—Sí, aunque le cuesta olvidar lo de Franco. A ver si deja de mencionarlo en sus sermones.

Dos semanas después de la muerte de Miki en Barcelona el gobierno había exhumado los restos de Francisco Franco, el dictador que sumió al país en una autarquía de cuarenta años, de su tumba en el Valle de los Caídos, y lo había trasladado al cementerio de Mingorrubio, junto a su esposa. Como era lógico aquello había provocado un maremágnum de reacciones viscerales en los estamentos de ultraderecha, incluida la iglesia, aunque la respuesta de la jerarquía española había tenido que desarrollarse en el ámbito privado porque el Vaticano no había querido entrar en el asunto y había ordenado mantenerse al margen. Pero lo púlpitos eran otra cosa. El padre Mateu, nuestro párroco de Sant Miquel, incluía todos los días alguna mención a aquel acto repulsivo, según él, que traería desdichas a un país infectado por la inmoralidad. Uno de los pilares de la Falange Española había sido la Iglesia, que entraba al dictador bajo palio en los templos, así que no dejaba de ser una cosa muy normal. Yo me solía dormir en los sermones mientras Esther tomaba nota mental de las palabras del padre para repetírselas después y hacerle ver que ya empezaba a resultar un poco cansino. Él se reía y respondía siempre lo mismo: en realidad hablaba para sus adentros, porque tras cuarenta años de sermonear a las diez beatas que acudían al primer oficio creía que nadie le escuchaba.

—Oye, Carlos —me dijo de pronto, tras terminarnos una docena de ostras cada uno y la botella de Albariño—. ¿De dónde sacas el dinero?

Yo me eché a reír, a carcajadas, entre el bullicio del mercado.

—¿Cuánto llevamos juntos, un año? —le pregunté. Estaba perplejo, la verdad, no había caído en la cuenta de que Esther no conocía nada de mí y en cambio yo lo sabía todo de ella.

—Sí, prácticamente un año —respondió. Yo no podía parar de reír, tuve que hacer un gran esfuerzo porque ella empezaba a enfadarse. Saqué mi móvil y le enseñé la fotografía de María García.

—Bueno, en realidad ella y las otras cinco mujeres son las que pagan tu carísima ropa.

Pero la expresión de Esther ya había cambiado por completo. Estaba furiosa. Sin mediar palabra cogió su abrigo y su bolso y se marchó.

—¡Espera! —Intenté seguirla, aunque había mucha gente y el olor de las pescaderías empezaba a marearme. Me sentía sin fuerzas. Me acerqué a una cafetería y pedí un Chivas con hielo. Sonaba la canción El Ritmo del Garaje, de Loquillo y los Trogloditas:

*Tu madre no lo dice, no
pero me mira mal.*

*Quien es el chico tan raro con el que vas?
Cuando yo estoy delante me trata muy normal,
y a solas te imagina un novio más formal.*

De repente sentía que había llegado la hora de hacer justicia a esas mujeres y que todos aquellos días mirando sus rostros en blanco y negro horas antes de que murieran no habían sido más que una absurda pantomima.

Aunque de entrada ya surgían muchas dificultades. La primera es que me había acomodado tanto en aquella posición, la de recibir dinero por algo que no pensaba hacer nunca y además poder deleitarme en la observación del enigmático rostro de María García siempre que me diera la gana que me daba una pereza tremenda. Segundo: yo no era ningún investigador. Siempre recibía las cosas hechas: me daban mis armas, esperaba a quien fuera en el lugar que fuera y disparaba; sin plan, sin preparación, me consideraba demasiado impaciente para ello; jamás podría haber preparado algo con meses o años de antelación, como hacían mis jefes.

Jefes... por otro lado, después de la traición de la Organización de Vyacheslav la última vez que estuve en Palma y que provocó que todo se precipitara y que al final muriera la mejor amiga y el hermano de Elena, no había vuelto a trabajar para nadie más; de hecho estaba completamente seguro de que no podría volver a recibir órdenes de nadie. Iluso de mí, tardé demasiados años en darme cuenta de que el que manda asesinar a alguien tarde o temprano querrá acabar también con el asesino; era pura lógica, como ilógico era que yo continuara vivo.

Deambulé por la ciudad toda la tarde y aproveché para acercarme a las viviendas de Corea para ver a mi camello. De vez en cuando me gustaba visitarle `para que recordara que no estaba pasando morfina a alguien cualquiera y quitarle de la cabeza la tentación de rebajarla con metadona o con fentanilo. El autobús de la línea 16 iba atestado aquella tarde. La gente se agarraba a lo podía para no caerse y los que lograban sentarse miraban hacia el exterior para no ver las miradas anhelantes de los que iban de pie. Yo me coloqué en el centro, junto al espacio de los cochecitos de bebés. El vehículo empezaba a subir por la calle General Riera cuando escuché las primeras notas de Cadillac Solitario, pero el conductor tenía la radio con el volumen tan bajo que casi no podía oírlo.

—¿Puede subir la música? —grité, con la voz quebrada—. ¡Por favor!

No escuché ninguna respuesta entre el bosque de caras sudorosas, ni nadie que pasara mi petición al chofer, al que no lograba ver, pero al cabo de varios segundos la música subió uno o dos decibelios:

Siempre quise ir a L.A

dejar un día esta ciudad.

Cruzar el mar en tu compañía.

Pero ya hace tiempo que me has dejado,

y probablemente me habrás olvidado.

No sé que aventuras correré sin ti.

Era magnífica. Tarareé la canción hasta el final, cerrando los ojos, sudando como todo el mundo en aquella lata de sardinas con ruedas; incluso me pasé de parada y tuve que bajar andando más de lo que me hubiera gustado. Debían ser las seis de la tarde, pero cuando llegué a los horribles bloques de viviendas llamadas Corea aludiendo a la guerra de los años setenta en el sudeste asiático (era muy curioso, pero numerosas ciudades y pueblos de España tenían un suburbio llamado “Corea” y también “Malvinas”) me di cuenta con horror de que algo había cambiado. El ruinoso bloque VIII donde vivía Willi el Wonka, mi camello, estaba siendo demolido.

—¿Dónde ha ido la gente que vivía aquí? —le pregunté a un obrero con chaleco y casco amarillos que conducía una pequeña retroexcavadora. Ante su mirada de indiferencia tuve que rebuscar en mi cartera y sacar un antiguo carnet de periodista.

—Se habrán repartido por los otros bloques... —me contestó, con más entusiasmo. —Estos nunca se van de aquí, les gusta. Mira en el bloque XII. Los primeros días vi gente llevándose muebles hacia allí. En un par de años lo van a destrozar todo...

El ayuntamiento de Palma estaba intentando sanear aquella zona tan deprimida de la ciudad y ya había remodelado uno de los bloques de viviendas, el llamado XII, pero el nuevo edificio tenía todas las cartas de la baraja para convertirse en un foco de marginalidad de la noche a la mañana.

Me encaminé hacia allí. En el patio de entrada había un nutrido grupo de niños jugando al balón.

—¿Conocéis al Wonka? —pregunté.

Casi nadie me hizo caso, pero una niña de unos ocho años, de piel cobriza, se acercó corriendo.

—¡El Wonka vive en el cuarto! —me gritó, con voz chillona y plagada de curiosidad.

—Gracias, guapa, toma esto —le di unas monedas de euro—. ¿Puedes abrirme?

En realidad el cierre de la verja de entrada ya estaba roto y solo había que empujarla. En el patio interior había varios restos de hogueras, el techo estaba lleno de hollín; suciedad y bolsas de

basura tiradas en la escalera. Subí hasta el cuarto piso y pregunté de nuevo por el Wonka. Le llamaban así por la película y porque a los once años ya estaba fumando canutos de “chocolate”. En uno de los pisos se oían los gritos de una gran bronca conyugal que terminó de repente con el sonido de golpes seguidos de sollozos de mujer. Todo el edificio olía a coliflor hervida.

—¿Quién? —sonó una voz, mientras el agujero de la mirilla se oscurecía.

—¡Willy, abre, soy yo! —dije, alejándome y abriendo los brazos para que viera que venía solo.

—*Que cony fàs aquí?* — exclamó él, en catalán. Pero antes de que liberara el cerrojo yo me lancé contra la puerta y la golpeé con el hombro para intentar derribarla. No logré nada, estaba muy delgado y apenas tenía fuerza física, pero Willy se asustó bastante.

—¿Por qué tienes que hacer esto? —gritó, alejándose de la puerta.

—¡Willy, abre, joder! ¡Solo quiero hablar! ¡Pensaba que no te encontraría y me puse nervioso! ¡Lo siento, tío! —grité, más alto de lo que hubiera deseado.

Al final se acercó a la puerta y abrió.

—Solo vengo a verte, tranquilo, sabes que me gusta visitar a mis amigos...

Era un tipo de unos treinta años con una mandíbula exageradamente larga y el pelo al rape. Vestía con unos leggins, bailarinas y una camiseta que ponía Rock Star.

—¿Vas vestido de mujer o qué? —le dije, para romper el hielo, mientras observaba la diminuta vivienda para ver si estaba solo. Había una cocina americana llena de cacharros sucios, un baño y una habitación con la puerta cerrada. Me moví un poco hacia la derecha para no perder de vista aquella puerta en caso de que se abriera.

—Bueno... en mi casa me visto como me da la gana... no esperaba visitas.

—Y menos la mía ¿no? ¡Ja, ja, ja! —me reí a carcajadas para que se relajara. Tampoco había venido a matarle, y la verdad era que las últimas entregas habían sido muy buenas. El cabrón del Wonka conseguía la morfina de un trabajador de la farmacia del hospital de

Son Espases, allí la usaban para aliviar el dolor de los enfermos de cáncer—. Anda, ponme algo de beber...

Había un sofá y dos butacas, todo cubierto con colchas de color beige de Ikea. Mientras el Wonka servía unos Smirnoff con naranja moví una de las butacas para quedarme sentado frente a la puerta del dormitorio.

—Entonces, ¿qué es de tu vida, tío?

Él se sentó en el sofá, lleno de migas de pan. Brindamos antes de me respondiera.

—El tema está jodido... Han cambiado a la jefa de mi colega en el hospital y no sabe cuándo volverá a poder sacar mercancía —dijo, con la mirada fija en las baldosas del suelo.

—¿Qué? ¡No me jodas! —eso me dolió, y mucho. Alcanzar una estabilidad en el suministro era algo que siempre me había obsesionado. Un yonqui no podía pasar de su dosis ni aunque se acercara el fin del mundo, o aunque se estuviera muriendo su madre o su padre, daba igual. Empecé a repasar cuántas ampollas tenía guardadas en la nevera de mi casa. —Tengo solo para dos semanas, tío, eso es una auténtica putada, tienes que hacer algo, joder; dale más pasta y ya está, que le importe una mierda perder el puto trabajo en el hospital...

El Wonka levantó la vista y me miró. La verdad era que parecía sentarle tan mal como a mí, como si fuera él mismo quien iba a experimentar que su cuerpo se convertía en una bola de papel que alguien arrugaba entre las manos cuando empezara a notar el síndrome de abstinencia.

—¿Más? ¿Cuánto más quieres pagar?

—¡Me importa una mierda! ¡Lo que sea! —grité, fuera de mí—. ¡Me da igual si tengo que pagar a unos colombianos para que vayan a ese jodido lugar y revienten la farmacia! Quiero esa morfina, tío, ¡NO QUIERO NINGUNA OTRA, SOLO ESA!

—Ssshhh, vale, tío, vale... —El Wonka parecía realmente asustado en aquellos momentos. Debía haber visto algo aterrador en el fondo de mis ojos. Levantó las manos en señal de apaciguamiento mientras miraba con el rabillo del ojo hacia la puerta del dormitorio. Al darme cuenta me levanté, frenético.

—¿Quién hay ahí, eh? ¿Quién lo ha escuchado?

Abrí la puerta, que golpeó con violencia contra la pared y me aparté justo a tiempo para ladear la cabeza y que doscientos perdigones no me la volaran. Aún así algunos me dieron en el hombro, pero el que se llevó la peor parte fue el Wonka, que estaba detrás de mí. Cayó hacia atrás, sobre la butaca en la que yo estaba sentado antes, prácticamente sin cara, que se había convertido en un amasijo de carne sanguinolenta. La que había disparado era una mujer gitana muy joven, de unos dieciocho o veinte años. En ese momento miraba el cuerpo del que debía ser su marido agonizando sobre la butaca con los ojos tan abiertos que parecían salirse de las órbitas. Estaba embarazada, en los últimos meses de gestación.

—¿Pero por qué has hecho eso? —le grité, quitándome la camiseta. Con ella en las manos para no dejar huellas, le arrebaté la escopeta. Pero enseguida lo entendí todo. El Wonka, asustado por tener que darme la noticia de que ya no podría seguir suministrándome aquella morfina tan buena del hospital, debía haber investigado sobre mí y descubierto “algo”, o a lo mejor “nada”, porque “nada” era peor que “algo” en nuestro mundillo. Alguien del que no se sabía “nada” y al que nadie conocía era el más temido. No dejar rastro significaba la perfección, el summum. Había intuido quién era yo y se lo había dicho a su mujer, por eso ella había actuado sin pensar ni un momento en las consecuencias, muerta de miedo.

—Joder... y encima, esperando un niño... ¡Vaya mierda!

Yo estaba allí, plantado, con la escopeta en las manos. La chica estaba en shock, hiperventilándose. No podía dejarla allí, había oído mis gritos sobre lo del hospital; si se lo contaba a la policía me iba a quedar sin morfina por mucho tiempo.

Me acerqué a ella, le puse el cañón bajo la garganta, inclinado hacia arriba y disparé.

Hay cosas que suceden y que uno ve pasar ante sus ojos como a cámara lenta, con el tiempo detenido como si fueras uno de esos mutantes de Marvel. Normalmente se trata de acontecimientos dramáticos, que recordarás toda la vida. Es algo que no me sucede a mí, pero estoy seguro de que sí les pasa a las personas que he

matado y que mataré en el futuro, aunque ellos no podrán recordarlo ni contárselo a nadie. Después de esparcir los sesos de aquella chica por toda la habitación dejé el arma en su regazo como si se hubiera disparado ella misma, encendí la tele y la puse a todo volumen, abrí la nevera con las manos envueltas en mi camiseta, cogí cinco ampollas de morfina que el Wonka había acumulado y varias bolsas de heroína que encontré en un cajón de la cómoda; guardé el vaso de vodka naranja que tenía mis huellas dactilares en una bolsa de plástico de Mercadona y salí de aquella casa. No había nadie en el pasillo, todo el mundo estaba ocupado en sus propios asuntos. Bajé al patio interior por las escaleras y me encontré de nuevo con el grupo de chavales que jugaban al fútbol.

—¿Has disparado tú con una escopeta? —La niña de antes me salió al encuentro mirándome con ojillos codiciosos.

—¿Una escopeta? ¡Ja, ja, ja! —me eché a reír a carcajadas—. ¿Y cómo sabes tú cómo suena una escopeta?

—Sé cómo suena una escopeta y si la han recortado o no... Una vez también ví a mi hermano disparando con una pistola, en la finca... ¡Paum, paum! ¿Has visto al Wonka?

Yo no podía dejar de maravillarme ante la perspicacia de aquella chiquilla. Si no tuvieran que luchar con los demás por el dominio del patio y pudieran ser transportados de repente a una vida normal los niños criados en la calle seguro que triunfarían en cualquier cosa, lo que fuera, a la que les destinase la vida.

—¡No, no le he visto! He tocado en la puerta, pero tienen la televisión tan alta que no me oyen... Están viendo una película de tiros, como dices tú... ¡Paum, paum! ¡Ja, ja, ja!

—¡O jugando en la "play" al Call of duty! —exclamó la niña, echando a correr para unirse de nuevo el equipo de fútbol.

Salí a la calle General Riera y me monté en el autobús 19 que llegaba hasta la universidad. A pesar de que tenía cosas más importantes en las que entretenerme, como por ejemplo mi camiseta con salpicaduras de sangre que la cazadora de cuero apenas podía ocultar, me puse a pensar en aquel efecto que describen las personas que han estado cerca de la muerte o han sufrido algún accidente grave: el tiempo parece detenerse y todo sucede muy despacio, como en fotogramas, uno a uno; o como si estuvieras

pasando con el dedo las fotos de la galería de tu móvil. Aquello debía sucederle a la chica que acababa de morir en aquel piso y eso mismo debía haberle ocurrido a la protagonista de todos mis pensamientos últimamente: María García. ¿Qué debía haber experimentado aquella mujer torturada, víctima de un atroz dolor físico, ante los fusiles levantados hacia ella del pelotón de fusilamiento? Los minutos, los segundos, las centésimas, debían haberse convertido en años. Supongo que esa es la peor forma de enfrentarse a la muerte: verla llegar, saber que solo te quedan un par de respiraciones más, que pronto tu cuerpo será atravesado por varios proyectiles que destrozarán tu pulmones, tu estómago, tus riñones, tu cerebro; y con suerte, tu corazón.

Descendí junto al resto de estudiantes en la parada del edificio Ramón Llull, la facultad de letras, y deambulé por allí un par de horas, recordando que Elena había caminado también por esos edificios y esas aceras. Entré en una cafetería, pedí algo para almorzar, dejé el vaso del Wonka junto a la vajilla sucia sobre la barra y aproveché para inyectarme en el baño un chute que casi me dejó inconsciente.

—¿Oye, me puedes pedir un taxi? —le rogué a la camarera al salir, con la saliva cayéndome por la barbilla. Le dije al taxista que me llevara al hospital de Son Espases, a apenas dos kilómetros de distancia.

Me costó un montón descubrir el camino hacia el almacén de la farmacia en aquel lugar inmenso, pero al final me encontré ante un mostrador con un hombre de unos cuarenta años que me miraba con unos ojillos diminutos y escrutadores.

—No sé si he venido al sitio correcto... —balbuceé, agotado, sacando una ampolla de morfina de la bolsa de plástico —...pero necesito más de esto.

Al hombre se le mudó la cara.

—No... Ehhh... ¿Quién le ha dado eso?

Aquello me irritó un montón; solo anhelaba estar en casa, tumbado en el sofá, mirando la fotografía de María García.

—Vamos, tío, no me hagas perder el tiempo. El Wonka es agua pasada. Ahora estamos tú y yo, SOLO TÚ Y YO. Sé que las cosas han cambiado por aquí y estoy dispuesto a cubrir tu jubilación si te

descubren, pero sácame más de éstas ampollas, muchas más, hasta que te diga basta. ¿De acuerdo? Dame tu mano.

—¿Qué?

—Tu mano... —Había un bolígrafo sobre la barra. Le cogí la mano temblorosa y le escribí mi número de teléfono en la palma.

—Llámame en cuanto lo tengas...

Me di la vuelta y me largué de allí. Me sentía hastiado. Tomé un taxi para volver a casa, pero el tráfico era horrible y estuvimos parados durante veinte minutos en un embotellamiento junto al centro penitenciario. Mientras esperaba estuve observando el cielo, tapizado de cirros que anunciaban un descenso de las temperaturas en las próximas veinticuatro horas y escuchando las noticias de la radio: el Reino Unido estaba a punto de salir de la Unión Europea y el rey de España, Felipe, iba a ir a Barcelona entre grandes medidas de seguridad por miedo a una respuesta violenta de los CDR's. Pero me cansé pronto de todo eso y empecé a navegar por internet mientras en la radio sonaba *Yo para ser feliz quiero un camión:*

*Yo para ser feliz, quiero un camión,
llevar el pecho tatuado,
en camiseta mascar tabaco.*

Yo para ser feliz, quiero un camión.

Yo para ser feliz, quiero un camión.

*Escupir a los urbanos,
a las chicas meter mano.*

Yo para ser feliz, quiero un camión.

uuuaaauuu!!

—¡Yo viví esa época! —dijo de pronto el taxista, incómodo porque el taxímetro no paraba y estábamos avanzando a paso de tortuga, aunque a mí me daba absolutamente igual.

—¿Los ochenta?

—Sí, en Madrid. Los ví tocar muchas veces, a Loquillo y los Trogloditas, a Alaska y los Pegamoides, a Radio Futura... ¡Qué tiempos!

Asentí con la cabeza mientras terminaba la canción. En otro momento me hubiera gustado hablar de ello, de aquel espíritu rebelde, de la ola vanguardista que iluminaba los pensamientos de la juventud en aquellos años, pero ahora no tenía la cabeza para eso.

—Me hubiera gustado estar ahí... pero ahora, tengo que trabajar un poco... —lamenté, bajando la vista hacia el móvil. Uno de los últimos correos de mis “benefactores”, la fundación Change the World Together, era del día anterior. El asunto rezaba: “Operations of our affairs in common”. El cuerpo del mensaje era escueto: “Nos gustaría solicitarle información sobre el resultado de nuestra colaboración en las actividades culturales contratadas.”

—¡Ja, ja, ja! —solté una risotada al leer aquello de las “actividades culturales”. El taxista me observó por el retrovisor, aliviado. Nadie firmaba el texto.

—Está bien, amigos de la CWT, a ver quiénes sois y a qué os dedicáis en realidad.

No tardé mucho en encontrar la tapadera, nombrada como “The most wide-spread Education Organisation in Europe”, una organización norteamericana dedicada a los cursos de aprendizaje de inglés, certificación TESOL y academias Montessori, pero no había nada que aludiera a esa “justicia histórica” que se mencionaba en los correos iniciales, aunque en realidad no necesitaba saber nada de eso. Abrí uno de los correos en el que aparecía el dietario de una de las milicianas, la primera por la izquierda en la fotografía, la que mira al fotógrafo con gesto retador y se diría que incluso altanero (las otras mujeres, de izquierda a derecha después de la autora del diario eran Teresa Bellera, Daría Buixadé, Mercedes Buixadé y María García Sanchís). El diario llegó a manos de Mateo Gelabert Prohens, director del semanario falangista Informaciones, cuya línea editorial era combatir la masonería y el marxismo, y publicado en 1938.

Bueno, tenía una pista: la persona que se había quedado con el diario de la miliciiana desconocida tenía que haber estado en el lugar de la ejecución y a lo mejor podría haber participado en ella y en las torturas anteriores. Al pensar en ello empezó a hervirme la sangre en las venas por María García.

“Mataré al que te hizo eso, te lo juro” pensé, para mis adentros, aguantándome las ganas de gritarlo en voz alta por la ventanilla.

Como era de esperar el Informaciones había usado aquel texto, al que tituló “Diario de una miliciana marxista”, para mostrar los desesperados e inútiles intentos de derrocar a las tropas nacionales en el desembarco catalano marxista de Bayo. Si aquel director hubiera podido adivinar el futuro y saber que dentro de ochenta y un años sería usado por mí seguramente se hubiera cuidado mucho de hacerlo.

Empezaba así:

16 de agosto de 1936.- A las 6 de la tarde salimos a bordo del “Ciudad de Tarragona” con rumbo a Mahón, 30 milicianas y 400 milicianos con objeto de tomar parte en las operaciones contra los fascistas. Una vez en el barco se nos hizo una despedida por demás cariñosa y entusiástica, y entre los vítores a la República, la Revolución y las milicias antifascistas, salimos de Barcelona a las 6 de la tarde del día 16 de agosto. El viaje fue regular, pues la mar estaba algo picada. Casi todos se marearon, y por la noche no probamos bocado alguno. Llegamos a Mahón a las 8 de la mañana y se dieron órdenes de no desembarcar; estuvimos hasta las 10 de la mañana, en que nos dieron chocolate, un pan y un vaso de agua. Todos los milicianos pedimos ir a tierra con idea de poder comer caliente y pues estábamos casi enfermos de no tener nada caliente en el cuerpo. Al fin conseguimos, a las 12.30 saltar a tierra y allí los militares no sublevados se encargaron de alojarnos, en las diferentes casas de Mahón. Estuvimos en el casino de suboficiales, en donde aprovechamos para escribir a los familiares. Después fuimos destinadas a comer en el Hotel Bustamante, Teresa, Tere, M^a. García, los dos hermanos (sic) de Sabadell y yo. Teresa, Tere y yo, somos las tres inseparables y siempre vamos juntas. María Teresa es la Jefe del Grupo. Antes de comer nos aseamos un poco, después comimos y nos dieron de comer entremeses, tomate, aceitunas, alcaparras y sardinas, después, sopa, albondiguillas, merluza y carne con tomate, postres de melón y peras; luego fuimos a tomar café al casino de Suboficiales. Luego con dos Sargentos de Milicias fuimos llevados al Hospital. Estuvimos viendo el pueblo

comprando algunas cosas y tomamos cerveza y a las 10 salimos nuevamente en el “Ciudad de Tarragona”.

—¿Le va bien aquí, caballero?

—¿Qué? Sí, quédese el cambio...

No me había dado cuenta de que habíamos llegado. Estaba absorto, ensimismado, mi entrañas rugían debido al nerviosismo. Tenía unos deseos inmensos de empezar con aquello. Ahora sí, estaba totalmente convencido y mi sed de venganza aumentaba a cada segundo. Entré en el portal y llamé al ascensor. Nuestro edificio tenía unos doscientos años de antigüedad, albergaba un banco en la planta baja y estaba pulcramente reformado desde hacía cinco años. Tenía una cúpula hexagonal y un templete (nuestro dormitorio) que coronaban la azotea justo encima del chaflán. El alquiler era de siete mil euros al mes, algo que continuaba escandalizando a Esther, pero para mí no era más que calderilla. Además del ingreso que recibía de la CWT poseía una fortuna en fondos de inversión y algunas propiedades en Marrakech, una finca agrícola en Francia y dos restaurantes en Londres, que me daban grandes beneficios.

—¡Buenas tardes, señor Pecipach!

El conserje me saludó tocándose la visera de la gorra. Estaba sentado en su escritorio leyendo el periódico. Imité el acento de un ciudadano norteamericano afincado en Mallorca para responderle, algo que había empezado a hacer el primer día sin pensar y que ahora me provocaba carcajadas, que tenía que aguantarme hasta llegar al ascensor.

Al entrar en casa noté algo raro enseguida. Solo tuve que respirar dos veces para entender que olía a muerte: sí, yo podía olerla, a la parca: esa túnica negra sin rostro y con una guadaña. Estaba en aquella casa, no había ninguna duda; en algún lugar, aunque no me esperaba a mí, también pude percibir eso.

—¡Esther! ¡Esther!

Escuché el estrépito de una silla al caerse. Había sido en el antiguo dormitorio de Miki que, como era lógico, ella no había querido tocar. Fui corriendo, pero la puerta estaba cerrada con llave. Empecé a dar patadas a la cerradura y, tras mucho esfuerzo, el mecanismo cedió y la puerta golpeó con furia una estantería,

derribando varios cuadros con medallas enmarcadas, recuerdo de cuando Miki había sido atleta, allá por los doce años.

Esther se había ahorcado, colgaba en un rincón con los ojos en blanco. La soga de la que pendía estaba atada a una barra de hierro que Miki había hecho instalar a un albañil para hacer flexiones y que iba de esquina a esquina; los ojos en blanco, como si las pupilas se hubieran dado la vuelta hacia el interior de su cabeza.

—¡No! ¡No!

Corrí a empujar el escritorio para colocarlo de nuevo bajo su cuerpo, que quedó sentado. Me subí al mueble y deshice el nudo corredizo con las manos temblorosas.

-No me jodas. ¡Respira, maldita sea!

De repente, como si se tratara de una de esas máquinas tragaperras de los bares, las pupilas de sus ojos volvieron a aparecer desde el interior y se colocaron en su lugar. Eso me alegró un montón. El problema ahora eran las vértebras del cuello, pero la caída no había sido violenta y no tenían porqué haber sufrido ninguna rotura.

La tumbé sobre el escritorio y fui a la cocina a por agua. Le humedecí los labios. Afortunadamente podía mover los músculos de la laringe para beber.

—Dios mío... Dios mío... —empezó a sollozar, con la voz ronca. Me tumbé junto a ella y la abracé durante mucho tiempo, en silencio.

—¿Cómo estás?

Al volver en sí se sobresaltó y empezó a patallar, balbuceando sobre la camilla de la ambulancia que nos llevaba en un corto trayecto hacia la clínica Rotger.

—Apártese, le pondré un calmante...

Los camilleros me habían mirado con cara de compasión al llegar a casa, seguramente el conserje les informó que la mujer había intentado suicidarse a causa de la muerte de su hijo, etcétera. Ahora

la que iba detrás conmigo en el corto trayecto me sonreía del mismo modo. Esther ya se relajaba.

—Bueno... —suspiró la mujer, brillando con sus ropas reflectantes —. La has encontrado a tiempo, por suerte... Creo que lo único grave serán las marcas en la garganta, van a tardar un tiempo en desaparecer...

Me fijé en su cuello y en los moratones de color carmesí que empezaban a hacerse visibles, cruzándolo longitudinalmente.

Al cabo de tres horas estábamos de nuevo en casa. Las radiografías no apreciaban problemas en sus cervicales y no había nada más que hacer en el hospital, salvo citar a Esther para una consulta con el psiquiatra al día siguiente.

—No se separe de ella ni deje medicamentos a su alcance, la verdad es que la veo demasiado tranquila —me dijo, sin embargo, la doctora de urgencias.

Saludé al conserje al entrar en el hall de la finca, quien enarcó las cejas por encima de sus gafas de concha.

—Ya tenía que haberme ido, pero me quedé para ver como... iba la cosa... —justificó el hombre.

—Todo bien, *muchos grasia*.

A pesar de la situación no pude evitar un bufido a modo de risa cuando se cerró la puerta del ascensor. El pastoso acento norteamericano me salía indefectiblemente cada vez que me encontraba ante el conserje, no había nada que hacer.

—No me hubiesen enterrado en un cementerio católico, ¿verdad? —dijo de pronto Esther, con la cara pegada a la mía, porque yo la sujetaba con mi brazo por debajo de la axila izquierda por si le fallaban las piernas. La puerta del ascensor empezó a abrirse con un siseo gutural.

—No lo sé... Creo que sí, ya no es como antes...

—No, la iglesia odia a los suicidas y no permite que los entierren en sus cementerios.

—Tendrás que preguntárselo al padre Mateu, pero creo que sí dejan que los entierren, aunque a lo mejor no se les hace un funeral católico... —mientras le decía eso y caminábamos por el pasillo

hacia la puerta de nuestro piso empecé a buscar información en el móvil.

—Parece que en los últimos años están suavizando las posturas sobre eso. Mira: "Trastornos psíquicos graves, la angustia o el temor grave de la prueba, del sufrimiento o de la tortura, pueden disminuir la responsabilidad del suicida" (catecismo de la Iglesia católica, n° 2282), y esto: "No se debe desesperar de la salvación eterna de aquellas personas que se han dado muerte. Dios puede haberles facilitado por medios que sólo Él conoce, la ocasión de un arrepentimiento salvador" (catecismo de la Iglesia católica n°2283).

Llevé a Esther hasta el sofá del salón y fue a la cocina a buscar un paño que mojé con agua del grifo para que se lo aplicara en los moratones del cuello.

—Pero ¿me habrían enterrado en un cementerio normal? —me preguntó ella, con la voz lastimera.

Yo chasqué los labios con impaciencia. Volví a mirar el móvil.

—Ya te lo he dicho: ahora no ocurre. Antiguamente cuando alguien se suicidaba se realizaba un juicio al cadáver y se prohibía cualquier rezo, oración o palabra en honor al difunto, que era enterrado en los cruces de caminos, lejos de los cementerios o camposantos. Suicidarse era un pecado mortal; un pecado mortal es suficiente para merecer el infierno; y si uno está en el infierno, ninguna oración puede sacarlo de allí, pero el argumento modernista sobre este asunto es: "a los suicidas no se les debe negar la sepultura católica porque ellos más que nadie necesitan nuestras oraciones", pese a que quitarse la vida es un pecado grave contra el 5° mandamiento de Dios: "No matarás". Este mandamiento no solamente prohíbe quitar la vida ajena, sino también la propia.

Escuché una carcajada, había estado leyendo la pantalla mientras regresaba a la cocina a ponerme algo de beber.

—¿Qué ocurre? Bueno, me alegro de que te rías, de que estés contenta, pero ¿qué te ha hecho tanta gracia? —le pregunté al volver, con un vaso lleno de JB de quince años con hielo. Ahora ya no se escuchaba su risa, pero aún mantenía un rictus en su boca.

—"No matarás"

—¿Cómo?

Se revolvió en el sofá. Yo me había sentado en el de la derecha. Ya era de noche. A través del ventanal veíamos el altivo campanario de la iglesia de Sant Miquel y los murciélagos que revoloteaban incansables a su alrededor. Me encantaba mirar aquella construcción, el campanario gótico rematado en una estructura triangular, pero sobretodo me hacían gracias las ristras de pinchos metálicos clavadas en los alféizares de las ventanas del campanario para impedir que se posaran las palomas. Una imponente mole de piedra destinada a durar siglos y milenios amenazada por los humildes excrementos de unos pájaros que apenas vivían dos o tres años, una indeleble prueba de los miedos de la Humanidad y de su frágil pensamiento.

—Nada... —dijo Esther—. Oye, si alguna vez lo consigo, me refiero a matarme, asegúrate de que al menos me pongan en un ataúd bonito.

Me acerqué a ella y la bese en la frente.

—Te pondré aquí, en medio del salón —dije, con ironía, abriendo los brazos y abarcando el espacio libre hasta la pared de enfrente. —Las persianas bajadas, el ataúd sobre esos caballetes con drapeado negro, adornado de cordones y borlas, suspiros en los rincones... ¿Qué te parece?

—Me dan ganas de volver ahí y colgarme de nuevo... —musitó ella, de forma lánguida.

Di un trago a mi vaso antes de responder.

—Oh, no te dejaré... al menos hoy no... estoy demasiado cansado, no aguantaría un funeral. Por cierto ¿quieres algo de beber?

Ella me miró con ojos suplicantes.

—Sí, ponme uno de esos y... Carlos, necesito algo más fuerte...

Me detuve, con el cuerpo flexionado, a punto de levantarme.

—No... —negué con la cabeza en un movimiento tajante—. No y no... Sería mejor que te cortaras las venas antes de...

—¡Por favor! ¡No puedo seguir viviendo! ¡No tengo fuerzas! Pero tampoco quiero dejar esto todavía...

No respondí. Me levanté, le serví la copa y se la puse en las manos sin mirarla a la cara; entré en el dormitorio, abrí mi mesita y saqué mi neceser Alexander McQueen donde guardaba las cosas

para inyectarme. Regresé junto a ella y me senté a su lado en el sofá. Aún tenía el pinchazo fresco de la vía que le habían puesto para administrarle el calmante.

—¡Auchhh! —se quejó, al notar la aguja.

—Lo siento, solo me lo hago a mí.

Al instante echó la cabeza hacia atrás con una expresión de summun en el rostro. La observé con detenimiento. Estaba experimentando algo parecido a un orgasmo, solo que las oleadas de placer no provenían de las terminaciones nerviosas de los órganos sexuales, sino del cerebro, algo muy, muy desconcertante las primeras veces, y por ello inevitablemente adictivo.

—¿Estás bien?

Ahora tenía la cabeza recostada sobre el brazo del sofá. Le saqué la aguja, le puse una tirita y le rectifiqué la postura de la cabeza. Por si acaso le levanté los párpados y comprobé su respiración. Todo parecía normal, una mujer descansando en el salón de su casa, algo de lo más cotidiano; la única diferencia era que en aquellos instantes aquella en concreto estaba descendiendo las escaleras del infierno.

IV

Día 18 de Agosto de 1936.- Cala Rizada.- Llegamos a la isla en donde están acampadas varias centurias de milicianos. Entramos en aguas a las 8.07 de la mañana sin desembarcar hasta que de otros barcos anclados en esta isla se dé la orden. A las 12 desembarcamos en barcas carboneras para ir hasta la isla, en donde nos aguardaban ya otros milicianos, quienes nos manifestaron que las cosas no estaban nada bien, toda vez que habiendo tomado algunos puntos nuevamente fueron perdidos pues los acorralaron, y tuvieron que tirarse al mar pereciendo algunos ahogados. Llegamos con tal oportunidad, que no había nada de comer. Gracias a un muchacho que nos proporcionó un poco de carne y melón. Fuimos a buscar melones, pero todos los sembrados estaban destruidos. Al fin a las 7 de la tarde comimos chorizo y pan y nos fuimos a dormir, mejor dicho nos echamos a dormir, toda vez que todos lo hicimos en el suelo, cubriéndonos con sacos y teniendo por almohada las mochilas. Pasamos una noche de bastante frío, además que había bastantes bichos y avispas, picándome a mí una de ellas que me hizo bastante mal.

—Oh, me pone los pelos de punta, de verdad... Carlos, ¿pero cómo pudieron? ¡Eran cinco mujeres inocentes! ¿Qué les habían hecho a esos malnacidos?

Esther dió la vuelta a la pantalla de su móvil como si de esa manera pudiera lograr que la historia se borrara. Yo le había aconsejado que leyera el diario de la miliciana sin nombre despacio, un capítulo cada día como mucho, para intentar dejar de lado los sentimientos, principalmente la rabia, e intentar entender el contexto de aquella guerra fratricida que arrasó España de 1936 a 1938.

—Hubo más casos —le expliqué—. ¿Te suenan las Trece Rosas? Yo tampoco lo conocía hasta hace poco, y eso que se hizo una película sobre su historia.

Ella volvió a coger su móvil y tecleó algo en el buscador antes de empezar a leer en voz alta: “Las Trece Rosas fueron trece mujeres jóvenes, de entre 18 y 29 años, fusiladas durante la represión franquista, cuatro meses después de que se terminase la guerra civil. Formaban parte de las Juventudes Socialistas Unificadas (JSU). Tras la entrada en Madrid de las tropas de Franco, las JSU intentaron reorganizarse clandestinamente bajo la dirección de José Pena Brea, de 21 años. Con la detención de este, en parte por la actuación de un policía infiltrado, cayó la organización, siendo posteriormente detenidos prácticamente todos sus miembros, entre ellos las Trece Rosas, quienes fueron trasladadas a la cárcel de Ventas. El detonante de la brutal represión fue un atentado contra el comandante Isaac Gabaldón el 27 de julio de 1939. Este murió en el coche en el que viajaba junto a su hija de 18 años y su chófer. El régimen de Franco atribuyó este atentado mortal a una red comunista y celebró un consejo de guerra sumarísimo el 4 de agosto en Madrid. De los 67 acusados, todos miembros de las JSU, fueron condenados a muerte 65, y 63 de estos fueron fusilados al día siguiente, entre ellos las Trece Rosas. En los días siguientes se realizaron otros juicios sumarísimos y más fusilamientos: en total fueron 364 detenidos por este atentado, la mayor parte de los cuales fueron ejecutados. Las Trece Rosas fueron fusiladas en el cementerio del Este, actual cementerio de la Almudena de la capital.”

—¡Por Dios! ¡Qué barbarie! —Volvió la pantalla hacia mí—. Mira las caras de algunas de ellas:



Asentí con la cabeza, ya las había visto. En ese momento Esther se estremeció visiblemente.

—¡Estoy cansada de esperar! ¿No podemos entrar ahora mismo y matarla?

La miré con los ojos muy abiertos antes de lanzar una carcajada al aire. Llevábamos tres horas dentro de un Range Rover alquilado en una calle de la ciudad de Manacor, a cincuenta y seis kilómetros de Palma, en concreto en el carrer de Ses Moreres, número 19, frente a la Administración Tributaria.

—¡Espera! ¡Escucha!

*Yo para ser feliz, quiero un camión,
llevar el pecho tatuado,
en camiseta mascar tabaco.
Yo para ser feliz, quiero un camión.*

—¡Uaaaaau! —me puse a cantar el pegadizo estribillo con frenesí y a golpear el techo del vehículo con el puño—. ¡Esta la cantan Loquillo y Alaska! ¡Es magnífica!

*Yo para ser feliz, quiero un camión.
Escupir a los urbanos,
a las chicas meter mano.
Yo para ser feliz, quiero un camión.
¡¡Uuuuuuu!!*

Esther se reía e intentaba seguir el estribillo. Era un día frío y desapacible, de color gris, el mismo tono de los edificios mojados por un breve chaparrón que había caído media hora antes, el mismo que el de las aceras y el del asfalto tapizado de hojas secas. Todo era gris aquel día.

—Oye, no sé si es buen día para empezar con esto... Es algo tan grande lo que estamos a punto de hacer que... —le dije, al terminar la canción, sin atreverme a terminar la frase y destruir su ilusión recién creada y tan efervescente en aquellos momentos como la espuma de un refresco agitado antes de ser abierto.

—¿Qué?

(...) No respondí.

—¿Queeee?

—Pues que debería ser algo más solemne ¿no?

Me miró con cara de pasmo. En aquel instante caí en la cuenta de que nunca la había “observado” con detenimiento, quiero decir que si me hubiesen preguntado por ella no podría recordar sus ojillos, muy juntos, sobre una nariz grande, algo caballuna, y unos labios pequeños y anodinos; la piel no estaba cuidada y las arrugas se hacían visibles al final de los ojos y en la piel de la garganta; sin embargo en general el rostro de aquella mujer sentada a mi lado era agradable y bien proporcionado, era inspirador, en definitiva, su escrutinio te devolvía una sensación de extraña serenidad, conseguida a base de olvido, algo muy difícil cuando, como a ella, te han ocurrido tantas cosas absurdas y dramáticas.

—Serías una buena musa para un pintor —comenté. Esther ya estaba acostumbrada a mis abruptos cambios de conversación, sabía que solo tenía que esperar, que volvería sobre ello más tarde, aunque aquel día, en contra de lo solía hacer, no claudicó y no miró hacia otro lado, resignada.

—Carlos, si me estás diciendo que no crees que estar aquí dentro, tú y yo, esperando a que aparezca la nieta del hombre que publicó el diario de nuestra miliciana para matarla NO ES SOLEMNE, me largo de aquí ahora mismo... ¡AHORA MISMO!

No respondí. Esta vez fui yo quien la miró con el gesto demudado por la sorpresa a la vez que esgrimía una risilla estúpida.

—Vale, vale, tienes razón, no hay nada más solemne que esto...

—¡Esa es! ¿Es esa? ¿Lo es? —de repente daba saltos en el asiento, frenética, señalando con el dedo índice de la mano derecha la salida del edificio de Hacienda, por cuyas escaleras descendía una mujer de unos cincuenta años, con una carpeta apoyada en el pecho.

—Parece que sí —dije yo, mirando la fotografía que nos habían enviado por correo electrónico desde la CWT.

—¡Dame la pistola! —me rogó ella, moviendo los dedos como si fueran los de una araña tejiendo su tela.

—¿Qué? ¿Lo vas a hacer tú?

—Sí, ¿no habíamos quedado en eso?

Yo había cerrado los dedos sobre la pistola (una Glock de nueve milímetros con la mayoría de las piezas de plástico para poderla pasar sin riesgo por la frontera) para que ella no la viera, más que nada, y no se arrepintiera en el último instante y gritase a la mujer que saliera huyendo, que íbamos a matarla. Me había imaginado esa escena varias veces durante la noche anterior, presa del insomnio. No había vuelto a matar a nadie en compañía desde los tiempos de Granada, cuando Jo y yo éramos la pareja perfecta, una combinación letal. Pero Esther... ¡No, eso iba a ser una pantomima, un espectáculo de circo! Ni siquiera había disparado un arma en su vida (yo le enseñé la pistola, eso era cierto, PERO NADA MÁS).

—Espera un momento, tengo que pensar...

Estaba totalmente convencido de que nos encaminábamos hacia un desastre.

—¡Se escapa! ¡Piensa en María García, joder! —gritó ella, dando saltitos en el asiento.

Vale, eso hizo saltar un resorte, lo reconozco, lo de nombrar a mi mujer fetiche (si Esther lo hizo a sabiendas de que funcionaría o fue, tal como me aseguó después, pura casualidad, nunca se sabrá.)

—¡Vale, está bien toma! —le puse la Glock en la mano después de quitarle el seguro y de alimentar la corredera—. Dispárale debajo de la nariz, y hacia arriba. Si no puedes acercarte tanto, apunta al pecho y después a la cabeza...

Respiró hondo y abrió la puerta. Tenía los ojos desencajados, la mandíbula tensa como debían tenerla las cinco milicianas, o las Trece Rosas, al ver que los fusiles del piquete se levantaban hacia ellas.

—¡Mierda, teníamos que habernos metido un pico, tío! -escuché que decía.

En ese instante me sucedió a mí, lo que comenté antes sobre las sensaciones que uno experimenta durante un suceso dramático. Confieso que no me había ocurrido nunca, pero ese día sí. Empieza por los colores, se vuelven más desvaídos, pierden toda capacidad de impresionar a la pupila humana; se diría que se ve todo de un tono sepia, puede que teñido de un verde opalina. A continuación, los sonidos... eso es muy extraño, porque las voces humanas, los cantos de los pájaros, el ruido de los motores, e incluso el virulento siseo de las hojas de los árboles mecidas por el viento, todo reverbera como si estuviera contenido en el interior de un subwoofer. Uoooouuuuu... Uoooouuuuu...

Incluso el primer disparo sonó como un paaaauuuuuuunnnnggg, lejano.

—¡Esther, te lo dije, te has disparado en una pierna, joder! ¡Este no es tu destino! ¡Te quedas en casa con la jodida aguja metida en la vena y no esperas nada más! ¡Este no es tu futuro! ¡Es el mío! ¡Yo soy el puto Ser venido del infierno, no tú!

Pauuuuunnnngggggg

Pauuuuunnnngggggg

Salí del Range Rover y me acerqué dando pasos como de astronauta, a cámara lenta, ascendiendo ingrávido hasta dos metros de altura en cada paso. La pierna de Esther estaba intacta, no se había disparado en ella, en cambio, una de las balas rebotó en el esternón de la mujer y salió por su garganta, pasándome a mí muy cerca de la mejilla.

¡Pfiiiiiiiiuuuuuuuuuu!

Me quedé petrificado unos segundos, allí, inmóvil, mientras oía a mis espaldas el sonido del proyectil incrustándose en el tronco de una belladona.

El cuerpo de la mujer se bamboleaba sobre las escaleras muriendo de una parada cardiorrespiratoria. Poco a poco mi percepción de la realidad fue recuperando el ritmo habitual.

—Esther, vámonos... vamos... —acerté a decir, sin saber muy bien cómo.

Ella tenía un rictus muy extraño en el rostro: los ojos abiertos, sin parpadear, las arrugas de la frente tan marcadas que producían sombras sobre ellas mismas; una sonrisilla de medio lado, el derecho, de aspecto muy siniestro. Me acerqué y coloqué una de mis manos con precaución sobre las suyas, que mantenía unidas en la empuñadura, pero la sujetaban tan firmemente que parecía que nada del mundo podría separarlas nunca más de aquella arma. De repente sonaron unos gritos lejanos, de hombre y de mujer, y el golpe sordo de un vehículo chocando contra otro; alguien había frenado en seco al ver el cuerpo ensangrentado sobre las escaleras y le habían dado por detrás.

—Bueno, se acabó el juego, Esther... Los has hecho muy bien, pero ahora sube al coche...

Con Jo nunca ocurría eso, no hablábamos, no pronunciábamos palabra alguna, nos comunicábamos con el pensamiento, se puede decir. Empezaba a encontrar lamentable aquel espectáculo.

—¿Te quedas? Yo me voy —De pronto me sentía muy enfadado. Era por la falta de control, como cuando alguien se baja de un coche que otro ha conducido de manera suicida entre el tráfico de la hora punta.

Regresé al coche, furioso, y encendí el contacto. Me largaba, se había terminado todo. La policía detendría a Esther, todavía con esa sonrisa absurda y los dedos de las manos blancos, sin circulación de la sangre por la fuerza con que sujetaba la pistola; ella les contaría hasta el último detalle sobre mí, incluido lo de la desaparición de su marido, aunque no era mucho lo que sabía, la mayoría falso, pero yo ya estaría lejos, en Marrakech, empezando de nuevo mientras ella se pudría en la cárcel.

Conduje unos veinte metros con mucha lentitud, para no despertar sospechas, vigilando por si alguna patrulla de policía local estuviera cerca, pero cuando estaba a punto de pisar a fondo el acelerador sonó un tremendo golpe contra el costado del coche.

—¿Pero qué...?

Esther tenía la cara pegada contra la ventanilla, con el mismo gesto que ponen los niños al hacer eso: la mejilla y los labios deformados, la expresión monstruosa.

—¿Pero qué estás haciendo? —grité.

Abrió la puerta y se metió dentro, riéndose a carcajadas, exclamando: -¡ibas a dejarme ahí sola, gilipollas! —con la pistola en la mano y el dedo en el gatillo. De repente sonó un disparo y una bala hizo pedazos el embellecedor del cambio de marchas.

—¡Cuidado, ponle el seguro! —grité, con los tímpanos destrozados.

Todo era tan absurdo, tan hilarante... Pero empezaba a gustarme y se me estaba pasando el mal humor.

—¡No sé poner el seguro! —gritó ella, alejando el arma de su cuerpo. Había empezado a llorar, pero aún mantenía esa tenue sonrisilla, esa expresión misteriosa en el rostro.

—¡Está bien, entonces tírala por la ventanilla!

—¿Qué?

—¡Tira la pistola!

Accionó el botón para bajar el cristal y lanzó el arma. En ese momento estábamos a la altura del hospital, ya en las afueras de la ciudad, en dirección a la rotonda que conducía a Sant Llorenç, a la derecha, y a Palma a la izquierda.

—La... la encontrarán... —balbuceó al cabo de unos instantes, con el rostro demudado—. Encontrarán mis... mis huellas... ¡Carlos, joder, esa pistola tenía mis huellas!

—Sí, y también las mías... —añadí, tomando la dirección de Palma.

—¡Estamos perdidos! ¡Se acabó! Se acabó todo... —empezó a llorar tapándose la cara con las manos, pero de repente me miró con una rabia endiablada—. ¡Y tú lo sabías! ¡Quieres que me cojan a mí y así tú podrás escapar!

Yo chasqué los labios antes de responder mientras un coche de la Guardia Civil pasaba en sentido contrario con las luces de emergencia encendidas.

—La policía no tiene tus huellas, Esther, ni tampoco las mías. No encontrarán esa pistola entre la hierba hasta pasados unos días, o a lo mejor semanas... —(No le dije que sí que tenían las mías de la última vez que estuve aquí, enamorado perdidamente de Elena, pero eso era justamente lo que yo deseaba, que se asociara aquel asesinato con los de aquella oscura época y los investigadores más veteranos descubrieran que se enfrentaban de nuevo al mismo fantasma que había regresado dispuesto a convertirse en su peor pesadilla)—. Ahora vas a calmarte ¿de acuerdo? Dame la mano...

Entrelazamos los dedos sobre mi regazo.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó al cabo de veinte minutos de silencio, cuando el Range Rover enfilaba la bajada de las cuestas d'en Xorrijo. Eran las doce del mediodía. Desde aquel lugar se divisaba toda Palma envuelta en jirones de sucio algodón. Un 787 Dreamliner de Air Europa descendía hacia el aeropuerto de Son Sant Joan, tan cerca que parecía que podías cogerlo con la mano.

—Nos vamos a Madrid —respondí, con la garganta seca—. Y de ahí a Nueva York.

—Nueva York... —repitió ella, ensimismada. Giré la cabeza y la miré. Sus rasgos se habían vuelto abruptos.

—Quiero hablar con alguien de esa jodida fundación Change the World Together...

—Quieres hablar con alguien...

La miré de nuevo. Ahora parecía haber entrado en una especie de estado catatónico.

—Es mejor que te metas un pico, ya hablaremos más tarde... -le sugerí.

—Sí, sí... Un pico. Tú siempre sabes qué es lo mejor... —ironizó a guisa de respuesta, mientras rebuscaba en el asiento de atrás para sacar mi neceser donde estaban las jeringuillas. Ya había aprendido a inyectarse ella sola.

Un minuto más tarde su cabeza se recostó contra el cristal, oí como golpeaba contra él. Por mi parte estaba teniendo problemas con el coche, el disparo accidental debía haber destrozado alguna pieza de la transmisión y se acababa de encender un indicador rojo en el panel. Yo no tenía ni idea de mecánica. De repente empezó a oírse un traqueteo furioso y vi una nube de color negro en el retrovisor. La conductora que venía detrás tocó el claxon y, entre grandes aspavientos, me gritó a través de la ventanilla al adelantarme: -¡Estás tirando aceite por el tubo de escape! ¡Te has quedado sin aceite en el motor!

—¡Maldita sea!

Aparqué en la cuneta mientras golpeaba el volante con rabia.

—Está bien, Esther, tenemos que llegar hasta el aeropuerto. ¿Crees que puedes andar?

¿Pero qué demonios le estaba preguntando? La morfina provocaba un poderoso efecto relajante, analgésico y narcótico, además de, en muchas ocasiones, desarreglos gastrointestinales repentinos y violentos. La única manera de que ella se moviera sería que tuviera que salir corriendo del coche para agacharse detrás de unos arbustos en la cuneta, presa de terribles retortijones.

—Bueno, toca esperar, cariño. Voy a por una manta...

Salí del coche y abrí el maletero. A pesar de que era un día soleado sabía que dentro de poco ella empezaría a temblar si no la tapaba (otro de los muchos efectos indeseables), por eso siempre llevaba varias mantas. Me puse el chaleco reflectante reglamentario, coloqué los triángulos de avería a la distancia correcta y, abriendo la puerta de Esther, incliné su asiento y la tapé hasta la cara.

—Tranquila... tranquila... descansa y olvida.

No sabía cuánto iba a durar la espera, pero lo que no podía hacer era dejarla sola para ir andando hasta el aeropuerto, a una distancia de cuatro o cinco kilómetros, a buscar un taxi u otro coche de alquiler. Si se despertaba y le entraba el pánico sería capaz de lanzarse debajo del primer coche que pasara. Además, estábamos en la carretera principal, Manacor-Palma, el peor lugar del mundo para detenerse después de haber matado a alguien.

Me acomodé en el asiento, saqué mi móvil y eché una ojeada a la prensa local. El suceso ya venía en las noticias de última hora.

“Disparan a una mujer a quemarropa en Manacor” rezaba el Diario de Mallorca, pero todavía no hablaban del autor ni del vehículo en el que había huído.

—Vale, Esther, si no nos pillan hoy es que somos indestructibles...

Sabía que ella no me escuchaba, pero necesitaba hablarle. Entré en una agencia de viajes online y reservé dos billetes a Nueva York en primera clase para el día siguiente, y después dos más de Palma a Madrid para aquella misma noche. La verdad era que la idea de ir a Nueva York se me había ocurrido sobre la marcha un rato antes, mientras hablaba con Esther, a pesar de que intentar salir de la isla por el aeropuerto era una idea descabellada, pero en aquellos momentos me sentía inmune ante cualquier imprevisto; nunca más he vuelto a sentirme tan plétórico, ni siquiera aquellos días que pasamos con Elena y los demás en la cabaña cerca de la playa d'es Carbó, antes de que vinieran a matarnos, una amenaza que yo conocía de antemano pero que intentaba olvidar todo el tiempo mientras lograba mi objetivo, conseguir a Elena y que ella me correspondiera.

Ahora era muy diferente: no amaba a Esther, no deseaba poseer su cuerpo (no hubiera podido de todas formas, la morfina me inutilizaba para el acto sexual), sentía lo mismo por ella que por Tania la segunda vez que vine a la isla, una mezcla de cariño, curiosidad, respeto y compasión, aunque sabía que acabaría muerta como todas las personas a las que me acerco.

—Espera, la batería funciona ¿no?

Sí, podía encender la radio. Sintonicé Rock FM y a la cuarta canción sonó una de Loquillo y los Trogloditas, mi preferida: “Barcelona ciudad”.

*Aquí en Barcelona ciudad
buscas tu oportunidad
de poder escapar de Barcelona ciudad.
Aquí en Barcelona ciudad
tu infancia quedó muy atrás
y tu juventud se perdió
entre canción y canción.*

*Aquí en Barcelona ciudad
no existe un solo lugar
donde poderte colgar
en Barcelona ciudad.*

José María Sanz Beltrán, alias Loquillo, recordaba perfectamente que el día que escribió la canción estaba en el servicio militar, en la marina, durante una navegación que recaló en Barcelona, pero a él le había sido imposible pisar tierra firme porque estaba arrestado. La rabia contenida y las expectativas que ofrecía Barcelona a un joven de veinte años en 1981 le hizo escribir una de sus letras más significativas.

Repetí el estribillo varias veces al terminar la canción (*Aquí en Barcelona ciudad no existe un solo lugar...*) sin dejar de pensar en las milicianas que debían haber experimentado las mismas sensaciones que José María Sanz contemplando las costas de aquella isla desconocida a la que iban a liberar del fascismo.

"Liberar del fascismo" reflexioné, en voz baja. Era muy difícil en nuestros tiempos imaginar el sacrificio de aquellas cinco mujeres en pos de un ideal republicano. ¿Cómo podían haber dejado sus hogares sus amigos y sus familias y embarcarse en aquella expedición militar mal equipada y peor organizada con la etérea misión de conquistar las Islas Baleares? Aunque pensándolo bien tenía un ejemplo muy cercano: Miki, el hijo de Esther, que había hecho el viaje al revés para ir a Barcelona siguiendo el llamamiento de los CDRs y, como ellas, se había dejado la vida en el intento.

—Esther, ¿me oyes? Necesito hablar contigo sobre esto: las razones, los motivos, los porqués... —murmuré, casi sin darme cuenta, pero ella seguía sin reaccionar

—Vale, me lo anoto para más tarde. Tendremos tiempo de sobra en el vuelo...

No podía hacer nada más que esperar a que ella se despertara. Debía ser la una del mediodía. El cielo continuaba encapotado y se había levantado un viento del noreste, que en Baleares llaman Gregal, frío y seco porque venía del continente. Los vehículos pasaban junto a nosotros y su inercia zarandeaba el nuestro sin

solución de continuidad, una vez y otra, y otra, muchas veces por minuto. Oías pfuuiiiii y luego pfiiuuuuu mientras el causante se alejaba a cien por hora. A unos cincuenta metros había un puente, y sobre él una rotonda; un cartel indicaba la dirección del aeropuerto. En el lado izquierdo del carril de salida había un loma tapizada de brezo, estepa blanca y filago, surcada por regueros inertes llenos de pedregal provocados por las últimas tormentas.

Contemplé el escenario que me rodeaba una y otra vez, entre zarandeo y zarandeo, en un estado de hipnosis. Me estaba quedando dormido, pero tenía que evitarlo a toda costa; debía estar junto a Esther cuando se despertara. El tema de las motivaciones de aquellas milicianas durante la guerra civil española seguía rondándome la cabeza. ¿Por qué lo hicieron? ¿Era suficiente el argumento de la defensa de la libertad, etc? Tenía que investigar un poco más, aunque antes de hacerlo, con el móvil en la mano y la pantalla del explorador abierta, me detuve a reflexionar. En realidad era la primera vez que hacía eso: preguntarme por las causas, los motivos... ¿A mí qué más me daba? La empatía no era mi fuerte ni nunca lo sería, pararme a pensar en el motivo por el que metía una bala en la cabeza a alguien sería mi final, y no estaba dispuesto a que esto ocurriera mientras tuviera una hija en Londres a la que “algún” día pudiera conocer.

Cerré la aplicación pero la volví a encender al instante.

“Para, Carlos, joder, no es tu trabajo... La vas a liar, no dejes que te importe”

La cerré de nuevo mientras estas palabras martirizaban mi cerebro. Sabía que estaba cometiendo un error, y para demostrarlo recordé la cantidad de veces que miraba al día la imagen de María García (¿veinte? ¿treinta? ¿cincuenta? ¿cien?). Era, por supuesto, un comportamiento paranoide, así que ¿qué ocurriría cuando aquella mujer de la fotografía cobrara vida en forma de detalles personales: dónde nació, qué hizo antes de embarcarse en la expedición, qué pensaba sobre la vida, sobre la muerte, sobre el amor?

Sería insoportable, me invadiría una rabia y una sed de venganza tal que mi trabajo no serviría para nada, igual que sucedió cuando me enamoré de Elena; perdería el control y acabaría muerto en

cualquier rincón (algo, por cierto, que no me importaba en absoluto antes de conocerla).

—Vale, María García, no quiero saber nada de tí, te evitaré todo lo que pueda, porque si invades demasiado mis sentidos y a causa de ello me matan no podré terminar mi trabajo y nos habrán matado de nuevo a los dos.

Guardé el móvil y cerré los ojos, quedándome en un estado de vigilia. Habíamos acabado con el primer objetivo, la primera persona de una lista (aunque esa lista aún no estaba en mi poder) y casi no recordaba cómo habíamos logrado dar con ella. Ah, sí, un correo electrónico recibido el once de noviembre con todos los detalles: Margalida Puigrós Prohens, cincuenta y cuatro años. Domicilio en el carrer Pescadors, 4, de Porto Cristo. Casada y con un hijo de doce años. Empleada de la Agencia Tributaria. Nieta del director del semanario falangista Informaciones que publicó en su momento (1938) el diario de la miliciana sin nombre, la primera por la izquierda de la fotografía.

Esa gente de la CWT era eficaz y sabían cómo trabajaba alguien como yo. Se le proporcionaba mucho dinero e información exacta, se le facilitaban las cosas, en definitiva, se le cuidaba, se le mimaba, sin otro motivo que uno muy simple: él podía revolverse contra tí durante una de sus actuaciones. Se le trataba como a una bestia de circo, al fin y al cabo.

“Una bestia, una fiera del circo”

Yo lo sabía, y estaba dispuesto a admitirlo. No había nada más que decir. Era lo que era y conocía el fin para el que estaba siendo utilizado: entretener a alguien.

—Vale, el show debe continuar —murmuré en voz baja, apenas inaudible, más que nada para mantenerme despierto—. Pero esta vez, señora o señor domador, su fiera se ha hartado un poco de estar domesticada y necesita volver al “estado salvaje”. Voy a salir de mi carromato revestido de barrotes y me acercaré a olisquear en su comfortable caravana, a ver si en algún momento de la noche le da por salir a pasear. No le mataré, solo quiero saber qué hace cuando se acaba el show...

En ese instante pasaron en sentido contrario dos coches de la Guardia Civil con las sirenas en marcha. Debían estar montando la

“operación jaula”, extremando los controles en el puerto y el aeropuerto e instalando controles en las carreteras. Así que el tiempo se nos terminaba.

—Esther, cariño... Deberías despertarte...

Ella abrió los ojos al instante, muy inquieta, con el rostro tenso y las mejillas de un color rojo fuerte; los ojos con profundas ojeras. Cuando bajó la mirada comprobé que sus párpados tenían un tono azulado en los bordes.

Se incorporó en el asiento y miró hacia todos lados. Tuve la impresión de que continuaba soñando, de que tenía la mente en otra parte.

—¡Miki! ¡Cariño! ¿Qué tal el día en el cole? —levantó la mano izquierda para acariciar mi mejilla—. ¿Quieres merendar? Venga, tienes que acostarte pronto, antes de que venga papá, ya sabes que no le gusta que estés levantado cuando llega... no quiere que oigas mis gritos, aunque yo sé que sí los oyes... —continuaba en el sueño del que la había sacado momentáneamente mi voz. Su rostro se contrajo de repente en una mueca de horror, abriendo los ojos desmesuradamente. Quitó la mano de mi mejilla y se cubrió la cara, inclinando todo el cuerpo para protegerse.

—Esther... ¡Esther, despierta! ¡Soy yo! Cálmate, ya ha pasado todo, tenemos que irnos... ¡Eh! ¿Adónde vas?

Antes de que pudiera darme cuenta ella había salido del coche y corría por el carril de subida a la rotonda haciendo zig-zags sobre la línea blanca del centro con los brazos abiertos, como si fuera un planeador. Subió hasta arriba y dio una vuelta completa de esta guisa, imitando el ruido del motor de un avión. Varios conductores hicieron sonar el claxon. Salí del coche y empecé a subir la pronunciada cuesta a regañadientes, pero ella ya descendía, con los brazos abiertos, los ojos desorbitados y los labios formando una o perfecta.

—¡Para ya! ¡Tenemos que irnos ahora o no lo haremos nunca!
Conseguí atraparla al vuelo.

—¿Estás aquí? ¿Conmigo? ¡Dime! ¿Estás aquí?

En ese momento su rostro no reflejaba emoción alguna, solo indiferencia, cosa que me alivió, porque era la típica expresión de un adicto a la morfina en cuanto empieza a bajarle el subidón; se

hallaba en ese interregno en el que tu mente intenta desplegar puentes para regresar al otro lado, el de la vida cotidiana, pero aún está demasiado aletargada para conseguirlo.

La acompañé hasta el coche y cerré la puerta.

—Está bien, llamaré a la asistencia en carretera. ¡Joder! ¿Cómo no se me ha ocurrido antes? —le dije, de forma lánguida, sentándome de nuevo en mi asiento.

La grúa llegó al cabo de veinticinco minutos. A Esther le había dado ahora por disparar con el dedo índice a modo de arma a todo lo que veía mientras ejecutaba una risilla tenaz y superflua.

—¡Paung! ¡Paung! ¡Paung! ¡Ji, ji, ji!

El gruista se lo tomó a broma al principio, pero luego enarcó las cejas y torció la boca al ver que ella iba totalmente en serio.

—Tranquilo —le dije, deslizándole un billete de cincuenta euros en la palma de la mano—. Una resaca de espanto... Venimos de un after hours, una fiesta en una casa de campo cerca de Artà...

Otro billete de cien bastó para que el chico aceptara llevarnos a Esther y a mí al aeropuerto y a continuación devolver el Range Rover al garaje de la empresa de alquiler Reus, situado en la calle Cannes, del Arenal de Lluçmajor.

Una vez allí nos sentamos en una cafetería y pedimos algo de comer. Esther ya se recuperaba, pero ahora era yo el que necesitaba un pico de forma apremiante.

—Es mejor así —le susurré, al volver del lavabo—. Nos pinchamos uno después del otro y nunca estamos colocados al mismo tiempo.

Ella asintió, masticando sus espaguetis a la carbonara. La notaba muy extraña, demasiado serena, como si el hecho de haber matado a alguien le hubiera conferido la mayoría de edad.

—¿Y cómo pasaremos “eso”? —preguntó al cabo de unos segundos.

—¿”Eso”? ¿La morfina?

—Hummm...

—No lo sé.

—No lo sabes.

—¿Lo sabes tú? —Mis ojos se cerraban y la lengua se negaba a meterse entre los dientes para articular las palabras.

—Por supuesto que no... Supongo que no vamos a estar en un puto avión durante doce horas sin pincharnos... —respondió, enrollando los últimos spaghettis.

—¿Has terminado? Pídeme un café, por favor —rogué, inclinando la cabeza hacia atrás en el asiento.

—¡Dos cafés solos! —ordenó al camarero, mientras cogía el plato que yo apenas había tocado—. ¿Te vas a comer eso?

Negué con la cabeza, riéndome.

—No me hace ni pizca de gracia la forma que tienes de fingir que no sabes qué va a pasar en las próximas horas... —añadió después de terminar, con tono amargo.

—¿Qué es lo que dices que yo sé?

—Vas a hacer algo, lo tienes todo planeado, Carlos —continuó—. No estamos aquí, en un bar asqueroso que sirve esta maldita comida de plástico, planeando nuestros movimientos... ¡TÚ YA LO SABES, JODER! ¡SIEMPRE LO SABES!

—Sssshhhh... —levanté las palmas de las manos implorándole que bajara el tono de voz—. Me sobreestimas, cariño... Te caerías de espaldas si supieras cuántas cosas he hecho improvisando... Muchas, muchas cosas que jamás pensé que llegarían a ocurrir. De hecho el azar ha jugado, y seguirá jugando, un papel primordial en mi vida. Sin la suerte no estaría aquí, Esther, te lo aseguro. Mi Ángel de la Guarda es bueno, ya te lo dije una vez.

—No me creo una palabra de lo que dices... —respondió. — ¿Tienes un cigarrillo?

—¿Desde cuándo fumas? Creo que aquí no se puede fumar... —balbuceé. —Continuando con lo de antes, El Éxodo, en 23,20, dice: «Yo voy a enviar un ángel delante de ti, para que te proteja en el camino y te conduzca hasta el lugar que te he preparado». Y mi oración preferida al Santo Ángel es en latín, escucha: *Angele Dei, qui custos es mei, tibi commissum pietate superna, me illumina, custodi, rege et gubernas.*

—Me gusta.

—¿Sí?

—Está bien, es chula. ¿Me la escribirás?

—Búscala en internet.

—Me gustaría tenerla escrita por tí, en un papel arrugado, y sacarla antes de morir... Ahora me voy fuera, a fumar...

—¡No sabía que fumabas! —intenté gritar, pero solo me salió un susurro, a continuación quise escribir la oración en el ticket del restaurante, pero no encontré ningún bolígrafo. Me tumbé de lado sobre el sofá de sky imitación de un Dimple Fusion y me quedé en estado de somnolencia, aunque seguían rondándome la cabeza las palabras de Esther, lo de que siempre lo tenía todo preparado. Eso debería ponerme furioso, porque no era cierto. A lo mejor si no me hubiera pillado en pleno colocón habría reaccionado de otra manera. La forma en que lo había hecho provocando que ella cambiara de tema denotaban perfectamente mi culpabilidad. Vale, sí, solía actuar con premeditación y alevosía, igual que mi padre... ¡Oh, no, ÉL NO! ¡Él no podía colarse ahora en mis recuerdos! Levanté la mano derecha para espantarlo de mi cabeza, pero durante unos instantes continuó ahí; primero su expresión de sorpresa, luego mi mano sosteniendo la empuñadura del cuchillo que le clavé en el estómago cuando tenía doce años...

V

—Ahora mismo te mataría... —murmuró Esther al día siguiente, mientras cerraba la pantalla del kiosko digital de su asiento donde había estado ojeando las noticias sobre el asesinato de la mujer de Manacor.

—Me matarías...

Yo acababa de sacar mi neceser con las cosas para pincharnos, que había entrado al avión que nos llevaba en Business Plus a Nueva York sin pasar por el control mediante el pago de una bonita suma de dinero.

—Te he estado preguntado cómo íbamos a pasar estas jodidas ocho o diez horas o las que sean que dura el vuelo sin meternos un pico y tú misterio, misterio y misterio... ¡Eso me pone enferma!

—Te lo diré otra vez: no sabía si funcionaría...

—Yo también te repetiré algo: siempre lo sabes todo.

—Esther, te lo juro... ¿Sabes qué ocurre cuando alguien tiene un accidente? ¿Eso de que las cosas pasan muy despacio, como a cámara lenta?

—Cuando él, ya sabes de quien te hablo... —contestó. Mientras lo hacía, sus mejillas sonrosadas temblaban, su boca grande, demasiado, se abría y cerraba, ansiosa ante el discurso —...me daba patadas yo le veía así desde el suelo, muy grande y moviéndose muy despacio, aunque no dejara de pegarme.

—Muy bien... PUES A MI NO ME PASA ESO. Salvo en algunas ocasiones, pero si, según tú, pudiera controlar todo lo que ocurre a mi alrededor sería como vivir en Matrix.

—No sé qué es Matrix —dijo, con un tono de dejadez en la voz.

—Es una distopía... Bueno, qué más da.

Me levanté y me dirigí al lavabo. Llevábamos dos horas de vuelo y ya se me estaba haciendo interminable. Después de inyectarme me

quedé dormido en mi asiento mientras ella veía la película Rocketman, la vida de Elton John.

Soñe con un cementerio. Me ocurría mucho. Y eso que no había estado nunca en uno, que yo recordara. Ni siquiera fui al entierro de mi padre porque me encerraron en una institución el mismo día de su muerte... No, eso fue al cabo de una semana, porque tardé bastante en avisar... ¡Solo tenía doce años, maldita sea!

En el sueño atravesaba unas puertas de hierro forjado y me arrastraba por un camino cubierto de hierba alta tapizado de lápidas a ambos lados; las había antiguas y nuevas, grandes y pequeñas, ornamentadas y lisas, de arenisca roja y de granito pulido, identificando a sus diversos dueños. El camino terminaba bajo un gran sauce llorón cuyo ramaje llegaba a ras de suelo y solo dejaba un hueco, como una especie de puerta, para que pasara una persona y penetrara bajo su copa. Dentro, a la derecha, había un gran panteón familiar. Descendí unas escaleras y allí estaban mis muertos, TODOS. Descompuestos, con la piel cayéndose a jirones; las personas que había matado se volvieron para saludarme con familiaridad, escuchaba sus voces distorsionadas deseándome los buenos días, tendiéndome sus manos, pero yo no quería tocarlos, sabía que si lo hacía no saldría jamás de aquel lugar...

—...No saldría nunca más de allí, entonces ví a mi padre, al fondo, y empecé a subir las escaleras para regresar, pero mis pies resbalaban en los escalones y no conseguía moverme...

—Debe de haber sido horrible, pobrecito.

Había empezado a gritar de una manera atroz mientras los muertos se acercaban, aterradoramente solícitos, hasta que Esther y una azafata que llegó corriendo lograron despertarme. Ahora ella entrelazaba los dedos de sus manos con los míos con tanta fuerza que ambos teníamos ya los nudillos de color blanco.

—¿Qué tal la película? —le pregunté, aparentando indiferencia e intentando restablecer mi dignidad, mientras bebía un sorbo de mi whisky con hielo.

—¿La de Elton John? Bueno, en realidad se llama Reginald Kenneth Dwight. El tipo es tan “sortudo” como tú. Está vivo de milagro, ni siquiera él sabe cómo ha podido salir de esa vorágine de

drogas, alcohol y sexo. Tenía un padre muy “chungo” que pasaba olímpicamente de su hijo.

—Hummmm...

—Me ha gustado. Sí, la peli me ha gustado, te la recomiendo.

—La veré después.

—Oye, ¿sabes cuánto nos queda de vuelo?

—No, pregúntale a la azafata.

—He estado investigando en internet. Ahora mismo estamos volando entre diez mil quinientos y doce mil metros de altura.

—Diez mil metros...

—Sí, hay dos razones, básicamente: por cada metro que sube el avión la capa de aire es más delgada. O sea, hay menos oxígeno. Se llama... a ve... altitud de crucero, hay menos resistencia del aire y los aviones van más rápido y gastan menos combustible. Además, los motores de los aviones comerciales son del tipo turbofan, que tienen un mayor impulso a medida que enfrentan una menor resistencia del aire. Pero también necesitan del oxígeno atmosférico para poder mantener la combustión, por lo que superar los doce mil metros ya comprometería la eficacia de las turbinas. La segunda razón se relaciona con la seguridad. O más bien, con la tranquilidad de los pasajeros. La mayoría de los fenómenos atmosféricos (lluvias, relámpagos, viento, granizo, nubes densas) se dan en la troposfera, la capa atmosférica que va desde la superficie hasta los diez mil novecientos metros. Además a esa altura tampoco hay aves que puedan impactar sobre el avión.

—No hay aves...

—Nop.

—¡Oh, no uses eso! Lo odiabas cuando lo decía Miki.

—Sí, sé que me ponía histérica que dijera nop en vez de no, pero ¿sabes? ahora le entiendo; no hacía más que usar las palabras que emplea el resto de adolescentes, nada más que eso, Carlos... y es una cosa que me... me... destroza por dentro cuando lo pienso.

—Esther...

—¿Qué?

—¿Te das cuenta de que estás a punto de tener un puto ataque de ansiedad?

—Nop ¿Por qué?

Bajé la vista hasta nuestras manos. Me apretaba tan fuerte que sus uñas me estaban cortando la piel y unas gotas de sangre descendían por mi muñeca.

—¡Joder!

—Métete un pico rápido y después hablaremos de lo de ayer —le conminé—. O lo hablamos o te va a explotar dentro, aunque tú creas que es lo de Miki lo que te está corroyendo realmente se trata lo de ayer, estoy seguro. .

Se levantó sin decir nada más y desapareció entre el resto de pasajeros con mi neceser en la mano. No habíamos hablado ni una palabra de lo de Manacor, la verdad era que ni yo mismo había pensado en ello, porque era tan increíble que hubiera salido bien que en algunos momentos creía que vivía en un sueño y que en realidad estaba muerto (Algo que me sucedía desde muy pequeño. Solía decirle a mi padre “¿esto es un sueño”?, y él respondía, pellizcándome en la mejilla con tanta fuerza que después me iba a mi dormitorio a llorar: “Si te duele no es un sueño”). Así que estaba vivo y coleando porque aún notaba el escozor del último pinchazo en la quebradiza vena de mi brazo izquierdo.

Decidí dejar mis energías para la conversación, que intuía sería dura y desagradable. El primer asesinato de Esther... que debía admitir que no estaba previsto; por nada del mundo quería que lo hiciera ella, pero se había adelantado. Y mi reacción... estúpida, lenta, ridícula. No recordaba muy bien qué había ocurrido, pero los disparos me asustaron y salté en el asiento del coche como si jamás hubiera escuchado uno.

Todo había resultado muy extraño. Me costaba mucho unir los hilos, a lo mejor se debía a la presión barométrica, a la altura, a esos jodidos diez mil metros de los que hablaba ella. Allí arriba no había aves. Nop, no había aves...

De repente hubo algún tipo de turbulencia y el aparato se inclinó hacia la derecha. Esther salió literalmente despedida del baño, chocando con la puerta de enfrente con la jeringuilla clavada en el brazo. Varias personas gritaron y algunos niños, en la parte trasera del avión, empezaron a llorar. Me levanté rápidamente para ayudarla, pero la sobrecarga ya se había acercado y miraba el brazo

de Esther, la goma elástica que le cortaba la circulación a la altura del bíceps, la aguja hipodérmica de color plateado con el líquido venenoso surcado por trazas de sangre, en fin, su mirada perdida en la lejanía, con ojos desorbitados.

—¡No es nada! ¡Yo... yo la ayudaré!

Rápidamente metí la mano en el bolsillo y saqué un billete de cien euros.

—¡Tome, por las molestias! Todo controlado... puede seguir con sus tareas...

Esther había empezado a resbalar hacia el suelo con la espalda apoyada en la pared. Apenas tenía fuerzas para soportar el peso de su cuerpo, así que, en un movimiento muy rápido, apreté el émbolo de la jeringuilla para inyectarle el resto de morfina, puse las cosas en el neceser y, pasándome su brazo sobre el hombro, la llevé hasta nuestro asiento.

—Así... ¿todo bien?

—Nop —balbuceó, con una sonrisa indeterminada en los labios.

—Je, je, je... Venga, descansa. Recuesta la cabeza en este almohadón, así.

Le incliné el asiento hasta dejarlo horizontal y le levanté los pies.

—Duerme, cariño... disfruta, sueña con los angelitos, bueno, no, mejor que no sueñes con nada.

Aterrizamos en el JFK de Nueva York a las siete y cuarenta y seis de la mañana, hora local, una semana después de que el clima hubiese empeorado. El invierno del hemisferio norte disparaba una última andanada de frío antes de que el aumento de temperatura hiciera subir los termómetros y llenara de flores los parterres de azalea y trillium de Central Park. La ciudad estaba cubierta por la nieve, convirtiendo el tráfico en un lento y pesado mastodonte que reptaba con dificultad lanzando nubes de humo blanco.

—¿Dónde vamos a dormir? ¿Qué hotel has reservado?

Esther estaba ansiosa. Era su primer viaje al extranjero. Consulté mi móvil.

—El Four Seasons. En la 57, en Manhattan.

Mientras se lo decía a ella también me dirigía a la taxista, que afirmó con la cabeza levantando el pulgar mientras nos advertía que sería un lento paseo: “¡We’re going moseying to Manhattan!”.

Tardamos una hora y media para llegar a través de Grand Central. Las luces de la ciudad se iban apagando a medida que amanecía un día soleado, aunque helador. Los peatones con gorros de lana, ocultos tras gigantescas bufandas, esquivaban a los barrenderos que despejaban la nieve a paladas, formando grandes montones veteados de barro oscuro. Esther miraba los rascacielos, los peatones y los barrenderos con la boca abierta.

—¿Cuánto... cuánto tiempo nos quedaremos?

—No lo sé, el que haga falta, pero necesitamos ropa de invierno. Así no podemos salir a la calle.

Preguntamos en la recepción, bajo el espectacular cielo raso de ónix, donde podíamos vestirnos de manera adecuada. El conserje llamó a una chica de unos treinta y cinco años que desempeñaba la función de personal shopper para los clientes. Nos miró de arriba a abajo con mirada escrutadora después de saludarnos afectuosamente y preguntarnos nuestro lugar de procedencia. Habló de un presupuesto de entre mil quinientos y tres mil dólares y de la idea de vestirnos por capas, ya que en Nueva York todo estaba calefactado y uno sentía la necesidad imperiosa de quitarse la ropa nada más entrar en cualquier sitio.

En el ascensor Esther comentó que no la había gustado la forma en que la miraba la chica.

—Creo que nos estaba midiendo...

—¿Notaba nota de nuestras tallas sin usar una cinta métrica?

—Creo que sí.

Teníamos la suite Central Park, en el piso treinta y dos, casi tan grande como nuestro ático de Palma. Esther pidió que le preparasen la bañera profunda y se sumergió inmediatamente bajo la espuma. La contemplé mientras se desnudaba sentado en el alféizar del salón, con la jeringuilla clavada en el brazo, tras la cristalera que mostraba Central Park cubierto por completo de nieve. Aún tenía las marcas del bikini en la piel, un leve tono más claro en las nalgas y el pecho en contraste con el bronceado del verano pasado. Por fortuna

la morfina no había hecho aún demasiada mella en su cuerpo, no había derrotado sus músculos ni encorvado su espalda, no le había conferido un aire de perenne toxicidad como a mí. La blancura de su piel otorgaba a su pezones color caoba una facultad como de diana, atrayente e hipnótica, igual que la mata de vello de su monte de Venus, pero al cabo de unos instantes volví la mirada, deprimido; había perdido mi capacidad de erección hacía mucho tiempo debido a la sustancia que me inyectaba como mínimo dos veces al día y que no podría abandonar jamás. Podía acariciarla, sí, y besarla; había logrado llevarla al orgasmo con mi lengua y mis dedos en una o dos ocasiones, pero el veneno no solo condenaba a los músculos de mi miembro a una flaccidez irremisible sino que también adormecía mi deseo. En definitiva el sexo quedaba en el recuerdo, un anhelo frustrante y maldito que había tenido que arrinconar de manera permanente porque no me dejaba existir.

Al salir del baño ella se tumbó desnuda sobre la gigantesca cama.

—¿Me haces eso con la boca? Lo de la última vez...

—Esther... —justifiqué. —Ni siquiera me acuerdo. Ya sabes que soy totalmente... (Iba a decir la palabra que más odio del mundo: impotente, pero pude rectificar en el último segundo) ... que no puedo mantener relaciones.

—¿Entonces...? ¿Yo qué hago? —dijo ella, abriendo más las piernas y separándose los labios con los dedos.

—No lo sé —Empezaba a estar muy incómodo. —Ya te dije que podías irte con quien quisieras. No soy celoso ni pienso privarte de tu vida sexual, aunque prefiero no saberlo.

—Carlos... —musitó, contemplándome con curiosidad.

No respondí.

—Carlos.

—¿Qué?

—Ven aquí, por favor.

(...)

—Por favor...

Me acerqué a la cama temblando. Adelantó sus manos implorantes en mi dirección como si fueran nexos hacia un universo infinito.

—Eres lo mejor que me ha pasado nunca —me susurró cuando me tumbé a su lado—. Ni siquiera mi hijo, mi bebé, llenaba este vacío que he sentido siempre, una especie de agujero en el centro del pecho que lleva directamente hacia mi alma.

—Estás colocada —la interrumpí.

—Te aseguro que no. No, ahora mismo no. Lo que siento por tí es algo superior, más trascendente...

—¿De dónde sacas esas palabras entonces?

—¡Estoy enamorada de ti, joder! ¿Es que no puedes entenderlo?

No dije nada. La miré fijamente durante unos segundos y después salí de la cama y me situé delante de la cristalera de la terraza. De repente estalló un relámpago, como un chasquido. Nubes oscuras como la tinta se derramaban sobre la ciudad desde el oeste empujadas por una ventisca huracanada. Otro relámpago. Parecía de noche, como si el tiempo estuviera retrocediendo. Intenté recordar la forma de contar a cuánta distancia estaba la tormenta, lo del 1, 2, 3, 4..., pero ya era demasiado tarde. El tornado arremolinó el medio metro de nieve de las calles contra las fachadas y la lanzó hacia arriba. Los pequeños transeúntes que desde aquella altura se veían como motas de polvo desaparecieron bajo una alfombra nívea. Central Park también desapareció. Desaparecieron igualmente los taxis amarillos y el resto de vehículos. Ahora parecía que estaba mirando la ciudad por encima de las nubes.

Abrí la puerta y salí a la terraza mientras la voz de Esther a lo lejos me advertía: “¿Pero qué haces? ¡Vuelve dentro!”. La mesas y las sillas estaban arremolinadas en un rincón y los almohadones habían desaparecido. El rododendro de hojas gigantes se inclinaba hacia el suelo en un ángulo imposible. Sonaban batientes golpeando ménsulas con un ruido endiablado, cristales rotos, algunos gritos. De pronto llegó la lluvia. Largas ráfagas como astas de flecha lanzadas desde el cielo me agujijonearon el rostro con su picadura húmeda y fría. Me apoyé en la balaustrada que daba al vacío, tambaleante. Sentía un impulso irresistible de lanzarme hacia la capa algodonosa que cubría el suelo, a ochenta metros en vertical.

Levanté la rodilla para subirme al muro, pero una fuerza irremisible tiró de mí hacia atrás y empezó a arrastrarme hacia el interior. ¿De dónde sacó Esther ese poder? Las fuerzas de flaqueza

provocan a veces una energía inusitada, yo lo había podido comprobar en personas que, con un tiro en la cara que les había fracturado la mandíbula, que colgaba sobre su hombro como si alguien les hubiera roto la máscara en la noche de Todos los Santos, empezaban a correr y lograban llegar muy lejos antes de derrumbarse.

Noté que cerraban la cristalera y que me arrastraban sobre el cálido suelo de mármol radiante, que me desnudaban, esta vez con menos ímpetu. Oí el chorro de agua de la bañera, ví a través de mis pupilas dilatadas el vapor ascendiendo, cubriendo el espejo de un velo de gasa; mi cuerpo tiritaba, escuálido. De nuevo una potencia sobrehumana me sentó en el borde y me sumergió en el agua ardiente.

VI

Tenemos el mes de Diciembre en Nueva York. Tenemos a toda la ciudad aletargada por la mayor tormenta de nieve en decenios. Y tenemos a una mujer y a un hombre, vestidos en las tiendas más caras entre la 49 y la 60 de la Quinta Avenida.

Aquí llega Esther: abrigo de piel de zorro en un intenso verde esmeralda de Saks Potts (en concreto el mismo que lucieron en las revistas Kendall Jenner y Cardi B.), botas mosqueteras Bromley Flat con cierre de cremallera, relleno contra el frío, negras, vestido crepé de seda y lana de manga corta, con cinturilla de otomán con tribanda.

He aquí él, Carlos: Abrigo de lana con GG azul y roja, botones de Sagitario de metal, medio forro de viscosa, bolsillos sobrepuestos, zapatillas black Michael Kors de punta redonda; bajo el abrigo traje Harti Hesten, estampado de cuadros, con solapa, bolsillo interior.

—¡Mira allí! ¿Aquí estaban las torres gemelas? ¿Es esta? ¿La zona cero? —Esther lo mira todo entusiasmada. Esgrime sin embargo una pose altiva, retadora, con la suficiencia que le otorga a alguien haber matado a otro, esa seguridad de estar por encima de algo tan sagrado como la vida misma, de haberla destruido de una forma tan sencilla, de haber logrado olvidarse de ello, sea verdad o mentira.

Sobre los quinientos cuarenta y un metros de altura del One World Observatory o ante los dos monumentos idénticos en forma de estanque, donde el agua cae en cascadas y se pierde en la tierra; ante las placas de bronce del 9/11 Memorial Plaza que recuerdan el nombre de todas las personas que fallecieron allí, casi tres mil, ella se siente liberada de responsabilidades. ¿Cuánta gente es asesinada, cuántos cadáveres son enterrados de forma clandestina todos los días en el planeta? ¿Se preocupaba alguien por su propio dolor cuando, antes de conocer a Carlos, temblaba de miedo al

escuchar las llaves en la puerta y tras esta a su marido? ¿Se apiadaron de ella cuando la tiránica gobernanta del hotel le ordenaba limpiar veinticinco habitaciones, veinticinco bañeras, veinticinco váteres, hacer cincuenta y seis camas en apenas seis horas? Vale, vale, se siente justiciera, matar en pos de una causa no es matar en realidad, es... OTRA COSA. Olvídalo Esther, la vida te trata bien ahora; estás aquí, en esta sobrecogedora ciudad, tienes una merecida recompensa .

OL-VI-DA

DIS-FRU-TA

—¿Sabes? ¡La chica se ha puesto muy nerviosa! ¡Temblaba, te lo juro! Así que he cogido un trozo de papel higiénico, ¡un simple trozo de papel! y he quitado el jodido pelo de la bañera yo misma, no sé si era de la cabeza o de ahí abajo, ¿quien sabe? ¡Ja, ja, ja! Y lo he tirado al váter. ¡Y ya está! Después he mirado al mayordomo de arriba a abajo y le he dicho: Me importa una mierda si hay un pelo o tres o veinte en la bañera, solo hay que echar agua y se van, joder. ¡No vuelvas a aterrorizar a la chica de la limpieza por eso! ¡Ja, ja, ja! ¿Qué te parece?

Esther lanzaba carcajadas al aire con un Booty Collins en la mano (hecho con vodka infusionado en te de pólvora, maracuyá, limón, yohimbe y pimienta) en The Tippler, un bar after office más abajo del Chelsea Market.

—Me parece muy bien —le sonreí, agotado. Llevábamos tres días recorriendo la ciudad. Ahora ella había visto un anuncio de Disney World en la televisión y se había empeñado en ir, al auténtico, al de Orlando. Estaba frenética, eufórica. Paradójicamente mi intento de suicidio parecía haberle insuflado una corriente de optimismo que yo aún trataba de asimilar. Era imposible que, solo al cabo de cuatro días, esa mujer que conocí en un supermercado de la calle Cotlliure de Palma, a la que en ese momento parecía haber pasado una apisonadora por encima, hubiera olvidado la escena del cuerpo de la mujer bamboleándose sobre los escalones del edificio de

Hacienda con la cara destrozada por sus propios disparos, sosteniendo aún su mirada agónica (todo eso era fruto de mi imaginación, porque en realidad yo no había podido ver el cuerpo, todo había sucedido tan rápido), desangrándose con la misma rapidez que el agua que desaparece en el sumidero del lavabo al abrir el tapón.

La verdad era que, rememorando aquellos días pasados, no habíamos hablado aún de ello, me refiero a esa escena en concreto. Ni en el coche inmediatamente después, ni en las horas de espera en el aeropuerto, ni en el avión, ni, por supuesto, en Nueva York, aunque de pronto, en ese bar, el más cool de la ciudad en aquellos momentos, tuve la mezquina idea de que era la ocasión adecuada para hacer regresar a los recuerdos.

Me intrigaba tanto la fortaleza mental de Esther que no pude dejar que fuera feliz durante tanto tiempo. ¿Cómo iba a hacerlo? Si mi mente se hallaba siempre al borde del abismo, aún después de todos aquellos años de sembrar la muerte sobre la Tierra, no podía tolerar que alguien recién llegado a mi mundo apartara de sus pensamientos y de una manera tan fácil el horror.

—¡Vamos a ese reservado! —le grité al oído.

—¡Espera! ¡Tengo hambre! ¡Pediré unos sandwiches y otros dos de estos! ¿Cómo se llamaba: “buti colins”, o algo así? —respondió. Estaba espléndida, como una diosa.

—¡Pareces Isis! —le grité, cuando se alejaba, pero ya no me escuchó. Isis, o Ast, su nombre griego, había sido una deidad femenina muy importante porque representaba a la Triple Diosa en un solo Ser, pues reunía todos los atributos de las demás Diosas. Hija de Nut y Geb, dioses creadores del Universo, esposa y hermana de Osiris, dios de la Resurrección, se la representaba sentada sobre sus rodillas, coronada con el disco solar que llevaba un jeroglífico con su nombre, Ast, y los brazos abiertos con las alas de milano. Así veía yo a Esther aquellos días.

Regresó y se dejó caer en el sofá, a mi lado, entre una carcajada.

—¡No sé muy bien qué es lo que he pedido! ¡Ja, ja, ja! Deberías haberme oído hablar en inglés. Dos sandwiches de pavo frío, creo... espero que no nos traigan una de esas ensaladas César, odio la

mayonesa. La chica ha dicho yes, yes, ok, ok... ¡Eh! ¿Me desenvuelvo bien en Nueva York, a qué sí? ¡Venga, admítelo!

Maldita sea, me había puesto de mal humor. Sí, de un humor de perros. De repente se me vino el mundo encima. La idea de venir a esta ciudad había sido mía y ahora ella se la apropiaba como si nuestro objetivo de siempre hubiera sido ese. PUES NO LO ERA. ¡No, no lo era! Cualquier acto resultaba fruto de la improvisación, de la idea de que cualquier persona que me rodeaba estaba allí de una forma pasajera, y que desaparecería de un momento a otro. Por eso me había dirigido al aeropuerto después de matar a aquella mujer, pensando, DESEANDO, que Esther no me seguiría, que echaría a correr desquiciada por la carretera intentando parar algún coche, tirarse debajo de él cuando se acercara, para suicidarse.

No fue así, desde luego. Esther seguía allí y dominaba la situación mejor que yo. Había tirado de mí cuando intentaba lanzarme desde una altura de treinta y cuatro pisos, se reía a carcajadas en The Tippler como si llevara veinte años viviendo en Nueva York y al parecer no le importaba demasiado que los músculos de mi pene no respondieran a ningún estímulo.

—Eh... ¿cómo llevas tu estado de ánimo? Me refiero a lo del otro día, esa mujer que mataste...

—¿Qué? —en los claroscuros del reservado, a pesar de ellos, vi que su semblante se entristecía, las sombras se alargaban en las comisuras de sus labios, sus mejillas descendían hacia el suelo, sus ojeras, en fin, tomaban el grosor de un dedo.

—Matamos a una mujer, ¿no lo recuerdas? Mejor dicho: TÚ MATASTE A UNA MUJER.

—Carlos...

—Cuatro disparos ¿o cinco? ¡Paung! ¡Paung!

—No, Carlos... por favor.

—No hemos ojeado la prensa... Sí, deberíamos haber mirado los periódicos locales en internet; saber si han identificado algún sospechoso, si siguen alguna pista, si han llegado a nuestro piso...

—recalqué, impelido por algún anhelo cruel a llevarla al desastre, a dejarla desprovista de todo felicidad.

Entró el camarero y dejó una bandeja encima de la mesa. Efectivamente Esther había logrado ordenar correctamente los

sándwiches, pero de pronto lanzó un manotazo y tiró al suelo la bandeja, los apetitosos sándwiches, las bebidas... El camarero volvió a asomarse a través de las cortinas, pero al vernos a ella y a mí, impávidos, se largó de nuevo.

—Tú nunca haces eso, lo sé perfectamente... —articuló ella al cabo de unos minutos, en los que la única cosa dotada de movimiento en el reservado eran los goterones del líquido de los cócteles formando dibujos abstractos en el panel burdeos de la pared.

—Nunca miras los periódicos locales —añadió, pronunciando con un marcado tono de denuedo las sílabas, una a una, de las dos últimas palabras.

—Los periódicos...

—Nunca vuelves la vista atrás, nunca esperas a nadie, quieres que te maten y no lo consigues; tienes suerte, o un don, ¿por qué no? El demonio... sí, lo eres...

—El demonio...

—Matas por gusto y después por dinero; eres un asesino patológico...

—Un asesino...

—¡Basta! No toleras la felicidad, pero como nunca podrás colarte en mis sentimientos eres incapaz de darte cuenta de que mi risa es en realidad llanto, pero no quiero que salga de mi interior; no lo hará nunca más, ni siquiera tú vas a conseguirlo. A lo mejor te mataré antes...

No me di cuenta, o sí que lo hice, porque mi mente estaba dividida en compartimentos y prestaba más atención a los sentimientos que a las acciones, pero de pronto me encontré encima de Esther, estrangulándola con las dos manos. Los ojos empezaban a salirse de las órbitas y tenía el rostro desencajado como una de las Señoritas de Avignon, ese cuadro de Picasso, la de más arriba, a la derecha.

Iba a soltarla, lo juro, porque nunca hubiera hecho daño a Esther, y además mi mente ya estaba regresando del interior de uno de esos dichos cajoncitos en que se divide el pensamiento cuando se tienen demasiados asuntos a los que atender, pero antes de que pudiera hacerlo sentí una punzada en el costado derecho, un dolor

lacerante e insoportable, un escozor fuera de lugar seguido de una placentera sensación del fluir de algo muy caliente, como cuando un niño se hace pipí en la cama por las noches.

Esther me había apuñalado con uno de los cuchillos que se habían caído al suelo.

—Una herida de puñal normalmente causa una abertura pequeña en la piel, pero puede ser muy profunda. En consecuencia, pueden dañarse nervios, tendones, vasos sanguíneos y órganos. Su examen de hoy no mostró lesiones en ningún órgano ni tejido profundo. Sin embargo, es posible que algunas veces una lesión más profunda no se encuentre durante el primer examen. Debido al tipo de herida, no la cerraremos con puntos de sutura. Esta medida se toma para reducir problemas en caso de infección.

Una hora más tarde la doctora Jennifer C Lehmann me entregó mi informe de urgencias en el Hospital Monte Sinaí con el ceño fruncido. Sus ojos eran atraídos por los amoratados pinchazos de mi brazo izquierdo. No paraba de mirarlos intentando disimular.

—Gracias —le dije mientras me vestía torpemente a causa del aparatoso vendaje que me cubría todo el costado—. ¿Y la mujer que venía conmigo? ¿Sabe dónde se encuentra?

La doctora señaló con desdén hacia el box número seis. Me dirigí hacia allí y abrí la cortina con suavidad.

—¿Qué tal? ¿Cómo estás?

Esther permanecía recostada en una camilla, mirando al cielo raso e intentado descifrar las figuras que formaban las erráticas sombras que pululaban por la sala, como haría un niño tumbado en la hierba, contemplando las nubes. Llevaba un collarín semirígido. Un TAC había revelado una posible fractura del proceso odontoideo, una parte de la vértebra C2. En definitiva le dolería el cuello durante varias semanas, pero podría aplacarlo con analgésicos.

—Jodida.

—¿Nos vamos?

Se levantó sin decir ni una palabra más. No me atreví a hablarle, me merecía el castigo de su silencio, aunque durara toda la vida.

Salimos renqueantes a la calle y, rodeados de montañas de nieve tóxica, esperamos un taxi.

—¿Como quién quieres morir, Carlos? —dijo ella de pronto.

—¿Qué?

—Sabes perfectamente qué te he preguntado.

—Ya, pero... —aduje—. No entiendo el sentido de tus palabras. Antes, al principio, sí las entendía, pero ahora ya no, y no es que esté eludiendo la respuesta.

—¿Quieres dejar este mundo como el diablo o como un ángel redentor?

—¿Ángel redentor? —respondí—. ¿Te refieres a Gabriel? Oh, no creas que es tan inofensivo. Según la mitología judía en el Jardín del Edén hay un árbol de la vida que florece y produce nuevas almas, que caen en el Guf, el Tesoro de Almas. Gabriel busca en ese tesoro y saca la primera alma que le viene a la mano. Entonces Lailah, el Ángel de la Concepción, vigila el embrión hasta su nacimiento, y en el Libro de Enoc, 9:1-3, Gabriel, junto con Miguel, Uriel y Sariel, "vieron mucha sangre derramada sobre la tierra" y oyeron a las almas de los hombres llorar. Enoc preguntó quiénes eran las cuatro figuras que había visto y Dios le contestó:

"El primero es Miguel, el misericordioso y gran sufridor: y el segundo, que está por encima de todas las enfermedades y de todas las heridas de los hijos de los hombres, es Rafael: y el tercero, que está por encima de todos los poderes, es Gabriel; y el cuarto, que está sobre el arrepentimiento y la esperanza de los que heredan la vida eterna, es Phanuel.". Yo creo que en realidad Gabriel es alguien caprichoso que maneja las almas según su estado de ánimo, como si fueran piezas de Lego, ya me entiendes, aquí pongo un brazo, aquí una mano, a este le quito la cabeza... y que en realidad el que "derrama mucha sangre sobre la tierra" es él mismo.

No aparecía ningún taxi. Ví uno a los lejos y levanté la mano todo lo que el vendaje me permitía para llamar su atención.

—Hotel Four Seasons, por favor.

El conductor era un hombre de unos cuarenta años, con la nariz aplastada y una barba incipiente, vestido con un abrigo raído. El

vehículo olía a perros muertos.

—No has contestado a mi pregunta —dijo Esther, al cabo de un rato.—Solo esa cháchara sobre los ángeles... bla, bla, bla...

—Vale, vale, sí, lo sé... —afirmé con la cabeza y los hombros—. Pero como te he dicho, ninguno de los que tú has nombrado me representa. Creo que soy Gabriel, el que maneja las almas como piezas de Lego... Espera.

—¿Qué ocurre?

—¡Ja, ja, ja! —me reí en voz baja—. Por cierto, prepárate para verle en acción.

—¿A quién?

Yo llevaba varios minutos dándome cuenta de que el taxista se había desviado de las calles más céntricas y nos estaba conduciendo al extrarradio. Precisamente tras mis palabras detuvo el coche en la acera de una calle en penumbra de la que aún no habían retirado la nieve y se dio la vuelta con una navaja en la mano.

—¡Las joyas, *pendejos*! ¡Y la plata! ¡*Dita* sea, rápido, o se van *de costal y pal' río*!

Empecé a reírme cada vez más alto mientras me adelantaba hacia él en el asiento.

—¡*Güevön*! ¡*Hijueputa*! ¡La estás embarrando! —gritó el hombre ante mis carcajadas, viendo que no me asustaba.

—Y el Señor le dijo a Gabriel: —recité, intentando no reírme ahora—. "Proceded contra los bastardos y los réprobos, y en contra de los hijos de la fornicación; y destruid a los hijos de los Vigilantes de entre los hombres. Enviadlos los unos contra los otros para que puedan destruirse mutuamente en la batalla, porque no se prolongarán sus días."

De un manotazo le atrapé la mano con la que sujetaba el cuchillo y, antes de que pudiera reaccionar, se la volteé y la impulsé contra su cara. La hoja atravesó su mejilla. El hombre gritó, liberando la empuñadura. Cogí la navaja con firmeza y empecé a apuñalarle en la cara y en el cuello con rapidez, muchas veces seguidas. ¡Tschass! ¡Tschass! ¡Tschass! ¡Tschass! Las sienes, los ojos, la carótida, todo rezumaba ya sangre; la nariz le colgaba, desgajada, sobre el labio superior.

—¡Para! ¡Para, Carlos, joder! ¡Para ya!

Los gritos de Esther me sacaron de mi ensimismamiento. Me volví hacia ella con el filo del cuchillo hundido hasta el mango en el cuello del taxista, cuyo cuerpo se bamboleaba sentado en el asiento como si le estuvieran dando descargas eléctricas.

—¿Qué? ¡Ah, sí! ‘Vámonos!

Esther salió por su lado y yo por el mío. Nuestros pies se hundieron hasta los tobillos en la nieve virgen de aquellos arrabales deshabitados. Echamos a caminar sin rumbo, golpeándonos los brazos para quitarnos el frío.

—¿Ha sido genial, eh? —dije, al cabo de unos minutos—. Lo de recitar esos salmos, me refiero. ¿A que parecía Jules Winnfield, el de Pulp Fiction?

Esther, taciturna, respondió: -Ahora mismo me da completamente igual lo que parecieras, Carlos. Tengo los pies congelados, maldita sea. ¡Vale, vale, acabas de demostrarme que soy la compañera del Arcángel Gabriel! ¡Pero busca un jodido taxi que nos lleve al hotel, por favor!

Me alegré un montón por aquella respuesta. Sus palabras no albergaban rencor, ni autocompasión, por extraño que pareciera. Eran palabras coherentes, de una persona que admite su destino, la arbitrariedad de una vida que al final te llevará a la recompensa eterna. ¡De cuánta lucidez gozaba mi mente en aquellos instantes! Era feliz, caminando en la nieve junto a Esther bajo las estrellas titilantes (si pudiéramos verlas), con nuestras lujosas ropas (aunque el gemelo de la manga derecha de mi camisa chorreaba sangre y tenía algún tipo de materia viscosa colgando), juntos, en una calle perdida de Nueva York (en concreto ante el 1663 de Holland Ave, en el Bronx.)

Le atrapé la mano derecha y se la estreché con fuerza. No hizo ademán de soltarse. De repente el escenario cambió y entramos en una zona diferente de la ciudad. Habían quitado la nieve y casi se podía caminar con normalidad por las aceras, aunque no había ni un alma por las calles.

—¿Es que todo el mundo está en su casa disfrazado de Papá Noel o qué? - dije, con sorna, pero ella estaba ensimismada de nuevo. En ese momento pasábamos delante de la tienda E. S.

BUSINESS MACHINES, CO. TYPEWRITERS —CASH
REGISTERS.

—¿En qué piensas, Esther?

Como era lógico tardó una eternidad en contestar.

—En lo fácil que es matar y lo difícil que es morir... —articuló, pero no pude oírla debido al motor de un coche pasando que reverberaba en las montañas de nieve acumulados en algunos tramos.

—¿Qué?

—Parecemos invencibles, y eso sí que causa pavor.

—¿Pavor? Vaya, qué palabras usas ahora. Te has vuelto tan “finolis”...

—Leí mucho, de joven, antes de casarme... Después lo dejé, no tenía ganas de nada. Es muy jodido vivir con miedo permanente.

—Es curioso, porque en muchas ocasiones la lectura te ayuda a aislarte de la realidad, a vivir nuevos mundos diferentes al tuyo. Entonces a tí no te ocurrió eso.

Ahora pasábamos ante el NAIL STUDIO, con la palabra NAIL repetida a la derecha en caracteres verticales. Debían ser las dos o las tres de la madrugada. Los arrabales del Bronx estaban desiertos y helados a esa hora, ni siquiera había ratas, ni gatos callejeros. Algunas farolas parpadeaban. Todo era misterioso e insondable.

—A mí no... No en este caso —matizó Esther—. Lo intenté, pero al abrir las primeras páginas de un libro me entraban unas ganas de llorar enormes; solo recordaba los años pasados, antes de conocer a Toni...

—Ah, sí, Toni... No me acordaba de su nombre... —respondí, y era cierto, no se trataba de nada impostado. Sí recordaba los rasgos del que había sido el marido y maltratador de Esther durante doce años; recordaba su cara, pero muerta, no viva, cuando le serré la cabeza y la enterré debajo de una mata de *llentisclle* en una ladera de la Serra de Tramontana, cerca del embalse del Gorg Blau (esa planta ahora debía lucir espléndida, con sus raíces alrededor de todo ese abono orgánico). Pensé durante unos segundos en aquella planta, en la savia que subía por su tronco y nutría sus hojas y sus flores. ¿Alguien, algún senderista, viendo que crecía el doble que las demás, sospecharía que debajo de ella había una cabeza

enterrada? No, era absurdo, había miles, millones de matas de *llentiscle* en aquella pequeña cordillera de la isla de Mallorca. Me aparté la idea de la cabeza con un movimiento brusco de mi mano. Era una pérdida de tiempo inaceptable pensar en aquellos detalles.

—¿Le mataste tú, verdad? A Toni, tú le mataste.

La pregunta de Esther me pilló desarmado, sin ganas de mentir.

—Sí.

—¿Sí? ¿Solo “sí”?

Suspiré profundamente antes de responder.

—No hay mucho más qué decir. Ya sabes qué hago, a qué me dedico. Te he contado lo de Jo, lo de Tania, lo de Elena. Ya sabes que si te cruzas conmigo tienes pocas posibilidades de hacerte viejo.

La verdad era que no habría podido hallar un mejor momento para decirle aquello. No se quedó parada en medio de la calle con la boca temblando de miedo, no le flaquearon las piernas, no se cayó de rodillas; siguió caminando ante el TECH DADDY NYC, pisando la nieve helada que emitía un CRUSH, CRUSH en cada pisada.

—¿Y a mí? ¿Me hubieses matado hace un rato? ¿Cuándo me estrangulabas?

—Aún tengo que analizarlo en mi cabeza. No sé muy bien qué me pasó. Creo que me enfurecí por tu buen humor. Actuabas como si controlarás todo lo que ocurre en el mundo y eso... en fin, creo que me puse celoso.

Ella apretó aún más mi mano dentro de la suya, algo bastante extraño en aquellas circunstancias. Mientras tanto con la otra se afloja a él collarín, que la atosigaba.

—Yo sí que he estado pensando en ello, y mucho, tumbada en esa camilla del hospital. Te lo agradezco, Carlos...

—¿Qué? —exclamé, con un tono muy cómico de barítono.

—¡Era feliz, joder! ¡Y no tengo derecho a serlo! —gritó ella, en medio de un mar de lágrimas; sin embargo me volví para mirarla y no ví ninguna lágrima descendiendo por sus mejillas.

—Pero no quisiste morir en ese lugar... —respondí, estremeciéndome de frío. La sustancia viscosa que colgaba del

gemelo de mi camisa se estaba helando y rozaba constantemente contra el dorso de mi mano. Solté unos instantes la de Esther, rompí los pequeños carámbanos adheridos a la ropa y los tiré al suelo. Al día siguiente se los comería algún perro—. Luchaste por tu vida, eso quiere decir que te aferras a la felicidad.

—Entonces, ¿era una prueba? —preguntó, volviéndose hacia mí, pero sin dejar de caminar. Puede que tuviera la impresión, igual que me ocurría a mí, que si se detenía iba a desaparecer de la faz de la Tierra para siempre, volatilizada en pequeños átomos, como en el final de Avengers Infinity War.

—No... no lo recuerdo... —balbuceé, de forma cómica y ridícula—. No siempre hago las cosas como un autómatas, me refiero a que no analizo cada uno de mis actos. En realidad ese fue uno de los que escapan a toda lógica...

—Estrangularme escapa a toda lógica —repitió ella—. Vaya, me parece perfecto —apostilló a continuación, con un profundo tono de denuedo.

De repente empecé a marearme, mis piernas a perder fuerza. Un calor voluptuoso me quemaba el costado. Me levanté la camisa. Tenía el vendaje empapado de sangre.

—Ufff, se me ha abierto la herida.

Esther se acercó a mirar de cerca.

—¡Tenemos que volver al hospital enseguida! —gritó, quitándose el collarín y dejándolo caer sobre la nieve.

—¡No, al hospital no! ¡No hace falta! Bastará que me aprietes de nuevo el vendaje en el hotel —le rogué. No tenía ningunas ganas de ver de nuevo a aquella doctora que no paraba de observar los pinchazos de mi brazo como si fuera un jarrón roto por la travesura de un niño.

—¡Ahí, un taxi!

Esther echó a correr hacia un cruce a cincuenta metros de distancia donde se veía bastante más tráfico y, de vez en cuando, luces de taxis. Me senté en una montaña de nieve helada, temblando de frío, hasta que un vehículo amarillo se detuvo delante de mí.

A partir de ese momento solo recuerdo imágenes borrosas: me suben al taxi Esther y un hombre con un turbante sij y una frondosa

barba negra, me lleva en volandas el portero del Four Seasons a través del amplio hall; se cierran las puertas del ascensor; se cierra la puerta de nuestra habitación; Esther da propinas a diestro y siniestro para comprar el silencio del personal que ve la pechera de mi camisa teñida por completo de un llamativo color carmesí, eso es sangre, seguro, no engañas a nadie, pero cien dólares hacen que uno olvide rápidamente. Siento que los fuertes brazos del mayordomo me tumban en la cama sobre una manta, sugiere Esther, para no manchar el colchón; me desnudan (¡dejádmelo en calzoncillos al menos, joder, no menospreciéis tanto mi dignidad!). Traen vendas, gasas y yodo del botiquín de consejería; ella ruega que la dejen sola, ahora se las puede apañar. Creo que tengo fiebre, me arde la cara, pero mis pies están fríos como un témpano. Oigo el frush, frush de la cinta del esparadrapo desenrollándose, pegándose a mi piel; la tirantez del aparatoso vendaje me molesta, pero no tengo fuerzas para oponerme. Ella coge el teléfono, ruega que vayan a buscarle a una farmacia unos antibióticos prescritos en urgencias, porque allí solo nos han dado para las primeras dosis y necesitaré bastantes más.

—Buenas noches... —oigo mis propios balbuceos, en el limbo. ¿Esto es morir? me pregunto. Debe ser muy parecido. Pues no es tan desagradable, visto desde dentro.

—Eres muy buena enfermera, desde luego...

¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Dos, tres horas? ¿Diez? Un sol radiante inundaba la terraza del dormitorio cuando desperté, pero nadie me hacía caso. Esther estaba sentada en la mesa del comedor con el mayordomo, un hombre de color llamado Selami. Tomaban café y se reían. Selami hablaba español, además de algo de francés e italiano. Al verme con los ojos abiertos, mirándome, se puso tenso, levantándose de la silla. Ella tardó unos instantes en enterarse de que había recuperado la consciencia, miraba a Selami embelesada, como si no existiera nada más en el mundo. Me di cuenta enseguida de que habían hecho el amor aquella noche,

posiblemente en el dormitorio de al lado. Vaya, era la primera infidelidad de Esther, se notaba en su cara, en sus gestos, en su actitud desafiante, henchida de triunfo. El mayordomo se dio la vuelta y entró en la cocina, llevándose el servicio de café en una bandeja. Al cabo de unos segundos salió por la puerta de la habitación. Esther se levantó, acercándose a mi cama. Llevaba la bata del hotel muy abierta remarcando especialmente el canal entre sus senos, donde tenía un gran lunar de color parduzco.

—¿Cómo estás?

—Mejor, aunque tu vendaje... ¡Buff, me está asfixiando! — respondí, aparentando indiferencia.

—¿Ya te has dado cuenta, no?

—¿De qué? —mentí.

Ella puso los ojos en blanco durante unos instantes mientras las aletas de su nariz se abrían y cerraban con impaciencia.

—Lo hemos hecho... él y yo —dijo, señalando con la barbilla hacia la puerta.

Por mi parte emití un largo suspiro antes de responder.

—Me parece muy bien.

—¿Eso es todo?

—Ya te dije que perfecto, pero no me lo restriegues...

—La tiene muy grande, joder, demasiado grande.

—Esther...

—Nada que ver con Toni. Ostia, lo que me perdí...

Cerré los ojos, malhumorado, ahora era mi nariz la que aleteaba sin parar, furiosa.

—En resumen, casi me muero de gusto; me ha dado por todas partes, un empotrador, no paraba...

—¡Sí, ya sé que soy impotente! —grité, furibundo—. ¡Pero tengo que pagar un precio y ES ESTE! ¿Qué quieres que haga? ¿Qué puedo hacer? ¿Lo sabes tú? ¿Eh? ¿Tú lo sabes?

No respondió esta vez. Se quedó mirándome durante unos minutos eternos. Su barbilla temblaba de forma casi imperceptible. De pronto se dio la vuelta y se encerró en el baño. Creo que en esos minutos quedó escrito su destino. Ella estuvo sopesando si deseaba realmente continuar viviendo con la piltrafa en la que me había

convertido... y decidió que sí, aún a sabiendas de que no disfrutaría de una vejez apacible, o más bien no disfrutaría de vejez alguna ¿Los motivos? No soy yo quien puede descifrarlos. Seguramente es algo parecido a lo que les ocurre a los cantantes de rock cuando cruzan el límite de las drogas e intuyen que no llegarán muy lejos pero no les importa, y lo mismo que... ¡claro! lo mismo que impulsó a las cinco milicianas por las que estábamos en Nueva York en aquellos momentos: el afán de escapar de una realidad asfixiante y de lanzarse al abismo sin paracaídas, ignorando el ahora, despreciando el mañana.

La apuesta, arriesgadísima, puede salir bien (el pacto con el diablo y todo eso) pero está muy lejos de ser lo habitual. El diablo desconoce la palabra futuro. Que tú mueras hoy no representa nada, no eres nadie para ÉL.

Me levanté torpemente de la cama y me acerqué a la puerta del baño.

—¡Has hecho muy bien! —grité, tocando con los nudillos—. ¡Puedes hacer lo que te plazca, ya te lo dije! ¡No me importa! ¡Quiero seguir como ahora! ¡Vamos a continuar con nuestros asuntos! ¡Tu vida es tu vida, Esther, no voy a inmiscuirme en ella más de lo necesario!

No respondió. Acerqué mi oído a la puerta y escuché. Se oía el agua de la bañera, pero nada más. Intenté abrir, pero estaba cerrado.

—¡Esther! ¡Esther!

Me alejé dos pasos y observé la puerta. Después de la escena de anoche, lo de llegar ensangrentado, ya habíamos llamado demasiado la atención y no podía arriesgarme a intentar derribarla y causar daños (¿Pero en qué estaba pensando? ¡Si no podría ni tumbar a un niño en el suelo!). Cogí mi cartera y saqué una de las tarjetas de crédito, lo suficientemente resistente como para empujar un pestillo de metal. La mayoría de puertas exteriores tienen una pestaña especial que se pega al lado del pestillo para evitar que se abran con una tarjeta de crédito, pero las interiores no. Deslicé la tarjeta en la rendija vertical entre la puerta y el marco, lo más lejos posible, en un ángulo perpendicular, y la incliné de modo que casi tocara la maneta, eso la colocaba en posición para forzar el cerrojo.

A continuación la doblé en sentido contrario para que se deslizara debajo de la parte curva de la cerradura, forzando al pestillo a entrar de nuevo. Un pequeño empujón en el instante preciso y la puerta se abrió.

—¡Esther! —grité, recorriendo con ansiedad aquella enorme habitación forrada de mármol. De pronto vi su cabeza dentro de la bañera, sobresaliendo de una montaña de espuma. Llevaba unos auriculares puestos y escuchaba algo en su teléfono. Al verme dio un respingo. El agua salió por el borde y se extendió por el suelo.

—¿Pero qué haces? —gritó—. ¿Cómo has entrado?

Me quedé ahí, de pie, con la tarjeta doblada en la mano y los ojos abiertos como platos.

—Creí que... No me contestabas y...

Ahora fue ella quien enarcó las cejas en un ángulo imposible, después ejecutó una larga carcajada.

—¡Ja, ja, ja! ¿Creías que me intentaba suicidar? ¿A estas alturas? ¡Oye, tengo cosas más importantes que hacer!

—¿Cómo por ejemplo..? —le pregunté, sentándome en el borde de la bañera, con los pies en el charco de agua.

Ella volvió la pantalla hacia mí. Estaba viendo videos en Youtube sobre la guerra civil española y la situación política que la provocó. Se quitó los auriculares para que yo pudiera escuchar:

“España era en los años treinta del siglo pasado un país invertebrado y fragmentado. La incapacidad de los líderes políticos de la Restauración (1875-1923) de estructurar una sociedad moderna en la que cada sector social pudiera desempeñar un papel apropiado fue una de las causas determinantes.

La monarquía tampoco estuvo en su sitio. Alfonso XIII quiso dirigir el Estado haciendo y deshaciendo gobiernos, aunque su peor error fue el de potenciar la guerra del Rif. No quiso enterarse del aviso que supuso la Setmana Tràgica de Barcelona, cuando confundió un levantamiento popular contra el alistamiento de levas para la guerra con un movimiento separatista. Pero lo peor fue el desastre de Annual, donde dejaron la vida más de diez mil soldados españoles mal preparados y peor comandados. El último de los fracasos del rey fue su apoyo a la dictadura de Primo de Rivera, que se alzó para poner fin a la guerra dels pistolers de Barcelona y acabó

bombardeando las tropas rifeñas con gases, y cuyas consecuencias todavía están hoy presentes. El rey y su familia se marcharon de España tras las elecciones del 12 de abril de 1931. Tres días después se proclamaba la República.

El ejército fue la mano ejecutora del levantamiento del 18 de julio del 1936, en especial los jefes y oficiales africanistas educados casi exclusivamente en la misión de salvar a España de sus enemigos interiores tras aparecer a ojos de los españoles como el único responsable del fracaso de la pérdida de las colonias en 1898. Las fuerzas moderadas de una y otra parte habían perdido la partida. Los asesinatos de unos y otros aceleraron la degradación hasta aparecer el fenómeno de la Guerra Civil como inevitable.”

—¡Madre mía, qué complicado era todo! —exclamó Esther, al terminar el vídeo. Yo había dejado de escuchar por la mitad, solo la miraba a ella, extasiado, intentando recuperarme aún de la sensación de haberla perdido para siempre. Si hubiera ocurrido, si me la hubiera encontrado con las venas abiertas sumergida en la bañera dentro de su propia sangre... sería el fin, supongo. Era muy difícil de predecir. La vorágine de sentimientos que experimenté durante aquellos meses que pasé junto a Elena habían dejado el listón de mi sufrimiento muy alto, casi inalcanzable. Pensándolo bien, no creo que hubiera sido capaz de matarme también a mí mismo si, efectivamente, Esther se hubiera suicidado aquel día tan gris en nuestra suite del Four Seasons de Nueva York. Me habría ido de allí, creo, con mi maleta y mi soledad; posiblemente hacia Marruecos de nuevo, y allí me hubiese dedicado a algún trabajo duro y absorbente como hice cuando regresé a Mallorca, antes de conocerla.

—¿Te acuerdas de cuando nos conocimos frente al mercado del Camp Redó?

—¿Qué? —ella me miró sorprendida por la pregunta, sin ninguna relación con lo que acabábamos de ver.

—Yo trabajaba de barrendero... ¡Ja, ja, ja! ¿Te acuerdas? ¡Y no lo hacía mal! Creo que los jefes de la Empresa Municipal de Aguas y Alcantarillado me echan de menos...

Ella esbozó un gesto de comprensión enarcando las cejas e inclinando las comisuras de los labios hacia abajo, como el de una

madre ante la primera palabrota de su hijo.

—Carlos, ahora no me apetece... lo siento, pero no tengo ganas de recordar esa época. Para mí no fue de las mejores...

De repente caí en la cuenta de que en aquel instante estábamos totalmente desconectados. Me incliné hacia ella, le di un beso y salí del baño, gritándole:

—¡Después tendrás que explicarme todo el tema ese de la situación política de España y bla, bla, bla...! ¡No me he enterado de nada! Por cierto, ¿qué tal tu cuello?

Como era de esperar no hubo respuesta. Sin embargo, el video que habíamos visto sobre los prolegómenos de la guerra civil me había recordado de nuevo a María García. De manera increíble hacía varios días que no pensaba en ella. Me tumbé en el mullido sofá Maisha y observé su fotografía en mi móvil.

—Ufff, he dejado de pensar en ti, te has dado cuenta ¿eh? —le susurré a la imagen al cabo de unos instantes. La verdad era que necesitaba imperiosamente hablar con alguien sin que me juzgara —. He tenido demasiadas distracciones, María... pero estoy aquí de nuevo, aunque ya sabes que en realidad no me gustaría encontrarte, ni saber más de tí de lo que ya conozco, que es prácticamente nada... ¿Qué por qué? Pues porque si lo hago puede perderse la magia, el encanto, y eso es lo único que me queda por el momento, lo único para no quedarme aquí tumbado durante semanas, sin comer ni beber, y morirme... morirme en esta jodida ciudad.

La imagen de María estaba allí, inmóvil, subyugándome con su mirada. De repente tuve la impresión de que me estaba mirando, de que ME MIRABA DE VERDAD, como lo haría una persona de carne y hueso.

—¿Qué? No, no lo hagas, maldita sea... Había conseguido apartarme de ti y ahora...

Sí, era la mirada de alguien vivo, realmente lo parecía. Empecé a tener un miedo horrible y después a enojarme.

—¡Ya basta! ¡Estás muerta! ¡Estás enterrada en algún maldito lugar que nadie recuerda! ¡Yo solo quería hablar contigo un rato! ¿Es que no puedo tener ni un instante de tranquilidad?

Lancé el móvil a lo lejos. Chocó contra algo a mi espalda y cayó al suelo, sobre la moqueta.

—¡Está bien! ¡Está bien! ¡Tú ganas!

Me levanté y lo recogí de nuevo, entonando una cancioncilla.

—Tu ganas..., t-t-t-tu ganas..., t-t-t-tu ganas...

Me vestí con la misma ropa que la noche anterior, solo que con una camisa nueva. La americana y el abrigo tenían manchas de sangre, pero al ser de color oscuro casi no se percibían.

—¡Me voy! —grité hacia el baño, pero Esther no respondió. Selami, el mayordomo, venía por el pasillo. Se quedó petrificado al verme. Había vislumbrado algo en el fondo de mis ojos, estoy seguro, una señal de alarma normalmente indetectable, el estigma de la muerte. Me detuve ante él. Se había puesto a sudar a mares. Estaba tan asustado que no se atrevía a enfrentar mi mirada. Seguro que lamentaba no haberse fijado en ese “detalle” antes de responder a las proposiciones de Esther y hacer el amor con ella.

—Oye... —le dije, lo que hizo que prácticamente saltara sobre sus pies del susto—. Ella es libre ¿de acuerdo?

Asintió con un movimiento desvaído, aunque sus párpados bajaban y subían sin parar.

—Quiero que la cuides ¿vale? Cuídala por mí cuando yo no esté. Que no le pase nada, ya sabes a qué me refiero...

Continué hacia el ascensor. Sabía que lo haría. Ahora tenía un sirviente fiel, atenazado por el terror, la mayor motivación del ser humano, aunque siempre me preguntaba qué veía en el fondo de mis ojos la gente que “intuía” quién era yo en realidad. No me extrañaría que cuando nos fuéramos del hotel aquel hombre, aterrorizado, dejara la ciudad.

Renqueante, me dirigí al bar del hotel y desayuné en el Brunch: una tostada francesa de natillas de sirope de arce con mermelada de arándanos y un sándwich de huevo con salchicha de pavo. Mientras me bebía el café, negro y sin azúcar, recordé las frases que le había dicho a Esther durante nuestra breve conversación en el baño: le había preguntado si recordaba cuando nos conocimos, en una cafetería cerca del Mercat del Camp Redó, en Palma. Yo solía desayunar en el bar Ca Na Marga, en el carrer Cotlliure. Trabajaba de barrendero y todos los días limpiaba el sector

señalado en el mapa que colgaba de mi carrito: un amplio abanico que englobaba la Carretera de Valldemossa, Cotlliure y General Riera, con todas las calles intermedias incluidas. ¿Qué hacía en aquel lugar? Muy fácil: era feliz, o mejor dicho, purgaba mi desgracia con una rutina tan simple que me otorgaba la más absoluta y dichosa liberación. Limpiaba las calles, saludaba a las vecinas, hablaba con los policías municipales, con las jubiladas y con los niños, recogía excrementos de perro y entregaba diligentemente el dinero y los objetos de valor que encontraba a mi jefa de la Empresa Municipal de Aguas y Alcantarillado, cosa que no hacía nadie más en el departamento. El resto del día languidecía en un piso compartido con otros dos hombres en el carrer d'en Joan d'Àustria. Solía encerrarme en mi habitación y ver la tele durante horas (programas para adormecer la mente como Gran Hermano, First Dates, Sálvame o Mira quién viene a cenar esta noche.)

Viví en esa rutina durante un año y medio (en el que fuí, como ya he dicho, completamente feliz), aunque terminaba la jornada al borde de mis fuerzas porque en el transcurso de ella me metía dos o tres picos de morfina, normalmente coincidiendo con un cambio de zona (una dosis después de desayunar en el baño de Ca Na Marga, otra a las doce en el Bar Alhambra, donde aprovechaba para tomar una cerveza, y el último antes de que pasara a buscarme la furgoneta de recogida, en los baños de s'Escorxador.)

La primera vez que vi a Esther estaba desayunando un *pa amb oli* en Ca Na Marga. Era una fría mañana de Diciembre, una ajetreada mañana de Diciembre en el carrer Cotlliure. Habían transcurrido diez años desde los acontecimientos que desembocaron en mi separación de Elena y cinco de mi regreso a la isla y la posterior huida a Marruecos con Tania. ¿Por qué había regresado entonces al lugar que representaba los peores recuerdos de mi maldita vida? Para morir, por supuesto, aunque todo indicaba que tampoco lo iba a conseguir esta vez. Más bien al contrario, encontré una forma de ocupar mi tiempo y mis pensamientos en aquel empleo sobre cuyas pruebas de acceso me habló un compañero de piso.

Barrendero... ¿por qué no? Me apunté al día siguiente y me presenté a las oposiciones dos meses después, aunque ya había

repartido varios sobres con dinero entre los miembros del tribunal y me aprobaron con el examen prácticamente en blanco...

—¿Hay alguna forma de conseguir un conductor rápido y que no haga preguntas? —le dije al portero del hotel, ahíto por la comilona y haciendo un alto en mis reflexiones. El hombre, de unos sesenta años y la mirada afilada de quien ha viajado por el lado más oscuro, ahuecó la mano para recibir su propina y después llamó con su teléfono.

—Veinte minutos —me indicó al cabo de un rato.

Asentí con la cabeza y me acomodé en una de las mullidas butacas junto al lobby bar, pensando en qué debía estar haciendo Esther en aquellos instantes. Nunca se me había dado bien el arte de adivinar los sentimientos de los demás, pero estaba bastante seguro: había salido de la bañera profunda y estaba tumbada sobre la cama con la bata puesta, pensando en mí. A pesar de sus palabras sobre la época en que nos conocimos seguro que las emociones encontradas que sentimos los dos habían quedado grabadas de manera indeleble en sus recuerdos, igual que en los míos, al menos hasta que la morfina los borrara por completo. En aquel entonces ella trabajaba de limpiadora en un hotel de Magalluf. No tenía carnet de conducir, así que se levantaba a las cinco cada día para tomar dos autobuses y estar en el trabajo a las seis y media. Y eso que ahora Miki ya era mayor y no tenía que dejarlo en casa de su abuela para que ella lo llevara al colegio, como había sucedido durante nueve largos años, hasta que el pequeño fue lo bastante maduro como para quedarse solo en casa, prepararse él mismo el desayuno y marcharse al colegio. Esther regresaba a las cuatro tras una jornada maratoniana, rendida, destrozada, y aún tenía que lidiar con la peor de sus pesadillas: su marido. Los gritos, los desprecios, los insultos, las bofetadas y empujones, las patadas en la barriga cuando estaba embarazada; el miedo cerval al escuchar las llaves girando en la puerta, al percibir el vomitivo olor de la cervera y el tabaco y enfrentarse a los ojos vidriosos, destilando frustración y rabia...

Aquella mañana habían tropezado el uno contra el otro. Un descuido sin más. Carlos retrocedía con el carrito para bajar un

peralte elevado y Esther, que disfrutaba de su único día libre y regresaba de sus compras en el mercado, pasaba por detrás. Se habían dicho “lo siento” y se habían sonreído, aunque la sonrisa de ella no era tal sino una mueca lastimosa y amoratada.

Media hora más tarde había sucedido casi lo mismo. Carlos salía de Ca Na Marga totalmente colocado después de meterse un chute y habían vuelto a tropezar. Disculpas torpes y él farfulla que la invita a un café para compensarla. Ella lo rechaza pero él, desinhibido por la morfina, insiste. “De acuerdo”, responde ella.

La suerte estaba echada.

Al cabo de un mes había una cabeza enterrada bajo un gigantesco *llentiscle* en la Serra de Tramontana.

—Su coche, caballero...

El portero me sacó de mi ensimismamiento antes de lo previsto. El conductor era un hombre joven, corpulento, de rasgos caucásicos y un par de ojos pálidos en una cara decidida y jovial. Esperaba de pie junto a un crossover Mercedes GLA.

—Todo listo, con el depósito lleno y deseando correr.

Entré en el asiento trasero del vehículo.

—¿Sabes dónde está la Tweed Courthouse, la sede de la Asociación Change the World Together? —le pregunté.

—No conozco esa Asociación, pero sí que sé donde está la Tweed Courthouse —respondió, sin volverse—. Ese edificio histórico era el Antiguo Palacio de Justicia del condado de Nueva York. No sé para qué lo usan ahora.

—Está bien. Vamos allí.

Pasamos media docena de bocacalles en silencio y entonces el chófer dijo:

—¿Nuevo aquí, en Nueva York?

—Sí.

El hombre chasqueó los labios.

—Esta profesión suya es mala cosa. Se la cambio por la mía.

Emití una breve risilla.

—Bueno, los conductores de coches de alquiler no son eternos...
-maticé.

—Puede que no —reconoció el hombre. —pero a pesar de eso, si resulta que yo no lo soy, será para mí una sorpresa.

No respondí esta vez. Saqué el móvil y continué leyendo el diario de la miliciana sin nombre mientras contestaba con síes y noes hasta que el hombre se cansó.

La última lectura había llegado hasta el día 19 de Agosto de 1936, antes de salir precipitadamente hacia Nueva York. Lo lógico hubiera sido leerse el diario entero de una sola sentada, pero no quería que fuese así. Cada página era una escena con vida propia, una descripción preciosa, aunque apresurada, de aquellos últimos y trágicos días de las cinco milicianas del PSUC, incluida la mujer que hacía poco me había mirado desde la fotografía que les hicieron pocas antes de morir, María García, obligándome a ponerme en marcha y salir de mi aletargamiento.

Le estaba muy agradecido por ello.

Día 19.- Nos levantamos a las 5.30 de la mañana y después de almorzar ¡afortunadamente! huevos pasados por agua, nos fuimos las dos Teresas y yo a bañarnos a una de las muchas calas que hay aquí, que son calas inmejorables, muy limpias y casi sin peligro, pues son muy poco tupidas, y estuvimos cerca de una hora nadando. Después nos fuimos a requisar casas, abandonadas por los habitantes de esta isla que están en estado lastimoso. Todas las ropas por el suelo, sillas rotas, camas y todo lo que había. Recogimos bastantes cosas, en especial comestibles y tomates, pimientos y cebollas. Hicimos una comida estupenda para lo que es la guerra. Sopa de caldo de cordero, cordero y cordero otra vez con tomates y pimientos, ensalada e higos chumbos. Cuando estábamos empezando a recoger la mesa vinieron aviones enemigos y tiraron cuatro bombas contra los barcos que había anclados en alta mar haciéndolos desaparecer de este campamento. Esperamos vengan 16 aviones, pues si estamos copados, ¿qué pasaría? El día fue de tranquilidad sin que haya nada importante que resaltar.

“Día de tranquilidad”. Muy bien. Cerré la pantalla antes de continuar con el 21 de agosto echando un vistazo a una fotografía del desembarco del día anterior por si lograba encontrar a María entre las figuras, pero no lo logré.



Mientras tanto el chófer estaba buscando música en diferentes emisoras.

—¡Espera! ¡Deja esa! —exclamé, al oír la canción No surf, de Loquillo.

El hombre retrocedió el selector. Me puse a mover la cabeza siguiendo el ritmo y la letra. Me la sabía de memoria, como casi todas las de Loquillo.

*No hay palmeras en la ciudad
en el patio de la cárcel no se encierra ningún mar
escapa Rudy, te van a atrapar
romper tu cabeza, te van a enterrar.
En tu galería,
no se ve el final
y tras los barrotes,
no se ve el final
y pasan los días,
no se ve el final
y miras al cielo,
no se ve el final,
no quieres pensar.*

En ese momento el hombre paró el coche en una esquina y me indicó con la mano un edificio histórico a unos cien metros de distancia.

—Ahí tiene usted. Es ese con cuatro columnas dóricas, o jónicas, qué se yo...

Saqué un sobre con dinero y se lo puse en la mano abierta.

—Estate preparado, puede que tengamos que irnos deprisa.

Crucé la calle mientras seguía escuchando la canción que se desvanecía en el aire helado a pesar del sol que intentaba cruzar la capa de contaminación.

*Los días de playa quedaron atrás
vendiste tu tabla, empezaste a trabajar
de haber podido escoger el final
habrías pedido ir a morirte junto al mar.*

En realidad no sabía muy bien qué hacía en aquel lugar, ni siquiera si ese era el lugar adecuado. La dirección aparecía en internet, a la vista de cualquiera, aquella era la sede de la CWT, eso estaba claro, y ellos eran quienes me pagaban y quienes me habían indicado el primer objetivo, aquella mujer trabajadora de Hacienda, nieta o bisnieta de un periodista afín a la Falange que publicó los diarios de la miliciana sin nombre unos años después de su fusilamiento y que, probablemente, debía haber estado presente durante el transcurso de los acontecimientos.

Todo era probable, todo era posible, no había nada seguro.

En realidad toda mi vida era así, nada de lo que sorprenderse.

Subí las escaleras y repasé una placa de bronce con el directorio de fundaciones alojadas en aquel lugar. Ahí estaba, la CWT, cuarta planta, despacho A22.

Varios pasos más adelante había dos guardias de seguridad junto a un arco detector de metales. Lo pasé sin problema enseñando un documento falso que rezaba "Timothy Rueda, delegado de la OXFAM para latinoamérica", señalando que tenía una cita con la directora de la fundación CWT, señora Apollonia Taylor-Smith (datos que figuraban en la web).

Pasé el control sin ningún problema. No llevaba ningún arma, ni siquiera había pensado en ello cuando salí de la habitación de mi hotel después de que la fotografía de María García empezara a mirarme como si sus ojos estuvieran formados de carne viva. En realidad todo aquello era una chapuza, una mala improvisación, pero no quería pensar en ello; los ojos de la miliciana me impulsaban, tenía que hacer algo, recuperar el tiempo perdido.

Los pasillos forrados de mármol de aquel majestuoso edificio estaban prácticamente vacíos. Se oía de vez en cuando el repiqueteo de unos tacones, pero nunca llegabas a ver al causante. Desde la cúpula central, que necesitaba urgentemente un buen lavado, descendía una luz blanquecina e indolente; los pasos se ralentizaban bajo aquella luminosidad invernal y uno parecía retroceder en lugar de avanzar, los movimientos se volvían lentos, la mente pensaba con menos claridad, el pasillo que me llevaba al despacho A22 parecía tan largo como el velatorio de un hijo muerto.

El joven que abrió la puerta llevaba una barba hipster, negra como el carbón, con un traje de corte impecable. Durante unos segundos nos miramos el uno al otro.

—Soy Timothy Rueda, tengo una cita con la señora... eh... (vacilación premeditada) Taylor-Smith...

El examen de mi vestuario complació al joven, que abrió la puerta del todo y me dio la espalda para dirigirse a su ordenador y abrir, supuestamente, la agenda de Google Calendar.

—Ehhh, la directora no tiene ninguna cita para hoy, pero... deme un instante... —me indicó, levantando las dos manos con las palmas abiertas en señal de conciliación.

Me senté en un Chesterfield color marfil y empecé a ojear la revista Global Social Policy. El joven salió al cabo de unos instantes y me indicó que podía pasar con aire de suficiencia.

—Muchas gracias —le sonreí.

La directora de la CWT se levantó para darme la mano. Era una mujer en la cincuentena, de caderas anchas, con sobrepeso y falta de ejercicio, pero con el rostro muy cuidado y una operación reciente de aumento y perfilado de labios.

—No tenía constancia de nuestra cita —dijo, en un español con acento puertorriqueño—. Lamento el error, pero tampoco sé el

motivo de su visita.

Me acerqué a su mesa y me senté sin que me lo indicara. De repente la herida del costado había empezado a dolerme con intensidad. Eso me quitó las ganas de andarme con rodeos.

—Bueno, en realidad no teníamos ninguna cita —susurré, de forma casi imperceptible, para que la mujer tuviera que inclinarse hacia adelante y poder vigilar mejor la expresión de su cara. —Me llamo Carlos. Ustedes y yo tenemos un contrato...

De repente la mujer comprendió de qué se trataba. En apenas unos segundos se le demacró el rostro, sus ojos formaron una expresión desesperada y empezó a temblar de los pies a la cabeza. Aquel cambio tan vertiginoso me provocó unas ganas de reír irresistibles, pero logré contenerme con mucho esfuerzo.

—Le voy a ahorrar las respuestas a muchas de las preguntas que rondan por su cabeza en este instante —añadí con rapidez, antes de que la mujer empezara a chillar, como parecía evidente—. Simplemente no hay respuestas. Estoy aquí y eso basta. Yo tampoco sé porqué, en realidad. Las cosas suceden como suceden...

De repente noté que ella se serenaba y ví cómo su mano derecha se desplazaba de manera casi imperceptible debajo del escritorio. Debía estar pulsando un timbre o algún tipo de alarma.

—¡Oh, no hacía falta hacer eso! —lamenté. Al instante se abrió la puerta y el joven de barba hipster entró, cerró la puerta a su espalda y se quedó ahí plantado, con una pistola bien visible colgando de un brazo estirado a lo largo del cuerpo. La mujer había dejado ya de temblar y su respiración ahora parecía normal.

—John va a registrarle —musitó, con la voz, sin embargo, quebrada por una especie de emoción sobrevenida. Tras estas palabras el joven dio un paso adelante desde la puerta y alzó la pistola hasta la cadera. Volví la cabeza lo suficiente para mirarle por encima del hombro y le grité:

—¡Fuera! ¡No creas que me vas a registrar! ¡Ponme una mano encima y vas a tener que usar la pistola!

El muchacho enrojeció, retiró el pie que había adelantado, enderezó las piernas, bajó la pistola y se quedó de pie como antes,

mirando a algún lugar indeterminado de la habitación. Yo me incliné hacia la señora Taylor.

—Más vale que haga salir al barbudo. Si escucha lo que vamos a hablar tendrá demasiada información, y puede que a usted no le guste eso en algún momento del tiempo.

La mujer levantó la mano y la barbilla en dirección a mi espalda. La puerta se abrió y el joven desapareció tras ella.

—Está bien... Supongo que lo que quiere es más dinero... —añadió a continuación, mientras unas gotas de sudor perlaban el tenue vello de su labio superior. Abrió un cajón de su escritorio y sacó un sobre blanco, lo estudió durante un momento, su anverso y su reverso, sin pegar, con la solapa metida en el interior, alzó la cabeza, sonrió afablemente y arrojó el sobre encima de mis piernas.

El sobre, aunque no era voluminoso, pesaba lo suficiente para volar derecho. Fue a darme en la parte baja del pecho y cayó sobre mis muslos. Lo recogí y lo abrí despacio. Contenía billetes de mil dólares. Los saqué y los conté. Eran veinte. Alcé la mirada hacia la mujer y sonriendo, dije, suavemente:

—No había hablado de dinero, pero lo tomaré como un regalo de Papá Noel... —mientras tanto emparejé los billetes por sus bordes con unos golpecitos y los volví a meter en el sobre. La mujer abrió los ojos desmesuradamente, las aletas de su nariz no paraban de abrirse y cerrarse, expectantes.

—¿Cómo nos ha encontrado? —dijo, al cabo de unos segundos.

Yo levanté la mano y la moví ante la cara, como espantando una respuesta concreta a esa pregunta.

—Oh, ya le he dicho que hay cosas que suceden y ya está... No lo sé, supongo que navegando por internet. No es difícil seguir el rastro a la Fundación Change the World Together, pero ahora haré yo las preguntas: ¿Por qué esas mujeres en concreto? Me refiero a las milicianas de la República fusiladas en esa isla del Mediterráneo, Mallorca, en 1936; se lo aclaro porque a lo mejor tienen ustedes otros asuntos entre manos...

La mujer asintió con la cabeza mientras sopesaba su situación, igual que haría un preso político con las muñecas atadas a la espalda ante su torturador. Hablar o callar, ambas cosas podían ser malas.

—Está bien... —empezó a hablar, por fin—. Hay intereses mucho más elevados en este asunto. Nosotros... esto... (abrió las manos para abarcar su despacho) solo somos, digamos, los albañiles, podría decirse, los que conservamos los cimientos del edificio...

Hice un gesto de impaciencia ante su palabrería, lo que le hizo empezar a hablar más rápido.

—Hay varias familias de filántropos, banqueros, petroleros, emparentados con los Padres de la Nación, con inmensas fortunas, judíos, en su mayor parte, que decidieron vengar a las víctimas; primero del Holocausto nazi y después del resto de Holocaustos. Una venganza sutil, despiadada y tardía, como debe ser. ¿Y qué mejor que los hijos, los nietos...? Ya sabe de qué le hablo, no voy a pronunciar la palabra concreta.

—Asesinato... —aclaré con tono cansino.

—Como usted ha dicho, tenemos muchos frentes... Parientes de oficiales nazis en Alemania, de colaboracionistas en Crimea, Polonia, Checoslovaquia y Francia, de dictadores en casi todos los países latinoamericanos, e incluso de dueños de plantaciones esclavistas aquí, en nuestro país...

—Y en España los responsables de la represión franquista...

La señora Taylor cruzó las manos bajo su barbilla y esbozó un gesto de asentimiento triunfal con los labios, aún algo temblorosos.

—Ummm... ¡bueno, está bien! —exclamé de repente, lo que hizo que ella diera un brinco en su asiento—. De acuerdo... de acuerdo... Me convence. Se puede decir que tengo lo que había venido a buscar. Continuaré trabajando para ustedes, sigo en el contrato.

Me levanté de la silla, mirando de reojo hacia la puerta. El sobre con los veinte mil dólares cayó al suelo. Lo recogí mientras decía:

—Me quedo con esto, gracias. Los gastos y tal... Pero falta algo...

La señora Taylor, que había entrecerrado los párpados esperanzados por mi salida, volvió a levantarlos de nuevo con una fuerza inusitada.

—Los dos sabemos que cuando salga de aquí el barbudo intentará matarme, por dos razones: A. Ninguno de sus asesinos había estado aquí antes ni se había acercado tanto a esas

acaudaladas familias, así que no le van a perdonar que haya permitido que me marche...

Mientras decía eso giré sobre mis talones, rodeé el escritorio por la izquierda, tiré del cable de una lamparita que la señora Taylor tenía sobre su escritorio y le apreté la garganta.

—B. Ni ustedes ni yo pueden conocer al otro. Vernos las caras no es algo tolerable ¿verdad?

La mujer empezó a dar patadas al escritorio. Una lámpara cayó al suelo y se hizo añicos. Hice un nudo con el cable para que siguiera estrangulándola, me agaché para coger un pedazo de cerámica de la lámpara y corrí para colocarme detrás de la puerta, que ya se estaba abriendo. Cuando el barbudo asomó la cabeza muy lentamente le clavé el afilado ariete de cerámica en un ojo y luego le di un golpe en la mano que empuñaba la pistola. Esta cayó al suelo. Tenía un silenciador. Me lancé a por ella y le descerrajé dos tiros en la cabeza (uno de los proyectiles salió por el otro lado, rebotó en la pared y casi me dio en una pierna), el otro se quedó dentro de su cráneo, aunque el joven siguió reptando por la habitación durante unos minutos. Rápidamente volví hacia donde estaba la mujer, que había caído al suelo, logrando meter los dedos entre el cable y su cuello y estaba a punto de zafarse. Me puse a su espalda y tiré del cable con los pies contra sus hombros. Pataleó desesperadamente, destrozando varios cajones del escritorio, y después expiró.

No hubo problemas para salir de la Tweed Courthouse. El conductor de cara decidida y jovial leía un pequeño libro cuando toqué en la ventanilla con los nudillos.

—Vámonos.

Encendió el motor de arranque, pero el coche no se movió. El hombre ladeó el cuerpo en el asiento y me miró a los ojos durante unos instantes.

—Está bien. Quería asegurarme de que hoy no iba a ser mi último día en la tierra —sentenció, mientras arrancaba. Eso me hizo mucha gracia y empecé a reírme a carcajadas.

—¡Si fuese tan fácil saberlo, solo mirando a los ojos, me quedaría sin trabajo hoy mismo! —respondí.

—Los ojos son el espejo del alma ¿no? —dijo él, con un rictus en los labios.

—Si es que tienes alma...

Eso hizo que buscara de nuevo mis ojos, esta vez en el espejo retrovisor. Nuestras miradas se encontraron, sopesándose durante unos segundos.

—Bueno, si me falla mi instinto al menos he estado leyendo la Biblia y me iré en paz... —explicó, apartando la mirada del espejo y depositándola sobre el librito que había dejado en el asiento de al lado. —Por cierto, ¿adónde vamos?

—Al Four Seasons —le indiqué, cansado de aquel juego. De repente se había puesto a nevar.

—¿Debo tomar precauciones? ¿Contraseguimiento?

Negué con la cabeza y centré la mirada en los copos de nieve que descendían por el cristal formando extraños dibujos, como anagramas representando mi propia vida.

Llegamos al hotel en unos treinta minutos. Antes de salir le tendí el sobre con los veinte mil dólares que me había dado la señora Taylor.

—Vuelve a las cinco. Vamos a ir a México. Quiero una ruta fácil, cómoda, sin prisas; buenos hoteles y gastos pagados para ti.

El de ojos claros no contestó, solo movió la cabeza en señal de asentimiento.

Esther no estaba en la habitación, lo que me puso de muy mal humor, porque venía a darle la noticia de que nos íbamos a visitar México, las ruinas mayas y todo eso, con la ilusión de un niño de ocho años. Me tomé un Knockando con hielo y a continuación otro, después de meterme un pico. Empecé a ver la última película de Rambo, Last Blood, en la tele, pero me quedé dormido enseguida.

Cuando desperté ella había regresado y estaba desnuda en el salón, quitándose las medias.

—¡Esther, nos vamos! Vendrán a buscarnos a las cinco. Coge solo lo imprescindible y que nos manden lo demás... —indicé, desprecizándome. Me miró con el ceño fruncido, como si mi voz fuera el zumbido de un mosquito. Un montón de bolsas por cuya textura se notaba que procedían de tiendas muy caras tapizaba la mesa del comedor. En el vestidor se oía a alguien trasteando, debía ser Selami, el mayordomo, que la había acompañado de compras.

—¿Irnos? ¿Estás loco? ¡No pienso irme jamás de Nueva York! — exclamó de pronto—. ¡Joder, tenía que haber vivido aquí toda mi vida!

Me levanté de la cama y me acerqué a ella, también desnudo.

—Esther, eeeeehhh... De verdad, hay que irse de aquí, y es mejor que no sea en avión.

—¿Qué ha ocurrido? —respondió, de mala gana.

—Digamos que... bueno, me he deshecho de dos avispas, pero es posible, aunque no seguro, que haya removido todo el avispero... Como siempre es cuestión de prestigio, ¿sabes? Que no te encuentren, que no te vean... El fantasma, the ghost... Uuuuuhhh... Uuuuuuhhh....

Sí, fue muy patético hacer eso con la boca, levantando las manos, sin ropa, imitar a un fantasma, pero aún estaba medio dormido y conservaba un resquicio de buen humor que enseguida se esfumó.

—No... no pienso irme de aquí, Carlos... —dijo ella, empecinada y con la cabeza gacha, abriendo paquetes con las manos temblorosas.

—Pues yo lo haré... —respondí, dejando de hacer el payaso—. ¿Y tu? ¿Vendrás o no?

Ella negó con la cabeza, repetidas veces, millones de veces.

—Esta bien, vale, de acuerdo... Voy a... a preparar mi maleta... —añadí, enfurruñado.

Entré en el vestidor. Ahí estaba Selami, quien no movió ni un milímetro de su cuerpo al oírme. Me puse unos vaqueros y una sudadera, cogí un bolsa de viaje, metí en ella varias prendas de ropa al azar y unas zapatillas, regresé al comedor, donde en un office anexo había unos cajones con cubertería y vajilla, cogí un cuchillo de carne, volví al vestidor y se lo clavé bajo la tetilla izquierda, hasta el mango.

El hombre se volvió hacia mí y me miró con una expresión entre sorprendida e indignada, pero yo ya salía de la habitación y me acercaba a Esther.

—Ahora son las... cuatro y media —indiqué—. Le diré al chofer que espere hasta las cinco y diez minutos —mientras hablaba se oyó el golpe sordo del cuerpo de Selami cayendo al suelo como un

saco de arena. Ella lo escuchó igual que yo mientras su semblante iba cambiando de color, de un blanco grisáceo a uno níveo.

Salí de nuestra suite y esperé durante media hora en el salón tomando un Pimms Cup con doble de cerveza de jengibre. Mi chófer ya estaba allí, sentado en uno de los sofás, pero le ignoré, no me gustaba que se hubiese anticipado tanto.

La nevada se había intensificado cuando salimos los dos a la calle y entramos en el Mercedes GLA.

—Dos mil ciento ochenta y cinco millas de aquí a El Paso... —empezó a explicarme, mientras yo dirigía miradas impacientes a la majestuosa entrada del hotel—. Unos cuatro días de viaje parando en Charlottesville, Nashville, Little Rock y Dallas, o a lo mejor Fort Worth. La última jornada será larga, pero no he encontrado ningún hotel que valga la pena. ¿Qué le parece?

Levanté la mano para indicar que todo me daba igual en el momento en que Esther empezaba a bajar las escaleras.

—Habrá otro pasajero... Ahí viene...

El hombre se bajó y le abrió la puerta. Ella entró sin pronunciar palabra alguna, el rostro lívido. Llevaba una gran bolsa de Alexander Wang repleta de ropa que puso sobre el asiento, entre los dos.

—¡Podemos irnos!

El vehículo dejó atrás los atascos de Manhattan y se adentró en Newark y después en Union.

—Algún día volveremos, Esther, te lo prometo... —empecé a disculparme, cuando todavía no habíamos cruzado el Hudson, acercándonos a Newport, pero luego cambié de idea; no tenía ningún sentido, con toda probabilidad ella jamás me perdonaría, pero es que yo no quería que lo hiciera. Había una imagen que me rondaba la cabeza sin parar desde que había salido de la suite después de apuñalar al mayordomo: era la de Elena, su cuerpo bronceado, escuálido por las privaciones, sus ojos verdes, profesándome amor. Estábamos en la playa d'es Cargol, en el sudoeste de Mallorca, un arenal virgen en el que nos ocultamos durante unas semanas durante aquel verano infame. Pues bien, mientras salía de la suite había recordado el motivo de mi enfado con Esther antes de intentar estrangularla en el reservado de The Tippler la noche anterior: había visto en su cara la misma expresión

de idolatría hacia mí que la que expresaban los ojos de Elena en aquellos días de sol, arena y sexo sin límites, y eso era lo que más me había torturado durante los últimos años: mi traición. La atroz decepción de Elena cuando se lo conté todo (la había estado engañando, haciéndole creer que había matado a alguien, disparando a unos guardias civiles para que nos persiguieran y que ella creyera así mis falacias; todo por amor, DE VERDAD, TODO POR AMOR) ha sido y será para siempre el peor recuerdo de mi vida, más incluso que el momento en que tuve que matar a mi padre.

En definitiva no podía soportar a una nueva Elena a mi lado. Una nueva decepción, una nueva carga de por vida. ¡Yo no quería eso! ¡No tenía por qué colmar las expectativas de nadie!

Dí un puñetazo al asiento de enfrente que sobresaltó al chófer y le hizo dar un volantazo y me sumí en el hermetismo hasta que nos detuvimos a descansar en una cafetería, cuatro horas más tarde. Entonces intercambié unas palabras con él, pero no con Esther.

Aquella noche dormimos en el Residence Inn de Charlottesville. Sobre las cuatro de la noche salí de la habitación y dí una vuelta por los alrededores para cerciorarme de que nadie estaba vigilándonos. El aparcamiento estaba helado, el termómetro marcaba doce grados bajo cero y yo temblaba dentro de mi parca, soplándome en los dedos. No había ningún coche en marcha ni encontré a nadie lo suficientemente loco como para quedarse a dormir en un vehículo apagado. En el vestíbulo del hotel tampoco se veía a nadie. Le pregunté al conserje si había alguna máquina de bebidas calientes y me envió a la cantina del personal, en el sótano. Era una sala de techo muy alto con mesas y bancos de madera, que olía a comida rancia. En una televisión encendida se hablaba sobre el asesinato de un mayordomo en el hotel Four Seasons de Nueva York. Una fotografía de Salemi, mucho más joven, extraída de una red social, ocupó la pantalla durante unos instantes, pero no perdí mucho tiempo mirándola; aquello ya había quedado atrás y me interesaba mucho más calentarme las manos con el vaso de plástico de mi café expreso.

Al volver a la habitación Esther dormía plácidamente. Abrí la ventana del balcón para que entrara aire fresco porque me costaba

respirar debido al monóxido de carbono. Contemplé su sueño inocente durante unos instantes, preguntándome qué haría ella si, aunque fuera solo por unos segundos, tomase consciencia de quién tenía a su lado en la cama.

Tuve que meterme un pico para conseguir que mis párpados se cerraran, regado con un infumable bourbon que había en el minibar.

Al día siguiente le dije al conductor que dejase el coche allí y alquilara una autocaravana. Había sido bastante temerario alojarse en un hotel tan cerca de Nueva York. Después del desayuno vino con una Burstner Grand Panorama que dejó muy sorprendida a Esther (ella ni siquiera sabía a dónde nos dirigíamos, a pesar de que le había mencionado lo de México en el hotel, pero no podía imaginarse que pretendía llegar hasta la frontera con un vehículo de cuatro ruedas). Aproveché su aparente cambio de humor para decírsele:

—¿Qué tal unas semanas en la Riviera Maya, cariño? Playa del Carmen, Chichén Itzá, los cenotes...

Su respuesta (“a ver si alguien te mete dos tiros en la cabeza de una maldita vez”) dejó bien claro que no me perdonaba en absoluto, pero no pude hacer otra cosa que echarme a reír ante sus palabras.

—¿También vas a reírte cuando me mates a mí? —lanzó ella, mirando por la cristalera de la caravana hacia las estribaciones del parque nacional Great Smoky Mountains, una de las maravillas de Tennessee.

—Te aseguro que eso no pasará, amor mío —respondí, abriendo mi neceser con las cosas de pincharnos—. Si quieres podemos hablar de ello, pero antes ¿quieres un chute?

Miró la jeringuilla y las ampollas de morfina que me quedaban y asintió con la cabeza. Compartíamos las agujas, era algo que ya hice con Tania y que no me causaba ninguna aprensión. A un adicto usar la jeringuilla de otra persona es lo que menos le importa del mundo, nadie que no lo sea puede llegar a entenderlo.

Fue justo terminar de pincharnos cuando el conductor sugirió que paráramos para almorzar en un lugar llamado Chesapeake's Seafood, en el centro de Knoxville. No teníamos mucha hambre,

pero nos apetecía estirar las piernas, a pesar de que a los dos se nos caía la saliva de la boca debido al colocón. Tomamos ostras y sopa de almejas, aunque aquel día la morfina hizo que todo lo que comía me supiera a metal; en realidad solo tenía ganas de beber. Pedí dos botellas de vino Frank Family Chardonnay, del Valle de Napa, y me bebí una entera yo solo. El chófer se largó a la caravana a echar una siesta.

—Está bien... ¡Está bien! —dijo de pronto Esther, levantando las manos en el aire y poniendo los ojos en blanco. La gente de alrededor se volvió para mirarla.

—¿Pero qué te pasa? —pregunté, divertido.

Ella había bajado los ojos hacia el suelo, pero de súbito se mordió el labio y volvió un poco la cabeza mirando hacia mí de soslayo. Su rostro no tenía un aspecto muy saludable.

—Claudico... Me rindo, dejo de luchar. A partir de ahora seré tu fiel *partenaire*, diablo mío... —musitó, en voz muy baja, todavía con huellas de ira en su tono.

—¿Qué? —a mí me había entrado una risa tonta y no podía parar. Intenté con desesperación que se notara que no me estaba burlando ni nada parecido y al parecer lo conseguí, porque ella esperó con paciencia a que se me pasara aquel estúpido acceso.

—Por fín me he dado cuenta, Carlos... —continuó—. De una vez por todas, sí; al ver a Selami en el suelo del vestidor me he dado cuenta de que jamás podré apartarme de tí, así que... estoy contigo para siempre, eso es todo lo que voy a decir por ahora.

—Ji, ji, ji... Vale, vale —por fín pude articular las palabras y vencer aquella inoportuno risa. —¿Más vino? —llené las dos copas—. ¿Entonces te has vuelto a enamorar de mí como una quinceañera o, por el contrario, es como esos matrimonios que se separan a los treinta años de vivir juntos y luego se unen de nuevo porque no pueden soportar vivir sin pelearse con el otro?

—Lo segundo —respondió ella, con los labios brillantes, mojados por el vino tinto.

—Bien... Me gusta eso, es... más maduro, ¿no? Aunque no es que contribuya a aumentar mi ego.

—He leído que en algunos de esos cenotes del Yucatán se puede bucear... —cambió radicalmente de tema —pero que en el fondo

hay restos humanos, calaveras... Creo que me va a dar miedo... ¿Sabes cómo se formaron? Hace sesenta y cinco millones de años, un meteorito de más de diez kilómetros de diámetro impactó contra la tierra en una zona que hoy es México. Eso trajo como consecuencia la devastación de gran parte de la superficie terrestre y presuntamente, causó la extinción masiva de más del setenta por ciento de los seres vivos, entre ellos, los dinosaurios que dominaron el planeta ciento ochenta millones de años. El impacto provocó un enorme cráter, llamado Chicxulub, Cola del Diablo, que tiene dos mil quinientos metros de profundidad y un diámetro superior a los doscientos kilómetros. Toneladas de roca quedaron suspendidas en la atmósfera bloqueando la luz solar y generando un efecto invernadero que impidió la fotosíntesis, colapsando los ecosistemas. El impacto que generó el cráter de Chicxulub provocó la formación de los cenotes como resultado de la erosión de la capa de piedra caliza o tal vez la caída de fragmentos más pequeños desprendidos del gran meteorito, generando lo que hoy se conoce como anillo de cenotes. Básicamente un cenote es una cueva con el techo derrumbado y que se ha llenado de agua. El cenote del Zacatón es el más profundo de todos, se cree que tiene unos trescientos metros de profundidad, pero nadie lo sabe exactamente, porque no se ha podido llegar al fondo. El que más profundo llegó fue el buceador Jim Bowden, que alcanzó los doscientos ochenta y dos metros de profundidad y estableció un récord de inmersión al hacerlo. Su mentor y amigo Sheck Exley murió intentando lo mismo. Dentro de los cenotes se han encontrado restos de fauna pleistocénica, como un Gonfoterio, especie de mamut, o un tapir prehistórico. También están los restos humanos más antiguos encontrados hasta ahora en América, pertenecientes a la llamada mujer de Najarón, hallados en un cenote de Quintana Roo de once mil seiscientos años de antigüedad, así como los de la mujer de la Palma, de diez mil años...

Al terminar de leer en la pantalla de su móvil se sonrojó y me miró tímidamente.

—Te quiero, amor mío... —le susurré, a guisa de respuesta.

—¿Te enfadaste porque me acosté con el mayordomo? —preguntó ella, más segura de sí misma, aunque esta vez sin

mirarme.

Yo moví la cabeza con decisión antes de responder.

—Para nada... Ya te lo dije: no puedo mantener relaciones sexuales, no tengo erecciones. ¿Cómo voy a negarte que des rienda suelta a tus instintos?

—Podrías ver a un médico...

—¡Oh, no pienso hablar de mi pene con un matasanos! — exclamé, demasiado alto, lo que provocó que el padre de una familia de cuatro hijos que debía hablar español se volviera y me mirara con severidad, aunque no tardó en dejar de hacerlo (de nuevo me pregunto qué es lo que veía la gente en mis ojos para sentir ese miedo repentino). —Lo siento, lo siento... —me humedecí los labios y me miré las manos. Las palmas estaban mojadas. Me llené de aire los pulmones. Esther dejó escapar el resuello en una risa breve y entrecortada.

—Ah, los hombres y vuestros sueños de tener una enorme polla...

—Sí, sí, pero bien me dijiste que el mayordomo la tenía grande.

—Fué para herirte, bobo —respondió, mirándome por encima del borde de su copa—. A todas las mujeres nos gusta un empotrador, pero no siempre resulta práctico...

Levanté las manos en señal de conciliación.

—Por suerte mi disfunción eréctil no es psicológica, sino física, así que no padezco los estragos mentales que puede llegar a provocar.

—Me alegro.

—He conseguido olvidarlo. Vivo con ello y ya está... ¿Quieres una copa?

Ella dijo que sí, pero también quería un postre. Pedimos dos tartas de queso caseras y dos copas del mejor brandy que tuvieran. Trajeron una botella de Copper & Kings Butcher Town. Le pedí a la camarera que la dejara en la mesa.

—¿Entonces todo sigue igual entre nosotros? —pregunté después de haber tomado solo dos bocados de la tarta, seguía sin tener ni pizca de hambre. Esther, en cambio, se acabó su trozo y cogió mi plato para seguir comiendo.

—Sí, pero me jodió mucho lo del mayordomo. ¿Qué culpa tenía?

Olisqueé el brandy durante varios segundos antes de contestar:

—Nadie tiene la culpa por estar en el peor momento en el lugar equivocado.

—Vale, reflexiones del Mensajero de la Muerte. Me parece perfecto. ¿Qué tal el brandy? ¿A qué huele? ¿Yo también tengo que hacer ese rollo de olerlo, o basta que lo haga uno?

—La verdad es que odio como huele el brandy, parece como si hubieran dejado pudrirse a un cadáver dentro de la barrica... Me pasa con todos, y me seguirá pasando siempre, creo. No debería olerlo, pero es un jodido acto reflejo.

—Uhhh... Uhhh... Está bueno... —aseveró, mientras hacía guiños con los ojos. Se lo había bebido casi de un trago—. Ponme otro.

—Cuidado con eso, es más fuerte de lo que parece...

—¿Después del veneno que nos metemos en las venas dices que esto es fuerte? ¿Cuánto crees que te queda de vida?

Me reí ante su pregunta. Bebí un largo sorbo antes de responder. Debían ser las cuatro de la tarde y un sol espléndido extraía destellos de diamante a los montones de nieve del aparcamiento.

—Quién sabe... ¿Crees que llegaré a los ochenta?

—¡Ni por asomo! Alguien acabará con tu suerte, a lo mejor mañana mismo...

—Es cierto, he tenido mucha suerte... —respondí, cegado por el deslumbrante reflejo que entraba por las cristaleras—. La muerte me ha esquivado.

—No te ha esquivado, en realidad eres tú. Lo pillas ¿eh? ¿Lo pillas?

—Pero no tengo ningún manto, ni una guadaña.

—Lo eres. Lo que no logro entender es como acaba la muerte consigo misma.

Terminé mi brandy con el ceño fruncido y me serví otro. Ahora era a mí a quién me incomodaba la conversación.

—Joder, esta noche he tenido un sueño muy raro...

—¿Cuál?

—Entraba en un sitio, una especie de invernadero de orquídeas. El aire era caliente y húmedo y el techo y las paredes estaban

saturadas de humedad. Caminaba por un túnel de vegetación y de repente me encontré con un anciano sentado en una silla de ruedas. Era un moribundo que me miraba con unos ojos negros, sin ninguna chispa de vida. Su cara era como una máscara de cuero, con labios sin sangre, nariz puntiaguda y las sienas hundidas...

-Eras tú. Tan egocéntrico que sueñas contigo mismo.

—¿Qué?

—Está muy claro que te viste en tu propio sueño.

—Puede ser, pero era horrible. Me dio un miedo...

—Vale, y ahora ¿unas vacaciones en el Caribe y ya está? ¿Qué hiciste exactamente en Nueva York? Ya te he dicho que me rindo, que soy parte de tí, carne de tu carne...

—Joder, qué sublime suena eso...

—Déjate de tonterías, por favor. Yo hablo como da la gana. Repito: ¿qué hiciste para tener que irnos de aquella manera?

—El mayordomo... —respondí, con un mohín infantil en los labios.

—¡Carlos! ¡Me estás hartando, por Dios! —Se puso en pie de un salto y se quedó mirándome, echando chispas, con las aletas de la nariz dilatadas. A través de la boca abierta, sus dientes manchados de café resplandecían. Sus nudillos estaban blancos. Se dio la vuelta y echó a andar hacia la salida.

Fui hasta la barra y pagué la cuenta. Esther se había sentado en el porche, junto a una estufa de gas, con las gafas de sol puestas y las piernas cruzadas.

—Maté a la presidenta de la Organización, la CWT, o como se llame, y a su guardaespaldas... —le dije, al salir, colocándome de pie junto a ella, mientras el vaho de mi aliento se perdía en dirección a la arboleda que delimitaba el aparcamiento.

—O sea que ya no cobraremos más dinero... —refunfuñó.

—Ehh, sí, bueno, antes de nada me alegro mucho de que no digas el consabido porqué... Creo que continuaremos cobrando. Ahora ya saben que no soy “uno más” de sus empleados. Puede que todo siga igual o puede que envíen alguien a matarnos, solo lo sabremos cuando ocurra. El próximo encargo será decisivo. Si no hay ningún engaño todo continúa igual.

No respondió. Se levantó y entró en la caravana. El chófer ya se había despertado y arrancó cuando yo llegué, andando lentamente sobre la nieve fresca y crujiente y con las manos en los bolsillos.

Llegamos a El Paso al cabo de cinco días. La ciudad fronteriza se adormecía bajo un sol anaranjado que teñía las montañas Franklin de un aura infinita. Esther se sentía decepcionada.

—¡Creía que era algo más folclórico! Canticas, tequila, hombres sentados en las aceras con esos sombreros gigantes...

—De eso hace cien años, cariño —le indiqué, mirando la pantalla de mi teléfono—. Ahora vive aquí casi un millón de personas, es la vigésima ciudad más poblada de los Estados Unidos. Pero si quieres ver el auténtico desierto a un tiro de piedra al sureste, al final de la calle Stanton, se puede entrar en el parque nacional de las montañas Franklin. Mañana podemos visitarlo.

Ella dio palmadas de asentimiento mientras se dirigía al baño con mi neceser.

Nos alojamos en el DoubleTree, cerca de Chihuahuita. Esther vio un anuncio de un rodeo en la recepción y decidimos asistir después de cenar. Nos compramos sombreros de ala ancha, vaqueros ajustados y cinturones con grandes hebillas y nuestros nombres grabados con falsos diamantes. Mientras veíamos a la pareja de vaqueros Kaleg Driggers y Lucinei Nunes, Junior, con el lazo doble, llegó un mensaje de la CWT a mi teléfono. Lo abrí con ansia. Rezaba: “Miguel Oliver Hernández. Calle Juan Proudfoot, 45. Montevideo. Uruguay.”

—¿Conoces Uruguay? —grité, sobre el estruendo del público que ahora vitoreaba a Tim O’Connell, ganador de los dos últimos campeonatos mundiales de la dura especialidad de caballo con pretal.

Esther miraba el espectáculo con la boca abierta. Bebió un largo trago de su cerveza antes de responder.

—¿Uruguay? ¿Por qué lo preguntas?

Le enseñe el mensaje de mi móvil. Su rostro palideció aún más al leerlo.

—¡Joder! —exclamó, mirando a su alrededor con los ojos abiertos de par en par—. ¿Te das cuenta de que pueden geolocalizarte con el móvil, imbécil? ¡Estamos muertos, tío! ¡Estamos muertos, de verdad!

Me eché a reír de buena gana, aunque en ese momento el público se levantaba en masa para vitorear a la estrella del momento y apenas se me notó.

—¡Lo sé! ¡Lo he hecho a propósito! ¡Esperaba que nos encontraran rápido si realmente querían hacerlo, pero ahora veo que no!

El gesto de Esther se relajó al oír aquello.

—¿No me encontraré de repente con un punto rojo en la frente y después mi cerebro saldrá por la parte de atrás de mi cabeza?

—¡Ja, ja, ja! ¡Te aseguro que no! —respondí, entrechocando su vaso de plástico y derramando la cerveza sobre mis pantalones.

Al día siguiente teníamos prevista la prometida excursión a las montañas Franklin, pero Esther no tenía un buen día. Se había pasado la noche en vela mirando por la ventana las luces de la ciudad.

—A eso de las cuatro vi muchos fogonazos en dirección a Ciudad Juárez —me dijo, desayunando en la cafetería—. Creo que era un tiroteo. ¡Bufffff! ¡Estoy fatal! No tengo ganas de nada...

Se había metido un chute después de cenar y, antes de dormirse, la imagen de su hijo Miki empezó a dar vueltas en su cabeza, sobreponiéndose a todo lo demás. La paranoia la había invadido. Creía que su hijo se quemaba bajo aquellos contenedores de plástico en aquellos precisos momentos y ella no podía hacer nada, absolutamente nada.

—Estuve a punto de tirarme por la ventana... Bajé a la calle ¿sabes? Tú dormías. Dí varias vueltas a la manzana, muerta de frío, helada, pero no sentía el frío, solo el dolor por el sufrimiento de mi hijo. Se estaba quemando y gritaba desesperado “¡Mamá! ¡Mamá!”. Lo escuchaba aquí, en mi cabeza, como si viniera del final de la calle, pero al llegar no había nada, y todo volvía a empezar...

—Lo siento mucho, Esther. Debe de haber sido horrible... —le cogí las manos temblorosas y se las estreché hasta que nos hicimos daño—. Vete arriba, descansa... Cancelamos lo de hoy... No te preocupes...

La acompañé a la habitación, le ayudé a quitarse la ropa y la arropé, besándola en la frente y las mejillas.

El chófer me esperaba al volante. No me había fijado antes en él, no especialmente quiero decir. Debía tener unos cuarenta años. Soltero, al menos no llevaba ninguna alianza. Había convivido con nosotros durante cinco intensos días, pero no recordaba ninguna conversación con él excepto la primera.

Mejor así.

Al llegar a un recodo de la carretera, ya en el interior de las Franklin Mountains, le estrangulé con el cordón de mi zapato. Yo creo que aquel hombre quería suicidarse y desde que me vió había tomado la decisión de dejar su vida en mis manos. Así que al final le hice un favor ahorrándole la horrible tesitura de decidir cómo matarse a sí mismo.

Cuando dejó de respirar bajé su cuerpo del asiento y le cubrí con una capa de hojarasca. Le encontrarían en poco tiempo, pero me daba absolutamente igual. Tenía la sensación de que nadie iba a echarle mucho de menos y que la policía, al investigar aquel cadáver, se toparía con una intrincada telaraña de pistas relativas a trabajos con familias mafiosas y le daría cerrojazo como un ajuste de cuentas.

Al regresar al hotel me encontré a Esther tumbada en la cama entre un charco de vómito. Tenía la aguja hipodérmica clavada todavía en el brazo izquierdo. Se había desmayado antes de poder quitársela, por lo que todo apuntaba a una sobredosis. Eso me tranquilizó, no eran frecuentes las muertes por sobredosis con morfina, pero seguramente también había tomado algún tipo de ansiolítico y nunca se sabía qué podía pasar con una mezcla de ese estilo.

Pedí una ambulancia en recepción y mientras llegaba le quité la jeringuilla y lo guardé todo en el neceser. Los paramédicos se dieron cuenta al instante de que se trataba de una paciente adicta, pero no

pusieron ninguna pega cuando deslicé varios billetes de quinientos en sus manos.

—La llevamos a la Clínica del Sol —me indicó uno de ellos. —
¿Viene con nosotros?

—No, no —respondí. Me encontraba terriblemente cansado y acababa de darme cuenta al abrir la nevera de que nuestras reservas de morfina se habían terminado. —Vendré más tarde, deme la dirección ("10301 Gateway Boulevard" respondió el hombre) Y... oiga, a lo mejor podría hacerme un gran favor, bajo pago, por supuesto. Habrá un sobre bien lleno si llegamos a un acuerdo...

Cuando se fueron me inyecté lo que quedaba en la jeringuilla que le había sacado a Esther, me di una ducha y bajé a recepción.

—¿Organizan excursiones al otro lado de la frontera?

El conserje me pasó un folleto turístico de un servicio de minibús sin dignarse siquiera a mirarme a la cara.

—Usted se lo pierde, mamón —le espeté, dando media vuelta.

—¡Amárrate las agujetas, que te vas a dar un ranazo! —me gritó el hombre, con los ojos fuera de las órbitas.

Me eché a reír. Bien pensado el folleto que tenía entre las manos (Ramon's Transfer (915) 532-1686) nos sería mucho más útil para pasar la frontera como turistas y llegar al aeropuerto de Ciudad de México que uno contratado exprefeso.

Esther ya se encontraba consciente cuando llegué a la clínica del Sol, pero la doctora que me atendió insistió en que debería quedarse en planta como mínimo dos días más. Yo sabía que ella no aguantaría dos días en aquel lugar sin meterse un chute, así que rechacé la idea de plano.

—Debemos irnos... Asuntos que no pueden esperar.

Mientras le preparaban el alta vi al paramédico de la ambulancia. Había conseguido sustraer cinco ampollas de morfina. Le entregué mil dólares bajo la condición de que si no era de buena calidad volvería a hacerle una visita.

VII

—¿Cómo se llamaba el hotel de Cancún?

—Resort Hyatt Zivaen... ¿Para qué?

—Lo pondré en mi Facebook.

—Vale, dando pistas a todos los cuerpos policiales del mundo de dónde pasas tus vacaciones, muy inteligente, sí señor.

—Te recuerdo que en El Paso dejaste la geolocalización de tu móvil activada a propósito para que nos encontraran...

—Para SABER SI NOS ENCONTRARÍAN... No es lo mismo.

—Lo es.

—Por cierto, ¿cuántos amigos tienes en Facebook?

—Ehhh... Cuatro mil ochocientos veintidós.

—¡Pfiiuuu!

—No te preocupes, no conozco a ninguno de ellos, en serio. Estoy aceptando a todo el mundo que me envía una solicitud. Esto funciona así: cuando tienes diez amigos (que tú has solicitado) recibes una nueva solicitud de amistad a la semana, más o menos. Cuando tienes cincuenta recibes una nueva cada día. Cuando tienes mil recibes diez diarias, y cuando tienes casi cinco mil amigos recibes unas veinte solicitudes al día.

—Ya, pero todo es falso... Es gente que no conoces ni conocerás jamás... Mira, ahí está...

—Espera, subo estas fotos de Cancún. No te preocupes, las subo cuando ya no estamos allí, no soy tan inconsciente...

—Procura que yo no salga.

—Ya te dije que no sales en ninguna, creo...

—¿Vamos o qué? Acaba de entrar en la casa, y creo que está solo.

La calle Juan Proudfoot, en Montevideo, consistía en una interminable alineación de humildes chalets de una planta, con

viales estrechos, pero dotados de amplias y cuidadas veredas sembradas de plátanos y anacahuitas. Estábamos apostados junto a la Bodega Angel Fallabrini, en la convergencia de la calle Hudson. Nuestro objetivo, Miguel Oliver Hernández, era un hombre de unos sesenta y cinco años, alto, de aspecto famélico y una enorme nariz, que caminaba apoyado en un bastón. El jardín estaba vallado con un enrejado de diseño sencillo. Varios postes de electricidad surgían de la acera casi delante de la puerta, rematados en lo alto por una telaraña de cables de diferente grosor que se extendían por el resto de la calle.

—¿No deberíamos preparar un plan o algo...? —pregunté, pero era demasiado tarde. Esther ya pulsaba un herrumbroso timbre junto a la verja. Estaba harta y cansada de estar de pie en la calle a veintisiete grados de temperatura y quería terminar cuanto antes.

—Tú vigila y dime si se acerca alguien. Le voy a matar aquí mismo —me indicó, cuando el hombre delgado se acercaba a nosotros a través de un descuidado sendero del jardín.

—¿Señor Oliver? Somos de Montevideo COMM. Nos han reportado que tiene una incidencia en su acceso a internet —se presentó, mientras yo no podía hacer otra cosa que alejarme unos pasos y mirar hacia ambos lados de la calle. De repente empezaron a oírse terribles alaridos. Me acerqué corriendo. Esther apuñalaba al hombre en el estómago y en el pecho, o mejor dicho, intentaba apuñalarle con un cuchillo de carne que había cogido en el hotel, pero este, a pesar de su delgadez, se defendía con rabia con los brazos y las piernas. Por un instante pensé en dejar que se las apañara sola, pero los gritos desesperados se oían en toda la calle. Saqué una bolsa de plástico del bolsillo de mi pantalón, me acuclillé detrás del hombre y le envolví la cabeza con la bolsa. Al encontrarse sin aire este perdió toda la fuerza y se concentró en intentar quitársela.

—¡Ahora! ¡Dale en el costado izquierdo! ¡EN SU COSTADO IZQUIERDO!

Al tercer intento por fin la hoja del cuchillo le alcanzó el corazón desde debajo de la axila y el señor Oliver quedó fulminado, moviendo solo las piernas con un ritmo espasmódico. La bolsa de plástico ya no se metía de forma agónica en su boca al intentar

respirar. Esther jadeaba con el cuchillo en la mano lleno de sangre, sudando a mares, mirando al hombre con los ojos desorbitados y hinchidos de una extraña fascinación.

Me levanté para otear las casas de alrededor buscando alguna cortina descorrida, alguna cara detrás de los cristales, pero no vi nada extraño.

—¡Vamos a meterlo dentro!

Lo cogimos cada uno por una mano y lo arrastramos al interior dejando un reguero de sangre en el césped y en las losas del sendero. La casa de una sola planta tenía tres dormitorios, una cocina americana y un pequeño jardín trasero.

—¡Vamonos! —exclamé, saliendo por la puerta, pero Esther, que aún jadeaba y tenía el rostro petrificado por la ansiedad, igual que un soldado después de una batalla, se había quedado plantada mirando una aparadora repleta de fotografías.

—¿Pero qué haces? ¡Alguien puede haber llamado a la policía después de escuchar esos gritos!

Me acerqué a ella. Miraba con mucha atención una fotografía en blanco y negro donde figuraba un hombre vestido con el uniforme de los Camisas Negras de Mussolini. En el pie de foto rezaba “Abuelo Mateu Oliver. Manacor. 1936”. Luego había algunas más del mismo hombre, esta vez con su familia y a continuación las imágenes de los retratos pasaban a ser en color; la mayoría eran reuniones de La Casa Balear de Uruguay, de la que el hombre muerto debía ser directivo, con autoridades políticas de las Illes de visita en el país.

—Esther, hay que irse...

Ella reaccionó, por fin. Empezó a caminar hacia la puerta, pero de repente se dio la vuelta, cogió el retrato, lo golpeó contra el aparador para romper el cristal y sacó la fotografía.

—¿Qué haces?

—Nada. ¡Vámonos!

Al cabo de dos horas estábamos almorzando en el restaurante Estrecho. Yo me estaba llevando a la boca una cucharada de un

caldo de pescado y eneldo, mejillones, almejas, hongos shitake y cherry confitado, pero no tenía ni idea de cómo se llamaba.

—Quiero volver a Mallorca, Carlos...

Esther llevaba mucho tiempo sin hablar. De hecho casi no había oído su voz desde que salimos corriendo de aquella casa de la calle Juan Proudfoot. Estaba decidido a respetar su silencio y no inicié ninguna conversación, pero cuando me dijo aquello no pude evitar preguntarle el porqué.

—Los mallorquines echamos mucho de menos nuestra isla. No sé si es algo exclusivo, pero sucede. Tenemos una necesidad imperiosa de volver...

—Pero esta gente no volvió. Esa fotografía... Todos son descendientes de emigrantes baleares. ¿Puedes sacarla? —dije, tras sorber una nueva cucharada.

Lo hizo. Se la había metido en el bolsillo trasero, doblada en dos. La levantó para inspeccionarla de cerca y luego la puso de nuevo sobre la mesa mientras sacaba su móvil y consultaba algo.

—Durante la guerra civil española los esbirros de Mussolini capitaneados por un tal Conde Rossi prácticamente se convirtieron en dueños y señores de la isla de Mallorca. Sus esbirros, llamados Dragones de la Muerte, recorrieron impunemente los pueblos cometiendo atrocidades. Se cifra entre dos mil y tres mil represaliados en un territorio que dominaban desde el inicio de la guerra los nacionales, una brutalidad, por tanto completamente innecesaria.

Me eché a reír. Ella, que estaba bebiendo después de contarme eso, enarcó las cejas y me miró por encima del borde de la copa.

—Al menos esta vez sabemos a quién hemos matado. A un descendiente de un jefe de los Camisas Negras.

—¿Sabes algo? Me alegro de haberlo hecho, pero ahora quiero volver a Palma, por favor —me rogó, empezando con su plato.

—Espera... —Acababa de llegar un mensaje a mi teléfono—. Tenemos otro...

—¿Otro?

—San Clemente del Tuyú, provincia de Buenos Aires. Calle 63 Norte, número 30. No es “otro”, sino “otra”. Una mujer: María Rosa Flores Galmés.

Cuando dejé de leer la pantalla y levanté la vista Esther me miraba con una intensidad que me obligó a parpadear varias veces seguidas.

—Carlos, ¿si alguna me niego a seguirte me matarás?

—¿Qué? En absoluto, cariño. —Respondí sinceramente, aunque no sabía si había logrado que también sonara “sinceramente”.

—Lo suponía... —musitó ella.

—¿El qué?

—He caído en una tela de araña de la que jamás podré escapar...

—Pero el trabajo es apasionante. ¿No te apasiona? Recorremos el mundo...

—Matando a gente... —me interrumpió, pero se detuvo en la tercera palabra.

—¿Inocente? Ibas a decir eso, pero sabes que no lo son.

—En realidad sí lo son. No tienen nada que ver con sus antepasados.

Esta vez fui yo quien la miró fijamente mientras ella daba un largo sorbo a su grappamiel, una bebida con un veinticinco por ciento de alcohol. Los ojos de los dos después de varias copas ya echaban chiribitas.

—No intentes comprenderlo, cariño. No hay forma de hacerlo. Oye, ¿entiendes por qué llueve? ¿Por qué se mueve nuestro planeta a través del sistema solar? No, ¿verdad? No hay un motivo para todo. Si la mayoría de la gente del planeta no hiciera cosas sin motivo alguno seríamos todavía monos subidos a los árboles. LO HACEMOS Y YA ESTÁ. Yo nunca busco respuestas (en ese momento dudé, porque sí que buscaba una respuesta que me martirizaba en rachas que iban y venían sin parar: el rostro de María García, la identidad de esa mujer, qué motivos la habían llevado a enrolarse en esa expedición militar) y menos ahora, con ese cadáver fresco. Te lo aconsejo, de verdad, nunca te plantees nada el mismo día en que has matado a alguien. Yo no lo hago, porque no puedo, pero si pudiera sé que eso sería lo peor del mundo...

Me detuve e inspiré largamente, agotado por la perorata. Esther no había escuchado ni la mitad de mi sermón. Miraba su móvil mientras tomaba cucharadas de sopa y sorbos de Grappamiel. Una

cucharada y un sorbo, alternativamente. Aquello me hizo mucha gracia y empecé a imitarla, pero de repente algo, una sensación de alarma, hizo que volviera la cabeza y mirara alrededor. No quedaba nadie en el local. Solo estábamos nosotros y una camarera, una chica de unos veinticinco años con el pelo a lo garçon y vestida de uniforme, con pajarita y chaleco azul, que me miraba con cara extraña. Había escuchado nuestra conversación, el licor hacía que habláramos muy fuerte sin darnos cuenta, aunque con suerte pensaría que era una sarta de disparates salidos de la boca de dos borrachos.

—¡El postre, por favor!

Levanté el brazo en su dirección. El cuerpo de la chica se sobresaltó, dando un visible respingo detrás de la barra. Al acercarse los platos con crema de mango, leche de coco, biscuits y golden berrys temblaban en sus manos.

Cuando se marchó la camarera recorrí las esquinas en busca de cámaras. Sí, había dos, aunque nunca sabía si realmente grababan algo o no. Mientras tanto Esther empezó a leerme la siguiente parte del diario de la miliciana sin nombre. De pronto su humor había cambiado y todo lo anterior, las dudas sobre si la mataría o no, los deseos de regresar a Mallorca inmediatamente, parecían haberse esfumado por completo.

Día 19.- Nos levantamos a las 5.30 de la mañana y después de almorzar ¡afortunadamente! huevos pasados por agua, nos fuimos las dos Teresas y yo a bañarnos a una de las muchas calas que hay aquí, que son calas inmejorables, muy limpias y casi sin peligro, pues son muy poco tupidas, y estuvimos cerca de una hora nadando. Después nos fuimos a requisar casas, abandonadas por los habitantes de esta isla que están en estado lastimoso. Todas las ropas por el suelo, sillas rotas, camas y todo lo que había. Recogimos bastantes cosas, en especial comestibles y tomates, pimientos y cebollas. Hicimos una comida estupenda para lo que es la guerra. Sopa de caldo de cordero, cordero y cordero otra vez con tomates y pimientos, ensalada e higos chumbos. Cuando estábamos empezando a recoger la mesa vinieron aviones enemigos y tiraron cuatro bombas contra los barcos que había anclados en alta mar haciéndolos desaparecer de este

campamento. Esperamos vengan 16 aviones, pues si estamos copados, ¿qué pasaría? El día fue de tranquilidad sin que haya nada importante que resaltar.

—Yo ya había leído esa parte —murmuré, sin dejar de mirar de reojo a la chica de la barra.

—Yo no —dijo Esther—. Es sobrecogedor. Esas mujeres iban a morir fusiladas dentro de pocos días y no podían ni siquiera imaginárselo. Y dejando eso aparte se encontraron con una isla prácticamente virgen. Fíjate que se bañan en unas calas “inmejorables”. No había hoteles, sino arenales inmensos en los que los pinares llegaban casi hasta el agua...

—No era tan idílico como parece —comenté, enarcando las cejas. La camarera había cogido su móvil y escribía algo con cara de concentración—. El Mediterráneo, sus costas, sobretodo, es un clima muy duro si no está domesticado, como ahora. Debía hacer un calor espantoso en el mes de Agosto, y si te bañas en el mar después se te queda una capa de salitre en la piel que te pica durante todo el día... Luego está el asunto de la comida; no había supermercados, ni bares ni restaurantes con vistas. No había apenas coches, todo el mundo se movía con carros y mulas. La economía de las islas Baleares en aquellos tiempos estaba basada en su mayor parte en el trueque... Ehhhh, espera, ahora vengo... Prepárate para irnos. Voy a pagar la cuenta.

Esther asintió con la cabeza, absorta en su móvil, muy borracha.

Me levanté y me acerqué al bar.

—La cuenta, por favor...

La camarera estaba tan asustada que no lograba levantar la vista y enfrentar mi mirada. Puso el plato con el ticket sobre la barra y se alejó dos pasos hacia atrás. Seguramente ya había avisado a alguien para que viniera enseguida al restaurante.

—¿Puede añadir también dos copas de brandy? ¿Tienen Remy Martin?

La chica se dio la vuelta para mirar el botellero de su espalda y yo aproveché para entrar en la barra, cogerla por el cuello y tumbarla de espaldas, tapándole la boca al mismo tiempo. Cuando la tuve en el suelo cogí un cuchillo que se usaba para cortar la fruta y le corté la garganta de lado a lado, echándole la cabeza hacia atrás,

tirándole del pelo para que le entrara mucha sangre en la tráquea y no pudiera gritar. Al mismo tiempo me puse sobre sus piernas para que al patear no destrozara el botellero y formara un estruendo. Se quedó inerte en unos veinte segundos mientras una cantidad increíble de sangre le salía de la arteria carótida y se desparramaba en charcos junto a su cuerpo desprendiendo columnas de vapor.

Me lavé las manos en el fregadero. Miré el móvil de la chica, que aún no se había apagado, y leí los últimos mensajes. Le había escrito a un tal Julio César: "*Me cayó piedra sin llover. Dos clientes muy extraños y tá. Tú tenés que venir al mango.*". El otro había respondido: "*Vengo a los pedos*".

Eché un vistazo a la cocina por si hubiera alguien más y volví a la mesa. Esther no se había enterado de nada y continuaba mirando su móvil.

—Tienes razón... esta mujer, la de María García. Es mucho mayor que las otras, unos cincuenta años, creo, aunque tiene la cara muy estropeada y a lo mejor era más joven de lo que aparenta. Parece que cuando se hizo la foto ya había pasado por muchas penurias, como si estuviera de vuelta de todo. ¡Oye, quiero saber más cosas de ella! ¡Me pasa lo mismo que a tí! ¡Me ha hipnotizado!

Yo me había quedado de pie a su lado, jadeando por el esfuerzo y la borrachera. Cogí la botella de Grappamiel y le di un sorbo interminable.

—Uhhmm... Cariño, tenemos que irnos... —le indiqué al terminar.

Ella se levantó refunfuñando.

—¡Joder, siempre con prisas! "Tenemos que irnos..." "Tenemos que irnos..."

Me eché a reír, mirando hacia la barra y hacia la salida alternativamente. Acababa de detenerse una motocicleta frente al restaurante y un chico joven se estaba quitando el casco. La verdad, ya no me quedaban fuerzas físicas para matar a nadie más; me habría tumbado hasta un niño de cinco años en aquel instante.

—Bueno, yo me voy. Si quieres, quédate —murmuré, abriendo la puerta. El joven, que debía ser Julio César, se cruzó conmigo, apresurado, y me miró con un gesto de indisimulada curiosidad.

—¡Última llamada a Esther! ¡Última llamada a Esther! —exclamé con retintín, imitando la megafonía de un aeropuerto, pero ya era demasiado tarde. Entré de nuevo y, en el preciso instante que el chico se asomaba dentro de la barra y descubría el cuerpo de la camarera, le golpeé en la sien derecha con la botella de grappamiel, usando mis últimas energías.

—¡Joder! ¿Pero qué haces? —gritó Esther, levantándose de la silla, tirando las copas al suelo.

—¡Ven aquí, por favor! ¡Acaba con esto!

Se acercó a ver el cuerpo del chico, que había caído en parte encima de la camarera.

—¡Por Dios! ¿Pero por qué has hecho eso?

—¡No me preguntes nada ahora! —respondí, sin aliento. Notaba que me estaba mareando —. Solo acaba con él y ya está... ¡y podremos irnos de una vez!

Pero Esther no se movió. De pronto ella parecía la única cosa estacionaria en aquel lugar. Yo me sostenía a duras penas en la barra, tambaleante, el chico gemía en el suelo con una hendidura en la cabeza en la que se metían los cabellos como arañas negras, el aire acondicionado movía los rododendros de hojas de un verde coriáceo, la sangre se expandía por el suelo como la onda inexorable del Big Bang; solo ella, únicamente ella, restaba inmóvil en medio de todo ese maremágnum.

De repente ocurrió algo, tan rápido que apenas me dio tiempo a verlo. Esther se hallaba ahora junto al chico derrumbado en el suelo.

—¿Qué... qué haces?

Le había puesto una bolsa de basura en la cabeza y le estaba estrangulando, igual que me había visto hacer a mí antes.

—¡Aguántale las piernas!

La obedecí, divertido, dejándome caer literalmente sobre el chico, quedándome sentado sobre él. En treinta segundos se acabó todo. Ella tenía el rostro lívido, blanco como el estuco de las paredes, de una textura fantasmal.

—Vale, ya está. Vamos hacia la puerta.

Pero Esther no se movió. Seguía apretando los bordes de la bolsa con todas sus fuerzas, con los ojos desorbitados y los nudillos sin

sangre.

Me levanté y empecé a forcejear con ella para que soltara la bolsa.

—¡Está bien muerto! ¡Para de una vez!

Su cuerpo era presa de una especie de rigor cadavérico. Tuve que ir abriéndole los dedos de uno en uno y luego levantarla por las axilas con mis menguadas fuerzas.

Al salir del restaurante había empezado a llover. El olor del asfalto mojado tras varios meses de sequedad nos inundó los sentidos. Enormes gotas de lluvia formaban círculos que se contraían al instante cediendo su humedad al suelo, difuminándose en tonos grisáceos hasta desaparecer por completo.

Estuve contemplando aquel espectáculo durante largos minutos mientras oteaba la calle en busca de un taxi, sosteniendo a Esther por los hombros, apoyada en la pared. Antes de subir al vehículo vomitó con furia sobre la acera. Tuve que darle una jugosa propina al conductor para lograr que nos llevara. En el hotel durmió muchas horas seguidas, pero yo no podía hacerlo, estaba poseído por una vorágine incontenible, como si me hubiera metido varios gramos de cocaína. No podía descansar, ni quedarme quieto. La única forma de parar mi nerviosismo era moverme, beber alcohol e inyectarme morfina hasta reventar.

Con mi neceser bajo el brazo, bajé a recepción y pedí un taxi.

—Un lugar para pasear y tomar copas —le dije al taxista, un hombre muy obeso que, sin volverse, hablándome con su nuca de toro, me sugirió la Rambla, en concreto la parte del puertito del Buceo y Pocitos.

Buceo era magnífico. Un lugar antiguo, repleto de barcas de madera. El atardecer empezaba a cernirse sobre el mundo. Caminé hasta Pocitos, pero pronto me cansé de tanta belleza. Un corazón oscuro no tolera hasta ese punto esa ingenua falta de sordidez. Empecé a buscar bares y acabé en el pub Dublín, con un Knockando con hielo en la mano, tambaleándome en la barra. Judith, una rubia de veinte años con los ojos brillantes como bengalas, empezó a hablar conmigo sobre sus problemas laborales (había estado a punto de ser presentadora de televisión, pero al final

un compañero con mejores contactos se había quedado con su puesto). La consolé lo mejor que pude.

—Mi trabajo es peor —le dije, con la lengua trabada como si tuviera un estropajo dentro de la boca. —A mi nadie me quita el trabajo, y si eso sucede es que estoy muerto.

¡Qué gracia le hizo eso a Judith!

—¿Y qué te dedicas? —preguntó.

—Asesino a sueldo... ¡Paung! ¡Paung! —Recorrí el bar con el dedo índice extendido, "matando" a todos los que estaban a nuestro alrededor.

¡Ahora sí que se rió Judith! A carcajadas, echando la cabeza hacia atrás, su pelo lanzando destellos de oro que se reflejaban en el hielo de mi whisky.

Me reí con ella. Le dije que si quería probar la morfina y me dijo que sí, pero al ver en el baño que abría mi neceser y sacaba la jeringuilla se asustó mucho.

—Te la puedes beber, aunque está muy mala de sabor, pero si la mezclas con una Coca-Cola, por ejemplo, no lo notarás.

Estuvo de acuerdo y fue a por la bebida. Vertí media ampolla en su vaso y me chuté la otra mitad. Ella me observaba con curiosidad mientras esperaba que le hiciera efecto.

Al salir dijo que quería bailar. Pidió una canción y luego me dijo a mi que pidiera otra.

—¡Algo de Loquillo y los Trogloditas, cualquier cosa!

Pusieron "Cuando fuimos los mejores".

Cuando fuimos los mejores

Los bares no cerraban

Cada noche en firme

A la hora señalada

Cuando fuimos los mejores

Las camareras nos mostraban

La mejor de sus sonrisas

En copas llenas de arrogancia

Judith empezó a ondular su cuerpo al ritmo de la música, a pesar de que la canción no era muyailable. Pero la morfina la había desinhibido demasiado. De pronto empezó a quitarse ropa. Miré alrededor por si había amigos o conocidos, pero ella parecía estar sola.

—¡Oye, será mejor que salgamos, que caminemos, que te dé el aire! —le susurré, a pesar de que casi no podía tenerme en pie, bajándole la camiseta que se había subido hasta la barbilla, enseñando el sujetador.

Empezamos a caminar, anadeando, sin rumbo fijo hasta que llegamos a la Rambla. De repente Judith se desplomó, sin más. Aquella dosis de morfina había sido demasiado para ella.

—¡Hey! ¿Qué te ocurre?

Me agaché y le busqué el pulso en el cuello. Su melena rubia estaba extendida en forma de abanico. No encontré nada que denotara que su corazón aun palpitaba. La gente se iba acercando y formaba un semicírculo, cada vez más y más gente. Un infarto fulminante, debía haber sido eso. En un neófito la dosis de morfina que le había dado era como si alguien cogiera tu cerebro, lo sacara de tu cráneo, lo exprimiera entre las manos y te lo volviera a meter.

Me levanté y miré alrededor. Ya había teléfonos llamando al servicio de urgencias. Di un paso atrás, y luego otro, para imbuirme entre la multitud. Cuando atravesé el último anillo de gente empecé a andar, derrotado, agotado, apenas me tenía en pie. De repente tuve la idea de matarme, de acabar con todo. El agua negra me atraía como un imán. Di un salto con los ojos cerrados pero aterricé en la popa de un bote de pesca amarrado y me golpeé con la cabeza contra uno de los bancos. La verdad es que agradecí ese golpe, aquel tremendo dolor. Algo caliente y voluptuoso empezó a descender por mi mejilla izquierda. Debía tener un tremendo boquete en la cabeza, pero enseguida me olvidé de él; en el estado en que me encontraba las sensaciones se difuminaban al instante y dejaban de materializarse, se convertían en destellos lejanos, como la medialuna de farolas de una costa lejana, vista desde el océano profundo.

Perdí la conciencia dentro de aquel bote. Mi cerebro era como un abismo infinito, una caída permanente y que no se terminaba jamás.

Es terrible desvanecerse mientras caes, sin saber si es verdad o mentira. El despertar puede ser una continuación de la pesadilla o una nube de ensueño.

Imposible saberlo.

No puedes hacer nada más que esperar.

VIII

21:00. Cine Coliseo. Espectáculo flamenco "Bailaora". Entrada: 5 €. Compañía de Lola García Herrera. Patrocinado por la Junta de Andalucía.

Hay tensión en el ambiente. Drama. Sudor. Restallan las castañuelas. Rasguea la guitarra. Levantan polvo los tacones. Es un ritmo endiablado, un taconeo inhumano; las manos se retuercen en el aire; el gesto de la bailaora es feroz, se deja el alma y el público lo sabe. Grita: "¡Ole! ¡Bravo! ¡Ese arte!"

Esther llora en su butaca, el espectáculo le está tocando la fibra; el cajón flamenco, percusionado por un joven de largas patillas, le altera el ritmo cardíaco, lo adapta a un compás nuevo y desacostumbrado que va y viene, sube y baja... Por Seguiriyas, tristes, dolorosas llenas de sentimiento, un baile solemne, sin ornamentos, muy emocionante; por Alegrías, un compás que indica fiesta y alborozo; o por Bulerías, no hay fiesta flamenca que no acabe por Bulerías, es el cante y baile más flexible de los palos del flamenco, y parece ser que proviene de los gitanos de Jerez, en Cádiz, el compás es el mismo que el de la soleá, ¡pero trepidante!

Y Esther llora que te llora. En cuanto termine el espectáculo hay que matar a la bailaora Lola García. Hay que hacerlo y se hará, el destino lo quiere. Alguien, muy lejos de aquí lo ordena, una fundación americana llamada Change the World Together .

—¿Estás bien?

Esther seguía llorando. No respondió, porque con el ruido del espectáculo era imposible oírse el uno al otro, pero ya estaba a punto de terminar. La bailaora se detuvo, jadeante, y salió del escenario. La cantaora, el cantaor, el guitarrista y el percusionista se levantaron y rodearon a la bailaora que había vuelto a salir.

Empezaba la última bulería. Las palmas atronaban frenéticas y una nube de polvo volvió a ascender del tablao.

Esther se levantó, gritando ¡Bravo! ¡Bravo!

—Eso está bien —le dije, mientras nos dirigíamos hacia la salida.
—Tendrías que llorar más, creo que te beneficia... Te llevaré a más sitios de estos, a más espectáculos que toquen la fibra...

—¿Dónde esperamos? —respondió ella, ignorando mi palabrería. Había caído la noche en el pueblo de Villacarrillo. No hacía frío, a pesar de que era Diciembre, aunque la humedad llegaba a calarte los huesos si permanecías mucho tiempo parado en la calle.

—Ahí hay un bar —sugerí—. ¿Qué tal unas cañas? Aquí ponen tapas deliciosas.

Entramos en el bar la Rufa y pedimos dos tercios. El local estaba lleno de gente un sábado por la noche, la mayoría viendo un partido de fútbol de la Champions League. Al cabo de unos minutos el camarero nos trajo dos tapas de un delicioso picadillo. Esther, pasado el subidón de la lloriquera, se había enclaustrada en sí misma y se negaba a hablar. Dijo que ella vigilaría la puerta del teatro y no pronunció una palabra más, aunque se bebió los cuatro tercios que pedimos durante la espera casi de un trago y comió las tapas con fruición.

—¡Ahí están! —exclamó de repente, levantándose del taburete. La compañía salía por la entrada principal y se dirigía a dos coches que les estaban esperando. Dejé un billete de cincuenta euros sobre la barra y la seguí. Cada uno llevaba una pistola con silenciador, yo en mi cinturón y Esther en su bolso de Prada Saffiano.

Ella llegó primero y disparó a Lola García a la cabeza y luego, mientras la mujer se iba desplomando como un fardo, al tórax, cinco tiros más a bocajarro. Yo no llegué a sacar mi arma, echamos a correr en dirección a la calle la Feria, donde teníamos el coche, aparcado junto a la Plaza de España.

—¡Menos de veinte segundos, sí señor! —exclamé, mientras ella arrancaba el motor y enfilaba la calle Ministro Benavides para bajar hasta la carretera de Úbeda. La interminable extensión de los olivares se desvanecía en la oscuridad tachonada de lejanos núcleos de luz, como polillas dispersas en una noche de verano—.

En cuanto puedas sal de la carretera, ya sabes, lo que dijimos de quedarnos en el olivar...

Queríamos evitar a toda costa encontrarnos con un control policial y tener que escapar de una persecución. En el maletero del Jaguar F-PACE teníamos todo lo necesario para quedarnos a dormir en los asientos varias noches: comida, sacos de dormir, agua y bebidas alcohólicas, muchas bebidas alcohólicas. Llevábamos prácticamente tres meses colocados, noche y día. Chutados de morfina o borrachos de whisky.

—Apaga ya las luces, a ver si con la luz de la luna te basta para conducir.

Ella siguió mis instrucciones igual de ensimismada, en completo silencio. No intenté entablar conversación alguna. Ya conocía lo bastante a Esther como para saber que no debía forzar la situación. Hablaría cuando quisiera. Dos personas que han arrebatado la vida a otros saben cómo entenderse, de hecho no necesitan ni las palabras.

Al cabo de dos o tres o kilómetros detuvo el coche en un linde, junto a un cúmulo de mantones enrollados, preparados para que al día siguiente los quads de los olivaderos los movieran de un árbol a otro.

Tumbamos los asientos. Yo salí y abrí el maletero para sacar los bártulos de dormir, y de paso una botella de whisky Famous Grouse. En la carretera principal se veían destellos de sirenas en dirección a Villacarrillo.

Me acomodé en mi saco, echando tragos de whisky, tendiéndole la botella a Esther después de cada uno, pero ella los rechazaba. Al final no pude más que preguntarle qué le pasaba.

—Me está gustando... —respondió.

—¿El que?

No atendió a mi nueva pregunta, sino que continuó con la respuesta anterior.

—.... y es horrible, y asqueroso.

—Es horrible y asqueroso, pero te gusta... Intuyo que se trata de nuestro trabajo...

—...y deseo continuar haciéndolo. Soy un monstruo, como tú.

Ella aún no se había metido en el saco de dormir. Abrió la puerta, salió a la arcillosa tierra del olivar, se bajó los vaqueros y se oyó un interminable chorro.

—Maldita sea, a mí también me han entrado ganas, oyéndote.

Salí después de abrir la cremallera de mi saco e hice pis hacia la negrura.

—Igual es mejor que lo admitas —murmuré al entrar de nuevo—. Luchar contra eso es como intentar evitar que las hojas caigan de los árboles, que el sol de vueltas por el cielo...

—Vaya, ahora poesía.

—Toma, bebe. Al fin y al cabo matar no es más que un poema inconcluso...

—O que una foto desenfocada... —me interrumpió. —Sí, dame otro trago, tengo frío. O como la segunda parte de una novela que nadie va a escribir...

—O como un chute a medias...

—¡Ja, ja! O como uno de tus polvos, que ni siquiera empiezan...

—Bueno, ya basta. ¿Sabes que quiero hacer mañana?

—No.

—Ir a l'Olleria.

—¿El pueblo de María García?

—Exacto. Necesito caminar por las mismas calles que pisó ella.

—Estoy de acuerdo. María García nació en ese pueblo de Valencia en 1881 y debió abandonarlo sobre el 1900, aunque de momento no se la ha podido relacionar con ninguna familia actual.

—Cuanto sabes. Tienes una memoria de elefante.

—No, no me digas eso. Es lo peor.

—Lo peor. Uhmm.

—La memoria es nuestro mayor defecto como seres humanos. ¿No lo sabías? La felicidad está directamente relacionada con la capacidad de olvidar.

—Vale, tienes toda la razón. Si yo hubiera podido olvidar a Elena...

—Yo recuerdo todos y cada uno de los golpes que me dio mi marido. Y también recuerdo la cara de mi hijo, el tacto de su piel y su olor, cuando era un bebé... Es una tortura interminable.

—Si, retiro eso, lo de enhorabuena por la buena memoria. Tengo sueño —farfullé, aletargado por el whisky, pero ella continuó hablando. Pude oír su voz hasta que se metió en mis sueños, y también ahí continué oyéndola.

La noche pasó sin problemas. Al alba empezaron a oírse motores de tractores a nuestro alrededor. Era un día de trabajo en el olivar de Jaén. Emprendimos el camino hacia Valencia. Teníamos que deshacer el camino y pasar de nuevo por Villacarrillo.

—No se ve nada, ningún control —dije, en la última curva antes de la entrada del pueblo, con las manos ante los ojos a modo de lemniscata para protegerme del sol. Pero de pronto Esther dio un volantazo y se metió en el pueblo un poco después del hotel Las Villas, a la altura de la gasolinera Repsol.

—¿Pero qué haces? ¿Vuelves aquí? ¿Estás segura?

—Creo que no hay mejor sitio para desayunar que este —respondió, exultante, con las aletas de la nariz abiertas de par en par.

Yo emití un largo suspiro. ¡Me recordaba tanto a mí! En Granada, con Jo, al principio regresábamos muchas veces a contemplar de nuevo los escenarios de nuestros trabajos, hasta que se volvió aburrido. Esther se hallaba al principio de todo, como una adolescente que descubre el mundo de la noche y se olvida de que existe otro a plena luz del sol. No podría hacer nada por impedirle que gozara de su triunfo, porque yo había hecho lo mismo muchas más veces que las que podría hacer ella. Sí, con estas palabras admito que tenía la intuición (O MEJOR SABÍA PERFECTAMENTE) que la vida de Esther era lo más parecido a una flor de primavera, condenada a helarse y morir con las primeras nieves. No sé porqué, ni cómo lo sabía (NO LO SÉ, ES LA VERDAD), pero la idea me rondaba la cabeza desde que habíamos regresado de Puerto Limón, en Costa Rica, a Lisboa en el crucero transatlántico Monarch.

—Está bien, de acuerdo, quiero divertirme contigo. Sí, divirtámonos —asentí, imitando con mis aletas el movimiento de las suyas, y también el de sus cejas enarcadas en un ángulo imposible.

Aparqué junto al paseo, repleto de subsaharianos en espera de conseguir unos jornales en la aceituna y de jubilados del pueblo

dando su primer paseo bajo el sol de invierno, y entramos en el café Paseo 12.

—Dos medias tostadas y dos cafés con leche, por favor.

Nos sentamos en una mesa. De repente a ella le entró una risa tonta. En la radio sonaba “La mala reputación”:

*En mi pueblo, sin pretensión,
tengo mala reputación.
Haga lo que haga es igual
todo lo consideran mal.*

—¡Vale, vale! ¡Retiro lo de ayer! —exclamó, levantando las palmas de las manos hacia arriba y echando la barbilla hacia atrás.

—¿El qué?

*Yo no pienso, pues, hacer ningún daño
queriendo vivir fuera del rebaño.
No, a la gente no gusta que
uno tenga su propia fe.*

—Vaya, no te acuerdas, ya estabas borracho.

*Todos, todos me miran mal,
salvo los ciegos, es natural.*

-Si me refrescas la memoria podré decirte si estaba borracho o no.

La camarera trajo las tostadas y los cafés. Esther llenó su taza con dos paquetes de azúcar. Yo nunca ponía azúcar en el café.

—¿Aceite?

—Sí, mucho, por favor.

Llené su tostada de aceite y después las llenamos con el tomate rallado.

—Te dije que me gustaba esto, pero que era asqueroso y repugnante...

Dos mujeres sentadas en la mesa de al lado se volvieron para mirarnos con disimulo. En la barra cuatro hombres comentaban el asesinato de anoche. Los periódicos circulaban por las mesas de manera inusual. La primera cadena de televisión también comentaba el caso, en una mesa llena de tertulianos. En cambio nosotros no oíamos nada, no escuchábamos nada; era lo mismo de siempre, algo muy aburrido, sensaciones descafeinadas, como el surfer que desea cabalgar siempre una ola más alta. Los comentarios sobre nuestros trabajos nos herían los oídos como el griterío de un patio de colegio, nos resultaba imposible discernir unos de otros, por eso bloqueábamos nuestros oídos.

—Sí, lo recuerdo perfectamente... —aduje, masticando mi tostada, con el aceite chorreando por mi barbilla con barba de dos días—. No estaba borracho, como dices, es más, recuerdo muchas más cosas estando borracho que sereno, ¡ja, ja, ja!

—Lo recuerdas... —repitió ella, con la tostada en la mano, esgrimiéndola como si fuera una parte más de su propia extremidad—. La verdad, no lo creo... Bueno, el caso es que me gusta (como te dije, como tú dices que recuerdas) y quiero seguir...

De pronto yo estallé en carcajadas derramando el café sobre mi camiseta, que llevaba serigrafiada la portada de un libro titulado “Mare Nostrum. La Venganza de la Tierra”, con la portada de un niño con una gorra. No sabía dónde la había encontrado, pero era mi camiseta preferida.

—¡Mierda! ¡La camiseta! ¡No!

Ella me lanzó una servilleta, que cayó en mi regazo.

—El café se quita muy bien, no te preocupes... ¿Qué te hizo tanta gracia?

—Tú... —le aclaré, frotando la cara del nene de la portada, que siempre me había caído muy simpático—. ¿Sabes quién es este niño, por cierto?

—Ni idea, ni me importa...

—Debe ser el protagonista de la novela... —aclaré, estirando la tela para que se viera mejor—. Tengo que leerla algún día, saber qué le pasa al nene, espero que nada malo...

—Ji, ji, ji... —Ahora le tocó el turno de la risa tonta a Esther. Bebí otro sorbo de café.

—Te ha ocurrido lo mismo que a mí ¿verdad? Yo he dicho “que no le ocurra nada malo”, tú has dicho “quiero seguir en esto”. Los dos sabemos que ninguna de las dos cosas pueden mantenerse más que unos minutos como un propósito a cumplir en esta vorágine...

—Joder, hablas demasiado raro —murmuró ella—. Incluso las señoras de al lado se han aburrido de tí.

Me di la vuelta y miré a las mujeres. Estaban absortas en la televisión. Un comentarista experto en seguridad enlazaba el crimen con un clan gitano de Linares, emparentado con la bailaora. No pude seguir más de diez segundos la sarta de disparates.

—Voy a pagar...

Mientras caminábamos hacia el coche Esther comprobó la ruta en el Google Maps.

—Trescientos treinta kilómetros de aquí a l'Olleria. Tres horas y cincuenta y seis minutos.

—Déjame conducir a mí —le rogué.

—Ni de coña —negó ella—. Sabes que has perdido reflejos...

La verdad era que no había vuelto a conducir desde lo de Manacor, cuando matamos a la mujer delante de Hacienda, el primer encargo de la CWT. Y la siguiente vez que lo había intentado, en Lisboa, estrellé el Audi Q7 contra un árbol. Esther se llevó tal susto que me juró que jamás volvería a montarse en un coche conducido por mí.

—Vale, te rezaré el rosario.

Nos gustaba mucho rezar desde que habíamos empezado a frecuentar la parroquia de Sant Miquel, muy cerca de nuestro ático de Palma.

—Los Cinco Misterios. Primer Misterio. La resurrección de Jesús. (Un Padre Nuestro y diez Ave Marías.) Gloria al Padre, al hijo y al Espíritu Santo, como era en el principio ahora y siempre por los siglos de los siglos. Amén.

Esther repetía conmigo en un susurro gutural, con la vista fija en las humeantes chimeneas de las almazaras, cerca de Arroyo del Ojanco. Los olivares se extendían sin tregua en dirección a Albacete, un paisaje monocromo de distintos tipos de verde: verde trébol, verde enebro y musgo.

Cuando nos cansamos de rezar empecé a releer un nuevo capítulo de las memorias de la miliciana sin nombre. Ya lo habíamos leído hasta la saciedad, pero nos gustaba tanto que nunca teníamos bastante. Pensar en aquellas cinco mujeres era la savia que nutría nuestros espíritus y nos impelía a matar una vez y otra, sin pausa, sin tregua, sin desaliento, en cualquier lugar a donde nos enviasen. La verdad que aquel era nuestro único motivo: la venganza, porque el dinero había pasado a segundo plano hacía ya mucho.

Día 21.- Fuimos despertados a las 5.30 por los aviones fascistas que volaron sobre el campamento dejando caer cuatro bombas, casi encima de nuestro campamento. Yo estaba haciendo de vientre entre unas matas, tuve que seguir allí pues estaba con los calzones bajos, pues para estas operaciones la granota es de lo más incómodo que hay, pero también se fueron sin hacer más disparos ni causar ni una baja. Pero fue el momento más peligroso que hemos pasado hasta el momento. Fuimos igualmente a bañarnos en la playa y luego a las 11 nos fuimos Teresa, María Mercedes, María García, la Chordi y yo, destinadas al Comité de Abastos y Hospital de enfermos para ayudar a lo que fuera preciso. Lo primeros que hicimos fue comida para veinte. Luego fregamos unas cuantas y las otras lavaron la ropa. A las 3 con unos milicianos fuimos a Cala Millor a requisar casas abandonadas por los fascistas encontrándose éstas lo mismo que las del otro día, todas destruidas. Fuimos, con objeto de requisar cacharros de cocina, pues en el Comité no había ni uno y no se podía guisar. Claro es que aprovechamos el tiempo y a la vez requisamos algunas cosas útiles para nosotras. Estuvimos viendo todos los hoteles, son bonitos y bastante bien puestos todos ellos, pertenecientes al Patronato de Turismo. Esta playa es la mejor que hay por aquí y detrás de los hoteles tiene un paseo muy bonito lleno de pinos. También existe un Hotel Eureka, el que como todos está destruido. Recogimos mucha ropa, para llevar a los nenes y mujeres que tienen las milicianas recogidos, y que las pobres gentes se encuentran en la miseria por haber perdido sus casas al tener que huir de los fascistas. Vinimos por el camino que parecíamos gitanos, y entonces, vimos, ¡al fin!, que venían nuestros aviones, pues verdaderamente estábamos casi indefensas las tropas y sin medios de defensa, más que los

milicianos, porque al parecer esta gente creían que se entregarían los fascistas, pero no es así, y estamos tanto los Jefes como los milicianos en el temor de que nos den, el día menos pensado, un susto. Pero solamente hicieron un vuelo sin lanzar ninguna bomba. ¿Por qué? Es algo que no podemos explicarnos, porque no se hace una operación en debida forma, en la que intervengan fuerzas de mar, tierra y aire, que es lo que sería necesario hacer, si no, no sé qué va a suceder. Vinimos al Comité y una vez hecha la cena bajamos al campamento general a dormir y como cada noche no teníamos dónde hacerlo, y tuvimos que dormir otra vez como ayer en el auto de Antonio, Mercedes, Tere y yo. Tere ha desertado de nuestra reunión, pues prefiere mejor otras compañías y se pasa el día de charla, paseo o bañándose en la playa. Ahora hemos quedado reunidas las hermanas Mercedes y Daría Buixeda, Teresa y yo, pues de las 30 que hemos venido, cuatro se han ido para Barcelona atemorizadas, las de Sabadell se han ido al frente con sus parejas, pues han resultado ser una pandilla de pintas muy grandes.

—Ese día aún no se habían reunido con María García, ¿verdad? —comentó Esther, frotándose los ojos por el cansancio—. Habla de las hermanas Mercedes y Daría Buixeda y de Teresa...

—Sí, debe ser Teresa Bellera, la segunda por la izquierda, la del pelo rubio y largo —respondí—. Aunque María García debía estar también en ese lugar, muy cerca de ellas.

—Sí, debía estar.

Esther bullía de indignación los últimos días. Había estado buscando y leyendo cosas de la guerra civil, de la represión posterior, de los fusilados, de la miseria de las cárceles. Me leía páginas de libros que sacaba en las bibliotecas públicas sin ninguna intención de devolverlos.

—Escucha esto: cárcel de Las Ventas, en Madrid. Mil novecientos cuarenta y uno. Once mil reclusas cuyo único delito es ser mujeres o hermanas o madres de militares republicanos, muchas de ellas apresadas en el puerto de Valencia mientras esperaban un supuesto barco de las Naciones Unidas para sacarlas de España. Es el día de Navidad. Las prisioneras de la galería dos acuden a misa obligadas, pero sólo algunas aceptan comulgar en un acto de protesta contra

sus penosas condiciones higiénicas. "Sois escoria" les dice el cura. "Y por eso estáis aquí". Después del precepto son llevadas de nuevo a la galería, pero de pronto hay un tumulto. Se acercan dos carceleras, una de ellas, la hermana María de los Querubines, llamada por todas La Veneno, es la más despiadada. Lleva un niño Jesús en los brazos. La hermana da tres palmadas y las reclusas, aterradas, se ponen en fila. No es la hora del recuento, pero nadie pregunta porqué tienen que formar. "El culto religioso forma parte de su reeducación. No han querido comulgar y hoy ha nacido Cristo. Van a darle un beso, y la que no se lo dé se queda sin visita". Muchos familiares vienen desde otras partes de España y solo pueden permitirse el billete de tren una vez al año. Es hoy o nunca. Una a una, las mujeres van besando el pie de la figura. La hermana la baja hasta la altura de su estómago para que la reverencia sea más pronunciada. Ahora es el turno de una mujer llamada Reme, de ojos duros y cortantes. Algunas dicen que ha sido guerrillera. Reme no lo sabe, pero dentro de veinte días será llevada al cementerio de la Almudena, de madrugada, y fusilada contra una tapia con otras cinco mujeres. Reme, henchida de ira, se inclina para besar el pie sagrado, pero de repente se escucha un crujido. Ahora a la figura le faltan tres dedos, que están entre sus dientes. "¡Bestia comunista!". Sor María de los Querubines levanta su puño con amplias mangas y golpea a la mujer en la boca, repitiendo "¡Bestia comunista!". La miliciana se ríe con el labio ensangrentado. Será llevada al "cubo", un cartucho húmedo y oscuro en el que apenas puede permanecer tumbada, hasta la madrugada en la que, en una de las "sacas", la suban en un camión en compañía de otras cuatro hacia el cementerio de la Almudena.

Esther no podía controlar su rabia después de leer aquellos libros. Se ponía a golpear cualquier cosa. Rompía la televisión de la habitación del hotel o lanzaba al suelo las tazas y los vasos si estábamos en una cafetería haciendo tiempo y ella había aprovechado para leer un rato. Después lo pagaba todo esgrimiendo un "lo siento" lleno de sinceridad, dejando espléndidas propinas.

Pero rezar el rosario la calmaba mucho, y también a mí.

—Voy a parar, estoy agotada... ¡no puedo más! —exclamó de repente. Yo tenía los ojos cerrados en ese momento. El rosario me

había aturcido.

Paramos a comer en Albacete y decidimos quedarnos a dormir en la ciudad. El más cercano era el hotel Santa Isabel.

—¿Matar gente da sueño, Carlos? —me preguntó, bostezando, cuando encargábamos una botella de Dom Perignon en el bar.

—Te aseguro que no —respondí, riéndome—. Más bien debería producirte insomnio, así que el sueño... sí, puede interpretarse como una buena señal...

Nos chutamos y nos bebimos toda la botella. Esther empezó a masturbarse junto a mí, en la cama, y yo la contemplé durante unos instantes, pero me quedé dormido antes de que terminara. Parecía como si la morfina no le hubiera hecho efecto esta vez.

—¡Me voy a ver si encuentro a alguien para echar un polvo! —gritó de repente, sobresaltándome. Vi que la puerta se cerraba. Volví a dormirme. No me importaba lo que hiciera. Me daba absolutamente igual.

Cuando me desperté era de noche. Las luces de la ciudad se colaban por las rendijas de las persianas y festoneaban mi cuerpo, desnudo sobre la cama, paupérrimo, derrotado, una visión que ni mis propios ojos querrían contemplar.

Esther se hallaba sentada a mi lado.

—¿Qué te pasa? ¿Estás llorando? —le dije al cabo de unos instantes, al percibir las rítmicas sacudidas de su torso.

A modo de respuesta levantó las manos, ensangrentadas, y me las enseñó por encima de sus hombros.

—¿Pero qué has hecho? —exclamé, aunque no me moví de mi lugar en la cama. Ya sabía perfectamente que la sangre no era suya, algo me lo decía, una intuición inefable.

—He hecho lo que tú me enseñaste... —respondió, con la voz ahogada por el llanto—. ¡Matar! ¡Matar! ¡Matar!

Esta vez sí que me levanté. Fui al baño, descolgué el teléfono de la pared y pedí una botella de Knockando y vasos con mucho hielo. No salí hasta que una camarera muy joven y con el pelo en una coleta larga y muy apretada tocó a la puerta. Cogí la botella y los vasos y le dejé cincuenta euros de propina.

—¿Qué ha sido, en una habitación?

—S-sí... El t-tipo estaba en el bar... —respondió mientras cogía el vaso que le tendí.

—Entonces no le encontrarán hasta mañana. Vale, lávate las manos y cámbiate de ropa. Salgamos a cenar. Nos iremos muy pronto, de madrugada.

Durante la cena me contó que lo que la asustó fue la ausencia de motivos.

—¿Y si hago lo mismo contigo, Carlos? ¿Y si una noche cualquiera...?

—Me harías un favor, Esther, te lo aseguro... Me harías un gran favor...

Le había cortado la garganta al tipo después de hacer el amor con él. “Me apeteció” y “necesitaba sentir de nuevo esa subida de tensión” fueron las frases más repetidas durante su relato. No le di ninguna importancia. La dejé que hablara. Estaba muy contento, mejor dicho, exultante. Todo lo que le ocurría a ella yo ya lo había experimentado con Jo, mi Jo, la que recitaba esa canción del Lolita... No, no era ella, siempre me confundo. “Oh, mi Carmen, Oh mi Carmen, aquellas maravillosas noches, las estrellas y los bares, y los barmen y los coches...” No era Jo quien lo recitaba, pero tampoco sé quién era. Poco a poco lo olvido todo.

L'Olleria nos decepcionó. No había ninguna reminiscencia de María García Sanchís, ninguna vibración, nada que nos remontara a ella.

—Bien pensado, puede que no fuese feliz aquí. ¿Por qué iba a serlo? —musitó Esther, ante un cuadro informativo de la iglesia Mayor de Santa María Magdalena—. A ver... bueno, al menos aprenderemos algo. Año de construcción: siglo XVI. Estilo gótico, renacentista y barroco. ¿Puede ser de todos esos estilos a la vez? Vale. si aquí lo pone será que sí. Se trata de una de las pocas iglesias fortificadas que se conservan. Aquí está la historia de un incendio en el año 1522, bla, bla, bla... ¡Joder, no me interesa nada de esto! ¿Nos vamos?

Sí, yo también quería irme. Estaba muy decepcionado. Demasiadas expectativas. En realidad había llegado a pensar que poseía un vínculo muy profundo con aquella mujer de la fotografía, tanto que recorrer los lugares donde ella había vivido su infancia tenía que ofrecerme algún tipo de sensación precognitiva, como si pudiera ver lo que ella vió, percibir sus sensaciones, su estado de humor, incluso... Tonterías, ilusiones.

Regresamos a Palma en el ferry de Balearia al día siguiente, sin ningún contratiempo con las fuerzas de seguridad. Solíamos usar los barcos para desplazarnos porque los registros y las comprobaciones de identidad eran mínimos.

Nos recibió nuestra ciudad engalanada, en plenas fiestas navideñas. Por unos días nos olvidamos de todo y emprendimos una rutina basada en ir a misa a diario en la iglesia de Sant Miquel, comer en los mejores restaurantes y pasar largas horas colocados y borrachos viendo estúpidos programas en la televisión. Ah, y también visitábamos belenes. Empezaron a gustarme mucho los belenes. Algunos estaban hechos con tal lujo de detalles que podías ver dentro de las ventanas de las diminutas casas iluminadas a los pastorcillos cocinando, comiendo o haciendo cualquier tipo de tarea. Me puse a comprar figuras y atrezzo de belenista en las paradas de la plaza Mayor. Cada día llegaba a casa después de misa con enormes bolsas que dejaba sobre la mesa del salón para montar allí un belén fantástico, pero nunca lo hice. Jamás podría haberme concentrado en una tarea semejante.

Esther me dijo un día, mirándome de soslayo mientras yo dejaba la última bolsa sobre la gran mesa de caoba:

—Creo que hay gente que se dedica a eso profesionalmente. Se llaman... ¿belenistas? Sí, belenistas. Una vez conocí a un hombre que dijo ser belenista. Tal vez podrías encontrar a alguien que te ayude a construir TU BELÉN DEFINITIVO.

La miré con un mohín parecido al que ejecutaría un niño de diez años y me lancé a buscar direcciones de asociaciones de belenistas. La primera que encontré estaba situada en la calle Sant Josep de la Muntanya, 3, bajos. Cuando llegué estaba cerrada a cal y canto. Me senté en la acera y esperé durante horas, aterido de frío. Después entré en un bar y me bebí casi una botella de su mejor

coñac, un infecto brebaje llamado Brandy Centenario. Cuando estaban a punto de cerrar el bar, a eso de las once de la noche, me caí desplomado del taburete.

No recuerdo mucho más de mis intentos de hacerme belenista. Desperté en la clínica Palmaplanas al día siguiente con el diagnóstico de un inicio de apoplejía.

—Alcoholismo, adicción a la morfina y delirios paranoicos... —le espetó la doctora Fullana a Esther cuando llegó, con un colocón tremendo y unas ojeras que le llegaban a la mandíbula, negras como el carbón—. Si continúa así su próximo destino será el tanatorio.

Esther ni siquiera miró a la doctora. Me echó un vistazo con un desprecio infinito y dio media vuelta, taconeando por el pasillo. Llevaba mi neceser de Alexander McQueen en la mano, porque sabía que debía estar necesitando un chute como el mismo aire para respirar. Al ver que se alejaba con él me puse frenético, pero no quería montar un escándalo y que me llevaran a psiquiatría y me atasen a una cama.

—Está bien doctora... Fullana, sí, doctora Fullana; ha sido un episodio pasajero, algo parecido al llamado “Síndrome de Jerusalén”, ¿lo conoce? Tantas luces en las calles, tantas promesas de felicidad... demasiadas visitas a los belenes de las iglesias... Quería hacerme belenista y exageré mucho. Ehhh, en cuanto llegue lo tiraré todo a la basura. Son unas mil piezas. O mejor, deme su dirección y se lo enviaré todo a casa. Sí, todo, se lo prometo. Tendrá figuritas de Belén durante un siglo. ¿No le interesa? Bueno, entonces puedo irme, ¿verdad? De todas formas no van a curarme en este lugar, como usted podrá comprender, eso es totalmente imposible...

Esther me esperaba en la zona de consultas de obstetricia, sentada junto a una decena de mujeres embarazadas. No sé qué hacía allí, pero me enterneció mucho verla en aquel lugar mirando de reojo a todas esas mujeres. Me dio mi neceser y me chuté allí mismo, en el baño. Después fuimos a la cafetería a desayunar. Ella venía con la cara cambiada.

—Tengo unas ganas enormes de tener un niño... —me dijo, mordiendo un bocadillo de jamón y queso caliente. Los hilos de

queso fundido se estiraron con una flexibilidad asombrosa cuando dejó la comida en el plato. Le señalé la barbilla, donde se había pegado uno de los hilos.

—¿Estás loca? ¿Con la morfina que te metes? El niño saldría yonki perdido.

Levantó las manos en el aire y ejecutó con los dedos la forma de un cartel luminoso.

—”La mamá asesina”. ¡Ja, ja, ja!

—”¡Mamá morfi!” —exclamé yo, a su vez. Todo el mundo a nuestro alrededor se volvió a mirarnos. Estábamos gritando mucho. De repente un rumor se elevó entre el gentío. La cafetería tenía grandes cristaleras que daban a un cuidado jardín. Había empezado a nevar.

—¡Nieve! —grité, levantándome de la silla. No era nada habitual que nevara en la isla al nivel del mar. Corrí hacia la puerta y salí fuera. Esther me siguió, taconeando ruidosamente. Entré en el césped del jardín y empecé a saltar con los brazos levantados. Ella hizo lo mismo, gritando “¡Nieve! ¡Nieve!”. Un montón de móviles empezaron a grabar aquella locura desde detrás de las cristaleras de la cafetería y a subirlo a las redes, pero la mayoría se arrepintió al instante y eliminó de nuevo los vídeos; al fin y al cabo dos adultos comportándose estúpidamente como niños (en realidad dos adictos en último grado hasta el cuello de morfina), no tenía ninguna gracia.

IX

Aquella misma tarde me llegó un nuevo mensaje de la CWT.

—Italia, me lo imaginaba...

—¿Por lo del Conde Rossi?

—Claro. Nos vamos a... ¡Téramo!

—¿Dónde está eso?

—Vamos a ver... En los Abruzzos, una de las veinte regiones que conforman la República Italiana.

—¿Cuándo?

—¡Y yo qué sé! ¿Ahora?

—Ni loca... —refunfuñó Esther, arramblada en el mullido sofá del salón, viendo la película Campeones, con los ojos llorosos por la emoción.

—¿Por qué?

—Hoy es Nochebuena, ¿ni siquiera te has enterado?

—¿Hoy es día 24 de Diciembre?

—Sí, señor.

—Me parece estupendo.

Ella no respondió esta vez. Se puso a buscar otra película en su móvil. Al instante empezaron los títulos de “Le llaman Bodhi” en la televisión. Me quedé subyugado inmediatamente con la escena del atraco de la banda de “Los Ex-presidentes” y olvidé el tema de Italia. En aquellos tiempos tenía esa capacidad, virtud o defecto. Cambiar de pensamiento en apenas un parpadeo era tan fácil como mover un dedo de mi mano. Benditos tiempos, maravillosos años.

Pero Esther no dominaba aquel arte (o maldición) tan bien como yo. Su cerebro trabajaba en multitarea continuamente, no como el mío, unidireccional como la vía de un tren de carga. Mientras Keanu Reeves intentaba no ahogarse y aprendía a hacer surf ella pensaba en aquella figura maldita: Arconovaldo Bonaccorsi, el despreciado Conde Rossi.

—Hace varios años un periodista descubrió que el Conde Rossi continuaba siendo “hijo ilustre” de Son Servera —matizó de repente.

—¿Qué? —yo me había quedado casi dormido. Eran las once de la noche y estábamos bebiendo ponche. Su piel, a la luz de la lámpara, tenía el brillo trémulo de una perla que, de pronto, se iluminó como si le hubieran aplicado una descarga eléctrica. Una tormenta se estaba formando sobre la ciudad. El brillo de los relámpagos iluminaba las nubes negras que se amontonaban hacia el sur. Algunas gotas comenzaron a caer en el pavimento de la terraza, dejando huellas del tamaño de una moneda.

—Resulta que ese tipo, al que también se conoció como “El León de Son Servera” fué hijo ilustre del pueblo hasta hace poco y nadie se había dado cuenta, ochenta años después, de que continuaba siéndolo, hasta que alguien, buceando en papelajos amarillentos, lo sacó a la luz por casualidad.

No respondí. Estaba disfrutando de mi inmovilidad, lleno de whisky y desazón, observando a través de la cristalera los repentinos cambios en el decorado de la terraza. Las hojas de dos grandes palmeras datileras sembradas en tiestos gigantes habían empezado a ejecutar una danza salvaje con la furia de un vendaval repentino, pero mi distracción duró apenas unos segundos, enseguida regresé a la televisión.

—Ehhh... Sí... cariño, ahora es cuando Bodhi va en busca de esa gran ola y tal... —reí distraídamente mientras me daba cuenta de que mi voz se había vuelto demasiado indiferente.

Ella cerró la pantalla del teléfono deslizando su dedo índice con furia, pero enseguida se calmó y bebió un gran trago de ponche; a continuación se levantó del sofá y se dirigió hacia el dormitorio.

—¡Me voy!

—¿A esta hora? ¿A dónde?

—¡A buscar compañía! —gritó, con la voz ronca por la expectación y el whisky.

—¡Sabes que no suele terminar bien! —respondí, intentando que mi humor fuera lo más sutil posible.

—¡Como si mi vida fuera a terminar bien...! —me espetó, como un sentencia condenatoria, mientras abría y cerraba la puerta en un

movimiento tan rápido que apenas lo pude distinguir con el rabillo del ojo.

Sus tacones dejaron de oírse cuando entró en el ascensor. De súbito noté que me faltaba la respiración. Empecé a boquear como un pez fuera del agua. Tomé el vaso de ponche y lo acerqué a mi boca, aunque la mitad se derramó sobre mi barbilla y mi pecho.

—¡Joder!

Esther se había llevado el móvil, pero la película seguía reproduciéndose. Era algo muy extraño, como si su presencia jamás fuera a irse de mi lado, COMO SI FUERA UNA PARTE INDISOLUBLE DE MI MISMO. Agité la cabeza con furia para liberarme de mis neurosis mientras intentaba limpiar la blusa del pijama de raso con un puñado de servilletas.

La escena del hotel de Albacete se repitió aquella madrugada, esta vez en el dormitorio de nuestro ático, pero por suerte hubo algunas diferencias sutiles. La mañana era clara y soleada y la luz filtrada por los estores de lino me cubría por completo. Me desperté con la boca pastosa, sudando, temblando por las convulsiones (algo muy normal en el nivel de consumo de morfina en el que me encontraba en aquel entonces). Esther se hallaba sentada en la cama, de espaldas, sollozando de una forma tan cadenciosa que parecía que llevara sentada allí, sollozando, horas, días, e incluso siglos.

—Vale, enséñame tus manos... —le dije, solícito, al entender lo que esperaba de mí, pero no hizo nada. Solo movía el torso con el silencioso ritmo del llanto. Empecé a reptar en la cama hasta llegar a su lado. Al asomarme a su regazo vi un bulto extraño entre sus manos. Era la cabeza de una chica joven con los ojos abiertos de par en par, sobresaliendo de una bolsa de plástico azul.

—¡Esther, por Dios!

Me levanté corriendo y entré en el baño, presa de unas violentas arcadas.

—No se cierran... —De pronto se escuchó su voz lastimera.

—¿Qué?

—No puedo cerrarlos... Le bajo los párpados... así, p-pero no... funciona. L-los malditos ojos v-vuelven a abrirse siempre...

Me acerqué de nuevo a ella, esta vez con la papelera del baño en las manos, cogí la cabeza por un mechón de cabello y la puse dentro. El fondo de la bolsa estaba repleto de sangre. La cerré tirando de la cinta de plástico y le hice un nudo corredizo.

—¿Y el resto?

—No... no lo sé... —farfulló.

—¿No estará aquí, en casa?

Negó con determinación y un gesto pueril en los labios.

—Vale... creo que vamos a tener que pasar el día de Navidad fuera, cariño. Vete a la ducha y dame esa ropa. Nos vamos de aquí en una hora... —Notaba el cerebro entumecido y el cuerpo fuera de control, como si lo manejara un titiritero enloquecido. ¡Maldita sea, yo nunca me había deleitado con los cadáveres! Para mí no significaban nada, exactamente lo mismo que la piel de una naranja o la cáscara de una nuez. NADA. Un residuo, una consecuencia desagradable que no hay que quedarse a contemplar jamás. Había gente que se dedicaba a eso, a hacer desaparecer cadáveres. Se trataba de un submundo dentro del infierno. Nunca me había apetecido visitarlo; aunque sabía dónde estaban y les había llamado alguna vez, pero nunca me había quedado a ver su cometido.

El agua de la ducha empezó a caer sobre el cuerpo de Esther, apoyada en la pared con los brazos fuertemente cerrados sobre su pecho. Entré y le pregunté si estaba bien. No respondió, como suponía. Empecé a buscar en mi teléfono hasta encontrar el número de un “conseguidor”, alguien que podía sacarte de apuros si tenías un montón de dinero.

—Sí, soy Carlos. Necesito un barco... dos personas, una mujer y yo. En dirección a... Italia. Sí, ahora mismo, dentro de unas dos horas. ¿Qué lugar de Italia? Cerca de los Abruzzos... Ah, y prepara una comida de Navidad a bordo, con provisiones de calidad, ya sabes... Y envíame un coche a la calle Sant Miquel, calle Crist Verd, frente al Capuchino. No, nada más...

Me quité la ropa y entré en la ducha. Esther seguía bajo el chorro de agua en estado catatónico. Abrí la botella de gel y empecé a frotarle todo el cuerpo, principalmente las manos. Ya se las había

limpiado antes en el lavabo, pero aún tenía un montón de sangre bajo las uñas. Eso era muy difícil de quitar, como si la sangre atrajera a la sangre.

Al salir la obligué vestirse y salimos hacia el ascensor, pero de pronto recordé que nos olvidábamos la cabeza de la chica. Volví a entrar a recogerla.

—¡Ja, ja, ja! ¡Menudo susto se llevaría la señora Aina! —exclamé, al salir con la bolsa de plástico, envuelta en otra, y otra y otra, para que no se filtrara el líquido.

La señora Aina venía a limpiar tres veces por semana. Ganaba mucho dinero y estaba acostumbrada a ver cualquier cosa y callar, pero encontrarse una cabeza humana superaría todos sus límites.

Un Volvo XC90 nos esperaba donde estaba previsto. El conductor, con pinta de sufrir una resaca de espanto, nos concedió un cortés “buenos días” y no volvió a hablar en todo el trayecto. Enfiló las Avenidas, bajando hacia el Paseo Marítimo. Después de la tormenta de la noche anterior el mar brillaba ahora con una furia desbordada, lanzando destellos de zafiro. Había muy poco tráfico a aquellas horas, la mayoría coches de gente bebida que regresaba a casa después de celebrar la Nochebuena.

El conductor introdujo su tarjeta de socio del Club Náutico en el control de accesos, pasó bajo la barrera para dejarnos con el coche justo enfrente de la embarcación y nos dijo que entrásemos por la pasarela, que enseguida volvería. Nuestro barco se llamaba Onas. Un velero de quince metros, cuatro cabinas y dos plazas. Antes de que volviera a entrar en el coche le grité, entre una gran carcajada:

—¿Tú? ¡Ja, ja, ja! ¿Tú eres el patrón?

Estaba tan sorprendido que no pude evitarlo. El hombre sonrió torciendo la boca de medio lado, pero sin dirigirme en ningún momento la mirada. Eso me indicaba que era alguien discreto y que sabía hacer su trabajo. Dejé de reír, asentí con la cabeza y empecé a guiar a Esther hacia el acceso de popa. El hombre pareció cambiar de opinión sobre sus objetivos inmediatos, entró detrás de nosotros y nos abrió la escalera hacia las cabinas. Después salió y entró en el coche.

—¿A dónde vamos? —me preguntó al regresar. Yo ya había desnudado y acostado a Esther en una de las confortables camas.

—Lo más cerca de Téramo, en los Abruzzos —le indiqué.

Abrió una carta náutica y me señaló un lugar con el dedo, pero yo ni siquiera lo miré.

—El puerto de Vasto. Seis días... depende del viento... si tenemos que hacer cabotaje o no...

—Perfecto. Resérvanos un buen hotel y un coche para el día de llegada. ¡Ah! —recordé de repente, levantando la bolsa azul que había dejado en el suelo junto a la mesa de bañera—. Hay que deshacerse de esto en algún lugar profundo. A los dos días de navegación... Átale un buen peso y no mires dentro...

El hombre asintió con la cabeza y entró en la cocina para poner la bolsa dentro del congelador. Después entró en su cabina para cambiarse de ropa. Yo me senté en un banco de la bañera, junto a una de las dos ruedas del timón. Seis días metidos en aquel cascarón eran muchos, no sabía si Esther aguantaría. “Espero que no mate al capitán” pensé de repente, y después empecé a reírme de mis propios pensamientos. El mar estaba en calma y el cielo despejado. El hombre subió con ropa deportiva y puso el motor en marcha. Yo me levanté y me recosté sobre el guardamancebos para observar la maniobra. Las embarcaciones empezaron a desfilar junto a nosotros. Observé la Catedral, la Seo de Palma. Majestuosa, despidiendo a los navegantes de altura desde siglos atrás.

En cuanto salimos del puerto y el hombre inició el frenético trabajo de desplegar el velamen bajé al comedor, me serví un abundante whisky con hielo y empecé a buscar información en internet sobre el llamado Conde Rossi, pero antes leí una vez más el diario de la miliciana sin nombre:

Día 22.- Nuevamente fuimos al Comité y tuvimos que guisar para 40 milicianos enfermos. Antes, como cada día, nos bañamos. Estamos descontentas en este puesto, pues no tenemos medios para guisar ni hacer nada, por lo que me parece nos iremos pronto de aquí. Después de hacer la comida fuimos a recoger unos frutos a las casas abandonadas y cogimos almendras, uvas e higos en cantidad. Hicimos la cena y a pesar de decirles que quedaríamos a dormir allí al llegar la noche nos encontramos sin tener donde

dormir, ni siquiera mantas para taparnos. Tuvimos que ir a un montón de paja que había en una era, y allí dormimos tapándonos con la misma paja. Pasamos una noche malísima de calor y algo de miedo, pues esta día habían llegado 2.600 milicianos entre los que vienen bastantes maleantes y temíamos que se metieran con nosotras. Gracias a un muchacho que se quedó acompañándonos.

Ese día, el veintidós de Agosto, no hubo grandes novedades en el día de aquellas cinco mujeres metidas en una guerra. Posiblemente los que nos esperaban a Esther y a mí en aquel velero cruzando el Mediterráneo serían muy parecidos a ese: monotonía, incomodidad y mal humor, pero no había nada que hacer, aunque de repente se me ocurrió una idea; le diría al hombre que navegase cerca de la costa aunque tardásemos más.

—¡Está bien! —me respondió cuando se lo comenté, junto al pozo de anclas—. ¡Ahora vamos a navegar con el rumbo de aleta durante todo el día hacia el norte para cabotar frente a la Costa Azul!

Asentí con la cabeza aunque no había entendido nada. Además, empezaba a sentir un malestar horrible en la boca del estómago. Bajé de nuevo al comedor y continué buscando información.

Bonaccorsi, un político y militar de ideología fascista, perteneciente al Corpo Truppe Volontarie (CTV), fuerzas militares italianas enviadas a España por Benito Mussolini para participar en la Guerra Civil en apoyo al bando sublevado, había sido uno de los personajes más sádicos de la Guerra Civil española en las Islas Baleares. Llegó a Mallorca durante el verano de 1936 y poco después se haría llamar Conde Aldo Rossi. El cometido del Conde Rossi era evitar, a toda costa, la caída del bando sublevado y detener a las fuerzas republicanas, que se encontraban realizando las operaciones del desembarco de Mallorca comandadas por el capitán Bayo. (“En el que participaban nuestras cinco milicianas”, añadí, para mí mismo).

Al poco tiempo de llegar a Mallorca, Bonaccorsi consiguió alistar a más de tres mil voluntarios con los que acabó derrotando a las fuerzas republicanas. También reconvirtió a jóvenes y militantes falangistas en lo que él mismo denominaría “Los Dragones de la Muerte”. Bajo este título, el Conde Aldo Rossi y sus secuaces sembraron el terror en Mallorca, a través de repetidos fusilamientos

y violaciones. Se dice de él que fue «un general de opereta», un «fanfarrón y un mujeriego». Sin duda, el Conde Rossi se convirtió en uno de los personajes más temidos que ha conocido el pueblo mallorquín.

“Vaya, ese era el pez gordo”, pensé, aunque no había visto en ninguna parte que ese hombre fuera responsable directo de la muerte de las milicianas, pero lógicamente esa consecuencia fue producto de la maquinaria de represión que él había puesto en marcha. Así que eliminar a los descendientes de Buonaccorsi era el Gran Trofeo, usando la jerga de los cazadores, aunque eso nos situaba (sí, me había dado cuenta de que había usado el “nos” y no el “me situaba”, algo muy raro y creo que hasta la fecha inédito en mí. Más tarde tendría que pensar en ello detenidamente) ante una encrucijada vital: el trabajo se estaba terminando. ¿Qué haría entonces con Esther? Ahora era una leona que había probado la sangre humana (¡Ja, ja, ja! ¡Otra paradoja que me hizo reír! Estaba de un extraño buen humor aquella noche. La imagen de los dos leones de Tsavo, que habían devorado a treinta y cinco personas en Kenia en 1898 antes de ser cazados por el militar británico John H. Patterson, una historia que siempre me había fascinado, surgió en mi cerebro. Los dos animales caminaban entre la hierba seca el uno junto al otro ¡con nuestras cabezas! Los cuerpos eran de león, pero las cabezas eran humanas: la mía y la de Esther). El significado de aquella alegoría era muy fácil de interpretar: jamás nos detendríamos, hasta que nos matasen. Estudios recientes de las dentaduras de los leones habían demostrado que la causa de que se acostumbraran a devorar carne humana era el problema de dentición de uno de ellos, el que había matado a veintiséis trabajadores del ferrocarril (el otro había devorado "solo" a catorce). Imposibilitado de cazar cebras o búfalos la única solución era la carne blanda del ser humano. El otro animal tenía una dentadura sana, así que solo le acompañaba.

Esther, la cortacabezas, estaría a mi lado hasta que un Patterson enviado por alguien me matase, después ella se lanzaría contra mi asesino con toda su furia y también moriría...

Ahora ya no tenía ganas de reír. Me serví otro whisky y me quedé cabizbajo durante un momento interminable. Por supuesto la tristeza

que me invadía no era por mí. ¿Se merecía Esther acabar así sus días? Era la misma pregunta que me formulé cuando esperaba a los asesinos de Wong en aquel pinar junto a la playa d'es Carbó con la amenaza clara de que Elena acabase muerta. Al final ella tuvo suerte y pudo escapar, pero no estaba muy claro si los traumas que arrastraba habían significado su salvación.

—¡No! ¡No! ¡Soy un monstruo! —De repente empezaron a oírse fuertes golpes en nuestra cabina, donde había acostado a Esther. Salí hacia allí corriendo. Al entrar la encontré de rodillas en la cama, golpeándose la cabeza contra el mamparo que formaba la pared. Ya tenía un corte en la frente y la sangre le resbalaba por las mejillas.

—¡Hey! ¿Pero qué haces? —grité.

Ella, al verme, cambió la expresión y la suavizó hasta formar casi una sonrisa, pero en realidad se trataba de un rictus de locura. Se acercó hacia mí gateando.

—La chica... —murmuró, balbuceando—. Tenía unas tetas muy grandes... E-era muy guapa y... metió su m-mano dentro de mis bragas y m-me gustó... p-pero...

En ese momento su mirada se oscureció y adquirió la dureza de una roca de granito, me dio un empujón y salió corriendo hacia las escaleras.

—¡Espera!

Más tarde el hombre me contó que ella ni siquiera se dió cuenta de que él estaba allí. Salió a cubierta desnuda, lo miró todo con aquellos ojos de piedra y saltó sobre el guardamancebos.

Cuando yo subí estaban los dos en el agua, aunque bastante separados el uno del otro. El hombre se había tirado tras ella con un salvavidas, pero cuando pudo reaccionar el barco ya había recorrido un buen trecho. Por mi parte yo no pensaba lanzarme al mar. Con mi debilitado constitución física no aguantaría ni dos segundos dentro del agua helada. Además el velero continuaba navegando y se alejaba a toda velocidad. En aquel momento ya no veía ni la cabeza de Esther y la del hombre era solo un punto diminuto en la lejanía.

—¡Maldita sea!

Furioso, empecé a dar patadas a todo lo que me rodeaba. ¡Podía haberlos dejado en el mar y seguir navegando hasta Italia, pero no

tenía ni idea de manejar un jodido velero! De pronto pensé que debía haber una radio a bordo. Entré en el comedor y vi un radioteléfono de muy alta frecuencia.

—May-day... May-day... -¿No era eso lo que se decía en esos casos? -SOS... Estoy en un velero a la deriva...

Repetí lo mismo cinco o seis veces hasta que una operadora de la Autoridad Marítima del puerto de Palma me respondió.

—Echo. Delta., Palma. Captada petición de socorro.

En ese momento empezó una conversación de locos. Le pedí que me explicara cómo podía arriar las velas, detener el barco y dar marcha atrás para intentar rescatar a dos personas que se habían caído al mar.

—¡Sitúese bajo el aparejo principal, el conjunto de las velas mayores y gavias! ¡Desde allí fijese en el aparejo de proa, todo el velamen de los palos de trinquete y bauprés...!

Pero yo no entendía ni una palabra.

—¡No tengo ni idea de lo que me estás diciendo!

Lancé el auricular contra la consola y subí a cubierta. De pronto el barco se inclinó hacia la derecha y caí de bruces contra un cofre de la bañera.

—¡Joder, esto va a volcar!

Empecé a deshacer nudos frenéticamente, a accionar manivelas y a mover poleas. No tenía ni idea de lo que hacía, pero de repente una de las velas más grandes empezó a replegarse sobre sí misma y el barco detuvo visiblemente su avance. Al cabo de unos minutos todas las velas estaban desparramadas sobre la cubierta y el velero se había detenido por completo.

Miré en lontananza pero no se veía ni rastro de Esther y del hombre, pero sí las siluetas de varios barcos en dirección a Mallorca. No tenía ni idea de si los habrían recogido o si ya habrían muerto de frío, teniendo en cuenta que Esther iba completamente desnuda cuando se lanzó al agua, pero enseguida recordé la cabeza dentro de la bolsa de plástico y que probablemente íbamos a tener visitas. Bajé al comedor, saqué la bolsa del congelador y la lancé por la borda lo más lejos posible, pero no se hundió, se quedó flotando a merced de las olas.

—¡Maldita sea! Bueno, me da igual...

Bajé otra vez al comedor y hablé por el auricular.

—Oye chica... He conseguido que esto se pare. Supongo que puedes localizarme. Me quedo aquí esperando ayuda... Ehhh, corto y cambio...

Tomé la botella de whisky, un vaso con mucho hielo y mi neceser y subí a la cubierta. El sol calentaba de lo lindo, aunque una brisa heladora barría la superficie del mar a intervalos regulares y me provocaba intensos escalofríos, pero me gustaba sentir la dolorosa sensación del frío en mi piel; al menos podía notar que no había perdido del todo la sensibilidad humana.

Las siluetas de dos embarcaciones se estaban agrandando en mi dirección, pero aquello no me alegró en absoluto. Me hubiera gustado quedarme solo en aquel barco en medio del mar durante el resto de mi vida.

Empecé a prepararme un chute. Mientras la aguja hipodérmica introducía en mis venas la morfina, mi sustento vital, pensé en lo maravillosa que era la soledad. Toda mi existencia, desde la infancia, la había adorado. La soledad de mi dormitorio, la de un rincón apartado del patio del colegio, la de una barra de bar de Pedro Antonio de Alarcón, en Granada; la maravillosa sensación de soledad y triunfo que se siente ante el cuerpo de una persona muerta a tus pies... Mi vida era un total y absoluto compendio de soledad interrumpido solamente por breves ráfagas de dolorosa compañía: la de Jo, la de Elena, la de Tania, la de Esther...

Mientras la morfina invadía mi cerebro y me provocaba el efecto deseado, una absoluta indiferencia por todo lo que ocurriera a mi alrededor, dos embarcaciones de las que habían escuchado la llamada de socorro de la operadora de la Autoridad Portuaria llegaron hasta mi velero. En una de ellas viajaba el hombre, que saltó sobre la cubierta con la energía de un cervatillo. Le saludé con la mano mientras oteaba con mucho esfuerzo la otra cubierta en busca de Esther.

—¿Y ella? —pregunté, desmadejado, como si fuera a deshacerme en un millón de piezas de un momento a otro.

El hombre contemplaba el desastre que yo había provocado en el velamen con los ojos y la boca abiertos de par en par. Levantó la

mano, sin mirarme, y balbuceó que la habían llevado a tierra; presentaba una severa hipotermia, pero había logrado mantenerse a flote hasta que él había podido llegar hasta ella con el salvavidas. Desde los otros dos barcos llegaron voces preguntando si había heridos. Una patrullera de la Guardia Civil se acercaba también. El hombre me miró durante unos instantes con las cejas enarcadas en señal de interrogación. Tras unos instantes levanté la mano señalando con el pulgar en dirección a alta mar. Nos largábamos, dejábamos atrás a Esther; era la única manera de salvarla de una muerte segura en las próximas semanas.

Dos horas más tarde, después de que dos agentes de la patrullera de la Guardia Civil nos abordara, comprobara el papeleo e hiciera un sinfín de preguntas, empecé a reírme como un loco de atar. Continuaba sentado en el mismo lugar de la cubierta, contemplando al hombre mientras se afanaba en el trimado de las velas.

—¡Iba a morir! ¿Sabes? ¡Ja, ja, ja! ¡No lo creerás, pero la estoy salvando! —grité, sin dejar de reírme.

En ese momento el hombre estaba ajustando el enrollador de mayor. Me miró, circunspecto, y respondió:

—¡La mayor se utiliza siempre, por lo que debe poder responder a todo tipo de condiciones de navegación! ¡Proporciona control direccional y estabilidad al barco! ¡Afecta directamente al ángulo del timón! ¡Mucho ángulo significa mucho arrastre de la pala, más resistencia al avance y menor velocidad!

—¡Ella...! —continué—. ¡Ella ya se creía Amentet! ¡Amentet fue la consorte de Akem, el barquero de los muertos en el inframundo!

—¡La mayor está colocada por detrás del génova, por lo que debe haber mucha coordinación a la hora de trimar ambas velas! ¡El trabajo fundamental del trimmer de mayor es tener el barco equilibrado y la velocidad alta! —gritó el hombre, a guisa de respuesta. Los gritos de ambos se introducían por la escalera y resonaban en las paredes del comedor, como si hubiera una legión de ratas moviéndose tras los mamparos.

—¡Tú sabes quienes somos y lo que hacemos! ¡Ja, ja, ja! ¡No quieres escuchar ni una sola palabra que pueda significar tu final

antes de dejar este barco! ¿Verdad?

El hombre estaba ahora lívido. Seguro que pensaba que iba a matarlo de un momento a otro y se arrepentía más que nada en el mundo de haber regresado al barco y no haber vuelto a tierra con Esther, pero seguramente aquel era su única ocupación, chofer y patrón de gente de los bajos fondos, la peor escoria del mundo; una pléyade de demonios y diablasas enviados a esta existencia para provocar desgracias, llantos y pesares a la Humanidad.

—¡P-Por ejemplo, cuando se recibe una racha y la velocidad del barco no aumenta, e-es debido a que el trimmer no ajustó la vela para responder a la nueva situación! —respondió, temblando de pies a cabeza.

Aquello era un disparate y yo ya estaba harto de todo, harto, agotado y furioso. Me levanté, bajé al dormitorio y me tiré sobre la cama. Me daba igual lo que pasara, pero no temía por lo que hiciera el hombre, sabía que continuaría con su trabajo y me llevaría al puerto de... ¿a dónde le había dicho que me llevara? No me importaba en absoluto. Lo mejor sería que al despertarme me encontrara en el mismísimo infierno, dentro de un caldero de aceite hirviendo en el que purgar mis fechorías durante toda la eternidad...

—Adiós Esther. Como Amentet tú me recibirás a mi llegada al inframundo. Si pudiera ser ahora mismo, mejor, pero intuyo que aún tengo que enviarte a muchas más almas antes de que la mía inicie su último viaje, muy a mi pesar.

Desearía no abrir nunca más los ojos, que este barco se hundiera y se aposentara en el fondo conmigo dentro, que la presión hiciera que mi cuerpo estallara en mil pedazos y mis células y mis átomos se disgregaran de tal manera que nunca jamás pudieran ser reconstruidos.

¡¡NO QUIERO VOLVER A DESPERTAR!!

X

Al cabo de ocho días el puerto de Vasto apareció por fin frente a mí. Era un lugar de una Mediterraneidad que nunca antes había podido contemplar en tal magnitud. Ni siquiera los arenales de Es Carbó y Es Cargol, en Mallorca, que recorrí junto a Elena en la mejor época de mi vida, gozaban de aquella belleza. El agua, las rocas, los acantilados, el embarcadero de madera de sabina, frágil vestigio de tiempos pasados, conformaban una estampa que inundó mis cansadas retinas de una corriente de optimismo de la que no había gozado ni siquiera un minuto durante la travesía.

También hay que decir que no había salido de mi cabina en todo el tiempo y que apenas había comido. El hombre se encargaba de dejarme puntualmente una bandeja con el desayuno, el almuerzo y la cena en el suelo, delante de mi puerta, pero normalmente se la llevaba siempre intacta. Solo una vez, no recuerdo qué día exactamente, después de haberme bebido casi una botella de vodka Moskovskaya, me entró un hambre tan feroz que me tragué el almuerzo y la cena, que llegaba en ese momento, casi de golpe; lo que me obligó a estar toda la noche apoyado en el retrete, devolviendo.

Así que la persona escuálida que salió a la cubierta del velero Onas en el puerto de Vasto, en el adriático italiano, era, más que nunca, la más pura representación de un fantasma demoníaco, un ser de ultratumba, con la piel casi transparente bajo el aterciopelado sol de enero.

En el momento de cruzar la pasarela que me llevaba a tierra firme me tambaleé y casi me caí al agua. El hombre vino corriendo para ayudarme, ansioso por verme de una vez por todas lejos de él. Ni siquiera recuerdo cómo se llamaba. Creo que él también se sentía como yo, un muerto viviente; pero en este caso como un renacido, alguien que ha sobrevivido a la Parca en su estado más puro.

Me ayudó a saltar a tierra y volvió rápidamente a su barco, hacia el pozo de anclas, para levar y salir de allí como si le persiguiera una legión de culebras. Me hizo gracia aquello y me eché a reír, sobre el agrietado macadán de aquel lugar desconocido al que llegaba solo, apestado, sin nadie más en el mundo que se atreviera a acercarse a mí (por otro lado algo a lo que debiera estar acostumbrado, porque se trataba en realidad de mi auténtica razón de ser); pero había un error en todo aquello: NO DESEABA ESTAR ASÍ.

¿Por qué? Me había sentido solo desde mi nacimiento y, como he dicho antes, la soledad conformaba la mejor característica de mi naturaleza. ¿Cuál era entonces el motivo de ese malestar que me estaba corroyendo el alma, de pie, tambaleante sobre la dársena de un puerto desconocido?

Pero qué estupidez... era tan obvio, tan claro y radiante como el sol que me hería los ojos y me quemaba la piel... ¡Y yo no podía percibirlo!

Echaba de menos a...

Echaba de menos a Est...

¡ECHO DE MENOS A ESTHER!

Grité con todas mis fuerzas, una y otra vez. Farfullé aquellas palabras cayendo de rodillas, desmadejado como una marioneta sin tutor, llorando de rabia y desconsuelo ante mi inesperada debilidad. Me sentía como un hombre de sesenta años al que de pronto le comunican que ha muerto su madre y todas las lágrimas retenidas durante gran parte de su vida caen de golpe por sus mejillas.

La gente de los bares se volvió hacia mí, sonriendo con disimulo. Tras los cristales, los pescadores que jugaban al Scopa me señalaban con el dedo.

Estuve mucho tiempo sentado en el suelo, con los ojos cerrados, hasta que de pronto los gritos de unos niños jugando entre montañas de maromas me hicieron reaccionar.

Busqué un taxi y pedí un hotel cualquiera. La conductora me llevó al hotel Dei Sette, de dos estrellas, en la Via S. Michele, 66. Cuando entré en la habitación y me tumbé sobre la cama disfrutando de la sensación de que esta no se balanceara sin parar, como ocurría en el velero, me di cuenta de algo muy extraño: se había producido un

cambio radical en mi espíritu debido a la ausencia de Esther. Empezaba por mi forma de vida: jamás nos hubiéramos alojado en un hotel de esa categoría ella y yo; nos habíamos acostumbrado a los lujos suntuosos y todo nos parecía de poca calidad. En cambio aquella modesta habitación que costaba cincuenta y ocho euros por día con desayuno incluido me parecía en ese instante un lugar único e inigualable. Era mi refugio, con todas las posibles acepciones que definían esa palabra: abrigo, amparo, asilo, cavidad, cobijo, oquedad...

Cerré los ojos y, pese a la congoja de mi alma, intenté recordar el feliz año y medio que pasé en el piso compartido de la calle Joan d'Àustria, en Palma, antes de conocer a Esther. Solía pasarme horas en la misma postura que tenía en ese mismo instante, tumbado en la cama, con las piernas cruzadas y las manos entrelazadas sobre el estómago, viendo interminables sesiones de Gran Hermano, First Dates y Sálvame, con la mente en blanco... ¡Esa! ¿Precisamente esa era la percepción que estaba recuperando en aquel momento y que, inconscientemente, tanto había echado de menos: lograr que mi mente se quedara en blanco!

En ese hotel, tumbado en la cama de una habitación cualquiera, con la cabeza sobre la almohada en un ángulo de cuarenta y cinco grados, el ideal para ver la televisión (en la RAI, emitían el programa de cocina "La prova del cuoco"), me sentí de repente la persona más feliz del mundo; como si hubiera regresado al seno materno, como si flotara de nuevo en mi bolsa de líquido amniótico.

Pasé una semana en el Dei Sette, recuperándome de la separación de Esther, pero al mismo tiempo disfrutando de mi nuevo status de soledad.

Al tercer día empecé a caminar durante algunas horas por los alrededores, a saludar a los vecinos, a entrar en algún café. Los lugareños empezaron a hacerme preguntas, pero yo no respondía a ninguna, lo que aumentaba exponencialmente su curiosidad. Tuve que ir inventándome retazos de una historia con un mínimo de coherencia: un accidente de coche, el resto de la familia había muerto; sí, mujer y una hija pequeña, las dos muertas en el accidente; sí, buscando un lugar aislado en el que olvidar...

—*Chiodo scaccia chiodo...* —me dijo una mañana Beatrice, la camarera del caffè Torretta. Tuve que buscarlo en el traductor de mi móvil.

—¡Ah, “un clavo saca otro clavo”! *Grazie, grazie mille, ma non è sempre così facile...*

Por las tardes me encerraba en mi habitación, me chutaba y veía la tele. No cenaba, no comía nada hasta el día siguiente; mi único alimento era la morfina y un licor llamado Centerba degli Abruzzi, de setenta grados de graduación alcohólica. Había que tener mucho cuidado con el Centerba, sobre todo si se tomaba en soledad. Ingerirlo en pequeñas dosis, muy controladas. La primera noche que bebí demasiado desperté desnudo en el suelo, bajo la ventana abierta de par en par y con una sábana atada alrededor del cuello y después al radiador. Había estado a punto de lanzarme desde cuatro pisos de altura y ahorcarme con las sábanas de mi cama.

Una mañana lluviosa y fría, mientras tomaba un café con una copa de Centerba en el Torretta, me percaté de algo muy curioso. Había abierto mi correo por pura inercia, ya que no pensaba llevar a cabo ningún trabajo por el momento, pero mis ojos repararon en un nuevo correo de la CWT que rezaba “target dispatched”, algo así como “objetivo despachado”. El nuevo mensaje era posterior al encargo de Téramo, la razón por la que Esther y yo nos habíamos embarcado inicialmente en el velero hacia Italia, obviando, claro estaba, que ella había cortado la cabeza a una chica con la que estaba iniciando los prolegómenos de una relación sexual. A continuación, dos días más tarde, aparecía otro mensaje con un nuevo encargo, esta vez en Roma.

Me extraño muchísimo aquello. La persona a la que había que matar, una mujer de veintiocho años supuestamente descendiente del Conde Rossi llamada Allegra Colombo, ya estaba muerta, así que me encargaban un nuevo trabajo.

Nunca había sucedido nada parecido. Si no me fallaban los cálculos Esther y yo habíamos matado a cuatro personas en dos continentes para la CWT (bastantes más contando a las que no eran objetivos... el lugar equivocado, el momento equivocado...), siempre a nuestro ritmo, sin plazos ni requerimientos de tiempo. Después de

todo ¿quién iba a presionarte para llevar a cabo una venganza después de ochenta años?

Frenético, abrí el móvil y busqué los periódicos online de Téramo. Seguramente se trataba de un error, pero la portada del diario Il Centro echó abajo mis suposiciones. Rezaba: *Il corpo di una donna e della figlia dodicenne sono stati trovati morti nella loro casa di Teramo. La donna A.C. e sua figlia sarebbero morte per asfissia con un sacchetto di plastica.*

Las siglas A.C. de Allegra Colombo coincidían...

Asfixiadas, la madre y la hija, con una bolsa de plástico...

—*Beatrice, per favore, un altro Centerba!*

Necesitaba otra copa como el aire para respirar. Me la bebí casi de un trago ante la atónita mirada de los cuatro ancianos pescadores de rostros atezados y antebrazos recorridos por cicatrices de anzuelos que se calentaban las piernas ante las llamas de la chimenea.

Alguien se me había adelantado. Era algo muy desconcertante y que la propia CWT parecía no saber, porque ya tenía un nuevo encargo en mi correo.

—"Municipio Roma III. Via delle Vigne Nuove, 72. Piso 3. 4º Izquierda. Varón, setenta y cuatro años. Nombre: Aquille Rossi" —leí en voz alta. A continuación levanté la mirada y recorrí la explanada del puerto a través de los cristales empañados. Era un día de perros en el mar. Arreciaba un vendaval de levante. La flota de bajura estaba amarrada y las olas golpeaban contra la dársena levantando montañas de espuma. No paraba de darle vueltas al asunto en mi cabeza, todo lo que el alcohol de setenta grados me permitía.

Entonces sucedió algo que corroboró perfectamente mis inquietudes, aunque yo ya lo sabía, lo de que después de uno de esos encargos en los que eliminaría a los descendientes directos del malvado Conde Rosssi, los últimos de la lista, mandarían a alguien para matarme y pagarían una millonada a un grupo de hackers indios para que borrarán todo vestigio de mi existencia en internet.

Fue esa misma mañana, casualidad o una suerte fenomenal. Yo estaba en el lugar adecuado y en el momento perfecto para descubrirlos.

Llegaron en un coupé Infiniti Q60 y fueron a a aparcar en el lugar equivocado de la explanada del puerto, me di cuenta a pesar del poco tiempo que llevaba en Vasto. Esa era la primera señal de que el vehículo no pertenecía a ningun habitante del pueblo. Uno de los viejos pescadores también se dio cuenta y avisó a los demás, que miraron por la ventana igual que yo, expectantes. En el momento en que una pareja jóven, de unos veinticinco años, salía del vehículo les cayó encima una ola descomunal que había saltado el espigón. Quedaron empapados, con los brazos abiertos y con expresión desconcertada. Feroces carcajadas salieron del grupo de pescadores. Yo también me reí, porque la situación era hilarante, pero al mismo tiempo sabía que dentro de muy poco tiempo, a lo sumo un par de horas, tendría que matar a aquella mujer y a aquel hombre que venían a por mí de una manera tan chapucera.

—*Beatrice, l'ultima per stamattina, ti prego, ti supplico!* — le pedí la última Centerba a la camarera. La verdad era que me daba mucha rabia tener que dejar aquel pueblo, aquel café, aquella gente... Me encontraba muy a gusto en ese lugar, incluso me había llegado a hacer ilusiones instalarme allí durante unos años. Vasto era un buen sitio para vivir, lo suficientemente apartado del mundo para un muerto viviente como yo, pero no lo bastante como para que no pudiera localizarse la señal de tu teléfono móvil.

—Claro, el maldito móvil. No tenía que haberlo usado...

Una búsqueda en internet podía ofrecer tu geolocalización a cualquiera que estuviera interesado en conocerla y tuviera el suficiente dinero para comprar esa información. Yo no tenía muchos conocimientos técnicos y no estaba dispuesto a renunciar a internet, así que ahora tenía que pagar el precio de no haber tirado mi teléfono al mar antes de bajar del velero que me había llevado a Vasto.

La remojada pareja se dirigió directamente al Caffè Torretta, donde yo me encontraba, aunque no para buscarme, me di cuenta perfectamente, sino para familiarizarse con el entorno y echar un vistazo.

Fueron recibidos con risotadas por parte del grupo de pescadores. El local estaba lleno, pero no todo el mundo había podido ver el

espectáculo de la cortina de espuma blanca cayendo sobre los dos despistados turistas.

Les estuve mirando fijamente desde mi mesa durante unos instantes, mientras se dirigían a la barra y le pedían unos cafés y copas de coñac a Beatrice. La chica, de melena rubia hasta la altura de las orejas y grandes ojos de pupilas dilatadas hasta el infinito, señal de que iba muy colocada de heroína, se quedó estupefacta al ver mi cara. Eso indicaba que habían visto mi fotografía, posiblemente tomada de las cámaras de la sede de la CWT en Nueva York, donde había matado a la supuesta directora, Apollonia Taylor, y a su guardaespaldas.

En ese momento me puse bastante furioso. No solo enviaban a alguien para matarme en uno de los pocos lugares en los que había logrado sentirme a gusto sino que encima se trataba de una pareja de heroinómanos aficionados en busca de dinero fácil para poder seguir chutándose.

Desvié de nuevo mi mirada hacia la dársena azotada por las olas mientras elucubraba qué hacer con aquellos dos. Podía matarlos y enterrarlos en cualquier lugar, pero eso me daba una tremenda pereza. Cavar, desmembrar... no, no me creía capaz de todo ese trabajo en aquellos instantes. Huir, despistarlos, largarme a Roma sin perturbar a los habitantes de ese magnífico lugar... también me exigiría demasiada energía, una fuerza física y mental de la que no disponía.

Hice lo único que podía hacer. Me levanté y me dirigí a la barra para pagar y me situé al lado del chico. Al igual que ella, iba colocadísimo, con los ojos desorbitados. Los dos miraron hacia otro lado simulando no reconocermes. De repente cogí la botella de coñac de la barra y se la estampé en la sien. Su cráneo fracturándose sonó como un gong tibetano. A continuación empuñé el afilado cuchillo con que Beatrice cortaba un embutido llamado bresaola y le corté el lado izquierdo del cuello a la chica. Ella gritó mientras un chorro de sangre arterial a una presión increíble era impulsado tan lejos que casi llegó hasta la mesa de los pescadores.

Recorrí aquel sitio por última vez con la mirada y me encaminé hacia la puerta, pero tuve que regresar para coger el bolso de la chica, donde había visto que dejaba las llaves del coche al entrar.

En realidad no quería matarlos. Los Carabinieri les retendrían durante días intentando sonsacarles que hacían allí y porqué les había atacado alguien de esa manera tan brutal sin mediar palabra, mientras yo escapaba con su coche en dirección a Roma. Estaba seguro de que aquellos aficionados ni siquiera tenían una coartada preparada y que se verían en apuros para eludir los interrogatorios.

Regresé al hotel con el Infiniti, recogí mi neceser con las cosas de pincharme y me despedí de Vasto para siempre.

No hubo ningún problema en el camino. En dos horas y cincuenta minutos llegaba a la vorágine de Roma guiado por el GPS de mi móvil. Aparqué el coche en el viale dell'Umanesimo, cerca del PalaLottomatica, y le di las llaves a un aparcacoches.

—Ti do quella macchina! Non lo volgio piú!

Al escuchar que no quería más aquel coche y que se lo regalaba, el hombre ejecutó ese gesto típico con los dedos apretados y la mano hacia arriba. Me eché a reír. Al cabo de dos o tres días abriría el coche y echaría un vistazo, y dentro de un mes lo vendería al mejor postor. Podían darle hasta veinte mil euros por un Infiniti Q60 nuevo, aunque sin papeles, lo que bajaba bastante el precio.

Puede que por aquel entonces yo ya estuviera muerto... o no.

XI

—*Via delle Vigne Nuove, 72, prego* —le indiqué a la taxista, después de andar unas manzanas. El trayecto de dieciocho kilómetros nos llevó casi una hora en el intenso tráfico.

Me apeé delante de un edificio de cuatro alturas construido en los años setenta. La calle en general presentaba un aspecto envejecido. Las aceras no tenían bordillos y servían de aparcamiento. En el lado contrario se extendían solares vacíos de los que se elevaban pinos solitarios. Se trataba del extrarradio absoluto de la ciudad.

El edificio estaba pintado de un agradable tono rosa que apenas disimulaba su decrepitud. El óxido de las barandillas de los balcones hacía saltar la pintura y las baldas de las persianas se caían a trozos. Las paredes de los bajos rebosaban humedad. La entrada principal se situaba junto a un local con el rótulo Studio Grafico. Moduli Design, donde se ofrecían servicios como “*SCRITA PER VETRINE*” y “*CARTELLONISTICA*”.

La puerta estaba cerrada. Pulsé el timbre del piso cuarto primera, sin ningún nombre que lo identificara, pero nadie respondió. Caminé unos pasos hacia la izquierda pensando qué hacer. La mayoría de puertas de entrada de los edificios colindantes tenían publicidad de la cadena de supermercados Todis. Empecé a recoger folletos de los buzones y de las puertas hasta que acumulé un buen puñado y esperé delante de la entrada del número setenta y dos.

No tardó en llegar una chica adolescente con uniforme escolar y una mochila colgando de la espalda.

—*Posso entrare per favore? Pubblicità Todis.*

Me miró con aire desconfiado, pero yo ya sostenía la puerta y no se atrevió a negarme la entrada. El rellano era tan decrepito como el exterior. No había ascensor. En el buzón del cuarto piso constaba, efectivamente, el nombre de Achille Rossi. Se escuchaban las imprecaciones de una madre a su hijo y ladridos de perros.

Cuando empecé a subir la escalera me di cuenta de que no tenía ningún arma, lo que me hizo vacilar. Hubiera dado lo que fuera por llevar mi Glock en la mano, más que nada para no tener que depender de mi fuerza si no podía pillar desprevenida a la persona a la que iba a matar, pero ya estaba allí y no podía echarme atrás.

—*Pubblicità di Todis!* — grité, ante la puerta del cuarto primera mientras tocaba con los nudillos, porque el timbre no funcionaba. De repente la puerta se abrió, solo estaba entornada. Había un pasillo con un gran espejo al final que se bifurcaba a derecha e izquierda. La televisión estaba encendida. Enseguida noté el inconfundible olor dulzón de la sangre. El espejo que tenía delante de mí estaba lleno de salpicaduras, y también las paredes cubiertas de gotelé.

Estuve escuchando durante unos segundos por si percibía alguna respiración, o algún siseo sobre el ruido de la televisión, pero nada. Volví hacia a la puerta pisando con fuerza y la moví para que sonaran las oxidadas bisagras, simulando que me iba de allí a toda prisa. Tampoco hubo reacción alguna dentro del piso. Regresé sigilosamente y por fin me asomé al salón.

Lo que vi me heló la sangre en las venas, la verdad. Había visto muchas cosas en mi vida, pero eso me pilló por sorpresa.

Sobre una mesa de madera de pino había cuatro cabezas cortadas con los ojos abiertos, mirándome fijamente. Eran dos adultos, una mujer y un hombre, y un niño y una niña. Los cuerpos decapitados estaban colocados en el sofá en una macabra representación teatral. La mujer tenía una revista entre las manos, el hombre estaba con las piernas cruzadas y ambos niños tenían juguetes sobre el regazo.

Me entraron unas fuertes arcadas mezcladas con pánico.

Sí, pánico... Miedo.

Algo muy extraño y que no recordaba haber sentido nunca, bueno sí, en la infancia, y siempre estaba asociado a la figura de mi padre.

De repente tuve la sensación de que el que había hecho aquello continuaba allí y empezó a faltarme la respiración. Me di la vuelta, pegué la espalda a la pared y miré hacia el final del pasillo. En mitad de este se abría la puerta de una habitación y al fondo estaba la cocina, pero antes el pasillo giraba a la derecha, así que allí había más estancias, posiblemente el baño y varios dormitorios.

Debía ir hasta el final si quería averiguar, como mínimo, si el asesino seguía en el piso, pero mi cuerpo parecía estar paralizado. Recuerdo unas palabras muy claras que sonaron en mi cabeza en aquellos instantes: “Joder Carlos, estás muerto de miedo, tío. Estás aterrorizado...”

Este pensamiento, martilleando mi cerebro y produciendo adrenalina en cantidades inasumibles para los músculos de mi cuerpo no me dejaba moverme de aquel lugar, con la espalda pegada a la pared, temblando visiblemente.

—¡Díos! —De repente creí ver un movimiento en el espejo que estaba a mi lado, como si alguien agazapado en algún lugar del salón se hubiera levantado y viniera hacia mí, pero mi mente alienada creyó que el que se había incorporado era uno de los cadáveres sin cabeza del sofá.

Me precipité hacia la puerta y me lancé por las escaleras, saltando los peldaños de cuatro en cuatro. Cuando llegué abajo aún tenía la sensación de que lo que fuera que hubiera allí arriba estaba a punto de atraparme. Me puse a gritar mientras abría la puerta, salía a la calle y echaba a correr con toda la fuerza de mis piernas.

No sé cuánto tiempo corrí, pero fue mucho, hasta que mis pulmones dijeron ¡basta! y me caí desplomado sobre el asfalto golpeándome la cara, perdiendo la consciencia.

Cuando desperté empecé a ver muchas figuras que me tapaban la luz del sol. Estaba rodeado de gente y tenía una máscara de oxígeno en la cara.

—*Come stai? Puoi dirmi il tuo nome? Quanti anni hai?*

Una sanitaria con un chaleco de color amarillo reflectante no paraba de hacerme preguntas. En medio de la multitud, vi los uniformes de varios Carabinieri. Empecé a balbucear en italiano:

—*Mi sento già meglio! Grazie! Dev'essere stato un calo di zuccheri nel sangue! Penso di poter camminare. Grazie mille...*

Mientras tanto intentaba incorporarme para comprobar si alguien me lo impedía, pero no fue así. La multitud, al ver que no había nada interesante, empezó a disgregarse. Un carabiniere se arrodilló a mi lado, ofreciéndome la mano para que me levantara.

—*Dove abiti? Ti portiamo a casa? È molto lontano?*

—*Sono un rappresentante commerciale spagnolo... —respondí. - Questa settimana sono a Roma per parlare con alcuni clienti e alloggio al Baltic Hotel... Penso di poter continuare. Non ho bisogno di nient'altro. Grazie mille a tutti voi...*

No se me ocurrió nada más que decir que era un viajante de comercio en busca de clientes. Aquello pareció convencerles. Al levantarme vi que se había montado un buen revuelo. Los sanitarios recogían su instrumental y subían a la ambulancia aparcada sobre la acera. Los carabinieri también se metían en su coche. Me palpé la mejilla para comprobar el tamaño de la contusión, pero no era gran cosa, aunque de pronto, al encontrarme solo, regresaron momentáneamente mis terrores; pero ahora era muy diferente, al echar un vistazo alrededor comprobé que no conocía de nada aquella zona, así que me había alejado bastante de la Via delle Vigne Nuove.

Necesitaba con urgencia beber algo, tenía la boca tan seca como un estropajo, y procesar todo lo que me había ocurrido, ponerlo en orden dentro de mi caótico cerebro. De repente recordé que llevaba la morfina y la jeringuilla dentro de una riñonera acoplada al cinturón. Abrí la cremallera sin creermela suerte de que ninguno de los carabinieri lo hubiera hecho antes en busca de algún tipo de documentación mientras comprobaba desolado que la única ampolla de morfina que me quedaba se había roto al golpear contra el suelo.

—*¡No! ¡Maldita sea!*

Aún quedaba un poco de morfina en una de las dos partes de la ampolla. Empecé a caminar en busca de un bar y al cabo de dos manzanas encontré uno llamado Route 66. Pedí un whisky con hielo en la barra y me inyecté en el baño lo que quedaba de la ampolla. Aunque solo duró un suspiro fue el mejor chute de mi vida.

Al salir me tomé el whisky casi de un trago y pedí otro. Necesitaba recapitular todo lo que había sucedido en la última hora, pero mi cerebro parecía negarse a reproducir la horrible escena de los cuerpos sin cabeza sentados en aquel sofá imitando lo que hacían cuando estaban vivos. Era una auténtica locura que superaba con creces los ambiguos límites de mi profesión. Recrearse de esa

forma macabra, cortar las cabezas de los niños, colocarlos hacia la puerta con los ojos abiertos, ponerles encima los juguetes... ¿a quién se le había podido ocurrir todo eso?

—*Lascia la bottiglia, per favore. Ecco i soldi. Grazie mille.*

Pedí una tercera copa y, mientras ponía cien euros sobre la barra, le pedí al camarero que dejara la botella. Tenía que concentrarme en pensar qué hacer a continuación. Lo más lógico hubiera sido largarme de Roma enseguida, huir para siempre de aquel asqueroso asunto; marcharme de nuevo a mi querido Marruecos, pero algo me decía que no era el camino correcto. No, no iba a dejarlo a medias. Además, quien hubiera cometido una barbarie de ese piso estaba pervirtiendo las reglas del juego... NO ESTÁBAMOS AQUÍ PARA ESO. Así de sencillo, aunque difícil de explicar. Era como... como si en una manada de leones uno de ellos empezara a matar antílopes pero no se los comiera, sino que los dejara en la sabana a merced de las hienas y los buitres; ese individuo descontrolado sería un desastre para todos, provocaría la estampida de los herbívoros de la zona y la llegada de más carroñeros en busca de comida fácil. Seguramente en medio de aquella abundancia de cadáveres la manada moriría de inanición, por extraño que resultara.

En mi profesión pasaba lo mismo. Nadie deseaba a un elemento que hubiera perdido el control. Ni la Yamaguchi Gumi, ni la Solntsevskaya Bratva, ni la Camorra, ni la Ndrangheta ni el Cártel de Sinaloa. El control sobre el caos, esa era la máxima de cualquier organización al margen de la ley. Reconozco que en algún momento del tiempo yo mismo había estado a punto de ser el león que mata sin orden ni concierto y que provoca el hundimiento de la manada, pero al final siempre conseguí retomar mi pauta.

Me bebí la tercera copa y me puse otra. El alcohol, junto con el cansancio, empezaba a pasarme factura. Necesitaba descansar o me caería del taburete y se repetiría la fastidiosa escena de los Carabinieri, los sanitarios y el gentío rodeándome como si fuera una atracción de circo; aunque bien pensado no era mala idea. Para llegar a un hotel tendría que pedir un taxi, esperarlo, registrarme en recepción y después salir de nuevo en busca de un lugar donde conseguir morfina de calidad... No, era incapaz de imaginarme

haciendo todo eso, me daba una tremenda pereza... Me sentía como alguien diminuto ante una gigantesca y lejana montaña, cansado solo por el hecho de pensar en tener que caminar hasta ella y después empezar la subida.

Creo que tomé dos copas más, o tres, o cuatro, no puedo precisarlo, pero sí recuerdo que noté el golpe de la caída en la parte derecha de mi cráneo, sobre la oreja; pero fué solo una décima de segundo...

—Augggghh... ¡Joder!

Al cabo de ocho horas, sobre las diez de la noche, desperté en un box de urgencias del hospital policlínico Casilino.

—*Infermiera, ho bisogno di aiuto!* — me puse a gritar, porque me encontraba horriblemente mal. Se acercó un médico de unos treinta años, con los brazos muy velludos.

—Cálmese, soy español. Puede hablarme en castellano. ¿Qué le ocurre?

—Necesito morfina, tengo el síndrome de abstinencia... — balbuceé, en mitad de un bostezo. El hombre enarcó las cejas en un ángulo imposible antes de preguntarme:

—¿Síndrome de abstinencia? ¿A qué se refiere?

—¡Joder, mire mis brazos! —le grité, sin parar de bostezar, quitándome la máscara de oxígeno porque la nariz no paraba de chorreamme—. ¡Soy adicto a la morfina! ¡El síndrome de abstinencia aparece con tres de estos síntomas: rinorrea, o emisión abundante de líquido por la nariz, estornudos, lagrimeo, dolores musculares, calambres abdominales, náuseas, vómitos, diarrea, dilatación pupilar, piloerección, escalofríos, taquicardia, hipertensión y bostezos constantes! ¿No le parece que tengo ya más de tres?

Mientras enumeraba la larga lista levanté la mano para ir contando con los dedos, pero no tenía ni fuerzas para sostenerla en el aire. El corazón me iba a mil por hora. El doctor dejó de esbozar la superflua risilla que había empezado durante mi perorata y me tomó el pulso de la muñeca al mismo tiempo que observaba mis venas destrozadas por los pinchazos.

—Ehh... Bueno, no se preocupe... Vamos a estabilizarle y enseguida se encontrará mejor...

—Oiga... —le indiqué—. Acérquese, por favor...

El hombre se aproximó a mi boca, porque sin darme cuenta ahora le estaba hablando en susurros.

—Necesito... morfina. De calidad, de la que usan ustedes para los cuidados paliativos... Le daré... diez mil euros por dos ampollas, o veinte mil...

—¿Pero qué dice? ¿Está loco? ¡Eso le mataría! ¡Ni hablar!

Le vi darse la vuelta y marcharse con la bata abierta revoloteando tras él como si fueran las alas de un murciélago. El monitor que vigilaba mi frecuencia cardíaca se volvió loco y empezaron a sonar varias alarmas. Llegaron corriendo dos enfermeros y me inyectaron betabloqueantes, metoprolol y propranolol. Eso me tranquilizó bastante, aunque el malestar persistía. Era como si estuviera cayéndome sin parar por un precipicio infinito. Tenía el estómago en un puño y una sensación indescriptible de pánico.

—*Ehi! Vieni qui un minuto, per favore!*

Uno de los enfermeros se acercó mientras el otro atendía una alarma en un box cercano. Le dije lo mismo que al doctor y la reacción fue la misma, pero al cabo de unos minutos se lo pensó mejor y apareció con las ampollas escondidas en el hueco de la mano. Sentí un alivio tremendo al verle. Antes de que me inyectara le di mi tarjeta de crédito con la contraseña. Era una American Express Centurion, así que podía sacar la cantidad que quisiera en cualquier cajero automático. Le dije que sacara veinte mil euros, y que habría cinco mil más por cada ampolla que me consiguiera.

Cuando el veneno que me inyectó en el vial del suero entró en mis venas sentí el alivio más grande del mundo. Ya volvía a ser dueño de mi cuerpo (¡QUÉ ESTÚPIDA ILUSIÓN!), ya podía pensar en lo que haría en los próximos días: hacer planes para acabar con ese asunto de una vez por todas.

El enfermero regresó con mi tarjeta y la mirada llena de codicia. Había salido un momento a un cajero cercano y todo estaba en orden. El dinero estaba en su bolsillo. Antes de que se fuera le pregunté cuánto tiempo iba a quedarme allí.

—Almeno una notte al pronto soccorso, e domani lo porteremo di sopra. Non so per quanto tempo starà di sopra...

Como mínimo una noche en urgencias y después me subirían a planta, pero ahora que mi organismo se había equilibrado de nuevo gracias a la morfina seguramente me darían el alta mañana mismo.

Así que tenía toda la noche por delante en aquella cama tan incómoda y rodeado de gente moribunda. Era un momento ideal para intentar poner en orden mis ideas y pensar en todo lo que había sucedido hasta ahora.

Pero antes decidí leer varios capítulos del diario de la miliciana sin nombre, por cuya causa, al fin y al cabo, había terminado en aquel box de urgencias. De esta forma mi mente se situaría en el origen de todo el embrollo y se serenaría, ya que recordar las aventuras de aquellas cinco mujeres ochenta años atrás siempre me servía de revulsivo contra el caos.

Día 22.- Nuevamente fuimos al Comité y tuvimos que guisar para 40 milicianos enfermos. Antes, como cada día, nos bañamos. Estamos descontentas en este puesto, pues no tenemos medios para guisar ni hacer nada, por lo que me parece nos iremos pronto de aquí. Después de hacer la comida fuimos a recoger unos frutos a las casas abandonadas y cogimos almendras, uvas e higos en cantidad. Hicimos la cena y a pesar de decirles que quedaríamos a dormir allí al llegar la noche nos encontramos sin tener donde dormir, ni siquiera mantas para taparnos. Tuvimos que ir a un montón de paja que había en una era, y allí dormimos tapándonos con la misma paja. Pasamos una noche malísima de calor y algo de miedo, pues esta día habían llegado 2.600 milicianos entre los que vienen bastantes maleantes y temíamos que se metieran con nosotras. Gracias a un muchacho que se quedó acompañándonos.

En aquel párrafo ya empezaba a apreciarse el cansancio y la desmotivación que sufrirían después, al ver que el desembarco no era más que una operación chapucera que se convertiría en una gran catástrofe para las tropas republicanas. Y también se reflejaba el retroceso en el rol de la mujer que los ideales de la República habían ensalzado y prometido renovar. De nuevo las mujeres se dedicaban a buscar alimentos, cocinar y cuidar enfermos para luego ser menospreciadas, no tener dónde dormir y temer por su

integridad sexual al verse rodeadas de montones de desconocidos en una situación de hundimiento moral.

“Gracias a un muchacho que se quedó acompañándonos”. Leí de nuevo aquella frase en la pantalla de mi móvil. ¡Cómo me hubiera gustado ser yo aquel “muchacho”! ¡Qué vínculo tan estrecho debía haberse formado entre él y aquellas mujeres tan valientes pero desbordadas por una situación incontrolable, el ansia depredadora de todo un ejército!

Aquel relato me provocaba un sinfín de sensaciones diferentes: entusiasmo, rabia, pena, alegría, abatimiento... pero también orgullo, porque yo era el encargado de vengarlas ochenta años después. Yo, Carlos, había provocado el sufrimiento y la muerte de los descendientes de sus violadores y sus verdugos. Ochenta años después, cuando la carne de aquellas cinco mujeres ya había desaparecido por completo en la tierra de algún lugar desconocido de la isla de Mallorca y sus huesos también estaban a punto de desintegrarse entrelazados entre las raíces de higueras y almendros yo las estaba resucitando y vengando su coraje, su empeño en conseguir un futuro mejor para la mujer en los años y los siglos que quedaban por venir.

Con mi dedo tembloroso de emoción pasé al siguiente día:

Día 23.- *Nos levantamos a las 4.30 en un estado lastimoso de moral, llenas de paja y polvo y un genio de mil demonios viendo como estábamos. Nos fuimos a bañar y tan pronto lo hicimos vinimos al campamento general a protestar a Gabaldá, el que nos dijo que no volviéramos al Comité. Pero como no queríamos quedar allí nos fuimos a hacerles la comida y a decirles que no volveríamos, pues no teníamos útiles para hacer las cosas. No les hizo nada de gracia, como es de suponer. Este día, trajeron tres muertos, dos fascistas y uno de los nuestros, que el pobre daba pena verle, pues estaba tiroteado por balas dum-dum. También hay muertos dos milicianos, pero no hay muchas bajas. A la una de hoy ha empezado la operación general y los aviones e hidros han hecho una buena labor y se ha avanzado bastante, habiendo tomado Porto Cristo. A las 6 nos vinimos al campamento general y quedamos instaladas en una chozas de ramaje en donde con tres mantas que hemos requisado amén de platos, vasos y cantimploras, nos hemos creído*

casi felices viéndonos con tantas comodidades, y así era pues hemos tenido rancho extraordinario; 2 huevos duros, carne guisada, sobrasada, pan e higos. Estuvimos charlando con unos compañeros marineros hasta las 9 y luego nos acostamos durmiendo por primera vez un poco regular hasta las 4 de la madrugada que nos despertó un compañero que estaba charlando.

¿"Balas dum-dum"? Vaya, aquello me hizo mucha gracia. Lo que la miliciana llamaba dum-dum eran proyectiles diseñados para expandirse en el impacto, aumentando de diámetro para limitar la penetración y/o producir una herida de mayor. Ahora se llamaban balas hollow-point o bala soft-point. En la actualidad estaban bastante prohibidas salvo para la caza, aunque yo las había usado muchas veces, porque generalmente no "salían" del cuerpo y se evitaban así accidentes por rebotes. Había habido muchos muertos cuando una bala disparada muy de cerca rebotaba en un hueso como el esternón o la pelvis y salía de nuevo en dirección al tirador.

Después de despejar mi mente con los escritos de la miliciana sin nombre, y mientras en urgencias empezaba el turno de noche y el ambiente se volvía más tranquilo e incluso embriagador, llegó el momento de pensar en lo que había ocurrido en aquella casa. Como si fueran las aguas desbocadas de un torrente de montaña, las preguntas empezaron a agolparse en mi cabeza sin posibilidad de detenerlas. Dejé que fluyeran para, a continuación, después de que pasara la crecida, separarlas, analizarlas una a una cuando llegaran al remanso:

¿Quién se me estaba adelantando? ¿Era alguien contratado por la CWT, igual que yo? Si era así ¿por qué lo hacían? ¿No les parecía bien mi trabajo, o era una venganza o una especie de menosprecio por lo de Nueva York? ¿Y por qué utilizaba aquellos métodos macabros? ¿Cuál era el motivo de acabar con toda la gente de la casa, de ensañarse sin motivo? Y por último, lo que más temía preguntarme: ¿Se trataba de Esther?

Esa última pregunta la atrapé al vuelo y empecé a analizarla inmediatamente mientras buscaba su número de teléfono entre mis contactos. La verdad era que apenas nos habíamos comunicado por teléfono durante el año que duró nuestra relación, porque el hecho era que estábamos casi siempre el uno junto al otro; y cuando no lo

estábamos no hacía falta llamarnos para hablar ni enviarnos whatsapp's, coincidíamos tanto en los planes y los objetivos que parecíamos una sola mente, un solo cerebro.

Sin embargo, los motivos por los que sospechaba de Esther no eran sólidos y poco a poco los fui descartando. El principal era un posible despecho por nuestra separación tan forzada. Ella casi muriéndose por la hipotermia y yo, colocado en la cabina de aquel velero, alejándome hacia mar adentro. Seguro que Esther tuvo mucho tiempo para pensar en eso, igual que hacía yo en aquel instante, desde su cama de hospital. ¡El caso es que ni siquiera sabía si había padecido alguna secuela o si volvía a tener una vida “normal”, como antes de conocerme!

No, era imposible. Aquella crueldad... ¡Vale! ¡Vale! ¡Sí! ¡Esther estaba algo descontrolada antes de lo del velero! Pero... ¿Por qué dejar esa horrible puesta en escena? ¿Esas cabezas cortadas mirando hacia mí? ¿Los cuerpos sentados en el sofá como si estuvieran todavía vivos?

No lo pude resistir. La llamé. Para complacerme ella tenía un tono de una canción de Loquillo en el teléfono, porque sabía que me encantaban. La canción se llamaba “Qué hace una chica como tú en un sitio como éste”. Mientras sonaba empecé a cantarla:

¿Qué hace una chica como tú en un sitio como éste?

¿Qué clase de aventura has venido a buscar?

Los años te delatan, nena, estás fuera de sitio.

Vas de caza ¿a quién vas a cazar?

No utilices tus juegos conmigo.

A continuación sonaba el estribillo:

Mujer fatal, siempre con problemas...

De repente me callé. Ocurría algo muy extraño.

El estribillo sonaba en el pasillo de entrada al box de urgencias.

Así que ella estaba allí.

¿Qué tienes en los ojos, nena, o es que vas a llorar?

Ya sé que alguien pisó tu orgullo en un oscuro portal.

No intentes atraparme, he aprendido a volar.

Mi corazón se encogió hasta límites soportables.

—¡Esther!

Me quité el gotero y me dirigí a la salida. Iba vestido con una de esas batas de hospital que te dejan el trasero al aire. Pulsé el botón para abrir las puertas y la ví.

De pie, en el pasillo junto al mostrador, paralizada, mientras sonaba la canción.

Mujer fatal, siempre con problemas.

Mujer fatal, este no es tu sitio, ¡ja!

Clavé mis ojos en los suyos. Al contrario de lo que decía la canción era yo el que estaba empezando a llorar. Era como si estuviese viendo a una persona diferente, como si hubieran transcurrido varios siglos y no dos o tres semanas, ni siquiera podía calcularlo. Ella sonrió agriamente, con la lengua asomando un poco entre los dientes, mientras se metía algo en el bolsillo.

—¿Qué...? ¿Qué haces aquí? acerté a preguntarle, mientras algo en el suelo llamaba mi atención. Era extraño que nadie me hubiera advertido que los enfermos no podían salir de su box por su cuenta, ni que ningún celador le indicara a Esther que no se permitían visitas por las noches... Vale, sí, de acuerdo, ahora lo entendía todo: lo que se movía en el suelo era un charco de sangre que se ampliaba, creciendo en el sentido de la imperceptible inclinación del suelo, a una velocidad muy rápida.

Despacio, me moví unos pasos hacia el mostrador y vi tres cuerpos, dos doctoras y un enfermero, amontonados uno sobre otro en posturas inverosímiles. Una de las mujeres aún se movía, aunque tenía la garganta cortada de la que salía un chorro de sangre increíble. En el momento en que me asomé abrió sus ojos empapados en lágrimas y me miró, implorante.

Así que Esther había venido a matarme...

La verdad me aplastó como si un Dios omnímodo levantara el Everest con una mano y lo dejara caer sobre mi cabeza.

Las fuerzas me fallaron. Me desplomé de rodillas, castañeando los dientes, justo en el momento en que el charco de sangre llegaba hasta mi pies.

—Vale, venga, hazlo... —murmuré, con un hilo de voz. Parece increíble, pero en aquel instante sentía una intensa sensación de alivio, incluso de exultante alegría, a pesar de mis lágrimas. Esther se encargaría de acabar conmigo, seguramente pagada por la CWT, que no veía otra forma de quitar de enmedio a un asesino que ya había cumplido su misión que darle una cifra con tantos ceros que no pudiera ser rechazada. ¡Iba a morir de una forma que jamás había concebido y resulta que me encantaba!

Me puse a reír, o a llorar y a reír al mismo tiempo, no lo recuerdo bien...

Pero no ocurrió lo que tenía que ocurrir.

Escuché un “gracias”, y después un disparo retumbó en el pasillo, y a continuación algo cayó al suelo como un fardo. ¡Boum!

Fui levantando la mirada y me topé con sus pies, bamboleándose sobre las baldosas. Desde el box de urgencias salían gritos de los enfermos, preguntando qué había pasado. Una de las encargadas de admisión entró corriendo al pasillo y, al contemplar la escena se detuvo, paralizada, como si la estuvieran atrayendo por la espalda con un potente electroimán. Ahogó un grito con sus manos y salió corriendo a pedir ayuda.

Aún no entendía muy bien qué había pasado, pero los pies de Esther empezaban a detenerse. El charco de sangre de los cuerpos de detrás del mostrador ya me había alcanzado y la mitad de mi bata de hospital era de color carmesí y pesaba una tonelada. Avancé de rodillas hacia la parte superior de su cuerpo. Sobre nosotros, un neón empezaba a fallar y emitía un zumbido. Flusss, flusss.

Se había disparado en la sien y la bala había salido por el esfenoideas del lado contrario. Los agujeros eran limpios (recuerdo de forma muy nítida que, durante unos segundos pensé: “menos mal que no ha sido una dum-dum”), pero habían arrasado el interior

de su cabeza. De ambos orificios salía un hilo de vapor bajo otro hilo de sangre, continuo e imparable. No había solución posible. Le puse una mano en la cara y recorrí sus facciones que ya empezaban a enfriarse, sus mejillas vencidas siempre por la gravedad, su mandíbula grande y hosca; sus ojos, pequeños, demasiado pequeños.

—No, gracias a tí.

Fue lo único que acerté a decir antes de levantarme, entrar en el vestuario del personal de urgencias, vestirme con la ropa del enfermero muerto y salir por una puerta lateral.

EPÍLOGO

He vuelto a Oued Tahadart, a mi querido Marruecos, a la pequeña casa en la playa donde mataron a Tania hace cinco años.

Ahora está en ruinas, pero la estancia que fue nuestro dormitorio aún presenta algo de techumbre; puedo dormir perfectamente ahí, en un jergón. Por las noches ya ha dejado de hacer demasiado frío.

¿Qué hago aquí? Olvidar. Lo curioso es que he ido a parar a un lugar donde parece que se ha detenido el tiempo. Las facciones que atacaron nuestra casa siguen aquí, campando a sus anchas. Se trata de organizaciones locales que controlan el tráfico de hachís y la trata de personas hacia Europa. Al principio no entendí porqué la tomaron con nosotros si no representábamos ningún peligro para ellos. Yo nunca me he metido en esas historias, aunque después me contaron que Tania, en su candidez, había contactado con el jefe de una de esas organizaciones para empezar a trabajar a nivel nacional. Claro, ella se sentía todopoderosa, igual que Esther. Es algo que suele sucederle a las mujeres que entran a formar parte de mi vida: pensar que yo estoy por encima de todo y por tanto ellas también, para descubrir que, justamente al contrario, yo soy el paria, el deshecho de una sociedad imperfecta que crea monstruos, demonios que la atormentan.

El firmamento aquí es impresionante. No hay luz, y las estrellas refulgen por las noches de una forma que te retrotrae a los orígenes de los tiempos.

Me tapo con una manta raída e intento acomodarme lo mejor que puedo en mi camastro. Se acerca el mejor momento del día, el de la desconexión, aunque aún tardará en llegar. Nunca me duermo sin inyectarme una dosis de morfina, pero antes hay una serie de rituales que llevo cumpliendo desde que he llegado a este lugar.

Ritual o manía número 1: Pensar en Esther y en los motivos por los que se pegó un tiro en la cabeza delante de mí.

Ritual o manía número 2: Intentar entender de una vez por todas que jamás podré saber de verdad qué pasaba por su cabeza en aquellas dos últimas semanas, cuando, después de que le dieran de alta de su hipotermia en el hospital de Son Espases, viajó hasta Italia, vigiló mi correo electrónico (del que sabía la contraseña, seguramente porque yo se la había dado, ya que se me olvidaba fácilmente) y empezó a adelantarse y a matar a la gente por sí sola.

Ritual o manía número 3: y que antecede al último, que es pincharme en mis destrozadas venas una dosis de morfina que me permita dormir: releer de nuevo el diario de la miliciana sin nombre. Aquí no hay electricidad y mi única fuente de luz es el cabo de una vela, así que, antes de que se terminara la batería del móvil fui al pueblo e imprimí los textos en papel en una librería, junto a la gasolinera. Ahora los leo, a la luz temblorosa, mientras escucho las olas romper en la arena, primero la avenida, después el golpe; por último la retirada.

Día 24.- Hoy como cada día fuimos a los baños, en donde, en vista de los abusos que hacen los milicianos principalmente las chicas que se creen que han venido de veraneo hay que llevar permiso para bañarse, y luego vinimos otra vez hasta las chozas hasta la hora de comer. Después de comer y cuando estoy escribiendo estas memorias han empezado los fascista a tirar con el cañón que tienen del 15, pero en tal forma, que pasan silbando las balas que caen tan cerca, que no sabemos si no tendremos que sentir, con estas detonaciones hago punto por ahora. ¿Seguiré mañana esto o todo habrá terminado? Los aviones empiezan a volar para aplacar el cañoneo de los enemigos. Llevamos ocho días sin avanzar nada. ¿Hasta cuándo va a durar esto? Esta tarde me he encontrado con un compañero de Telégrafos de reparto, Vantrago, lo que me ha dado alegría de tener un conocido aquí. Muy bien, pero por causa de esto y al decir yo a Teresa que ayudara que era una fresca se ha enfadado y no me habla. Por la noche lo hemos pasado muy bien, pues han estado tocando la guitarra y cantando flamenco, pero sobre todo un muchacho ha cantado tangos que es una maravilla oírle. Yo estuve hasta última hora para oírle, pues no me cansaba de hacerlo y luego estuvo tocando solamente la guitarra y es un tocador buenísimo. He pasado una noche mala pues noche hecho más que soñar en mí. Hoy se nos han pasado cuatro soldados fascistas, que tienen muchas bajas. También se ha ido un

sargento de los nuestros con ellos, que puede perjudicarnos, si dice la situación en que estamos.

Día 25.- Hoy después de pasar una buena noche, pues he dormido muy bien y casi con comodidad, nos despertamos a las cinco, hace un día nublado, por lo que no nos bañaremos. A las 7 han empezado a bombardearnos llegando las bombas casi a veinte metros de donde estamos. Eran las 8 cuando ha empezado a bombardear al enemigo un hidro de los nuestros. Al poco rato, ha amarrado para dar cuenta al E. M. de este campamento de la situación que están enclavados los cañones enemigos, nuevamente se ha ido a bombardear tirando cerca de 25 bombas incendiarias, lo que suponemos sea de gran eficacia. Un sargento llegado del frente dice que escasean las municiones, lo que hace que los milicianos estén algo desmoralizados; pero también cunde la noticia de que las fuerzas fascistas están en condiciones igualmente de desmoralización. Al ir por el rancho nos encontramos al Jefe de Abastos que nos ha venido a buscar para que vayamos nuevamente. Nos ha dicho que estaremos muy bien porque vamos a un nuevo campamento en donde tendremos toda clase de cacharros para guisar y habitación donde dormir. En vista de ello hemos quedado en que iremos mañana. Esta tarde, hemos ido con los compañeros marineros a buscar higos, uvas y almendras, pasando un buen rato, pero luego nos hemos puesto de un genio de veinte mil demonios, pues había de rancho judías blancas sin aceite, vinagre y hasta sin sal. No las pudimos comer y nos quedamos sin cenar. Una gracia. Vino nuevamente el tocador de tangos y me hizo pasar un rato distraída, pero nos dura poco porque vinieron a avisarle de parte de Gabaldá, resultando que, en vez de ir para llamarle la atención por lo que hacíamos, era para distraer a la reunión que se ha formado en el Cuartel General, reunión que parece mentira, están con todos los jefes Teresa y Ramona, las que han resultado ser una buena colección de frescas, eso que tanto criticaban de las demás, pues la Ramona al parecer va con Galvosa y Tere con el médico, pues según un compañero miliciano le llaman el cabaret al Cuartel General. Es un asco que en cuanto haya dos mujeres juntas, nos tenga que pasar algo de estas cosas. Así que nos acostamos. Esta tarde antes de comer hicimos las paces Teresa y yo, que la había ofendido sin querer; la pedí me dispensara y todo se arregló, pues no es cosa de que por tonterías se estropee la buena reunión que hay entre nosotras cuatro. Los aviones han hecho una labor buenísima, pues han tirado 25 bombas incendiarias y se dice, según referencias de unos milicianos, que han tenido muchas bajas los fascistas y se les ha hecho abandonar terreno. Esto es lo que hace falta para ver si conseguimos ganar terreno, pues si no se hace en esta forma nunca vamos a lograr llegar a Palma, pues llevamos en nuestra contra el que ellos tienen más y mejor material,

conocen el terreno y tienen más cantidad de hombres, pues se calcula en 10.000 los fascistas. Claro que entre nosotros hay más entusiasmo y eso lo puede todo, pero para evitar que la buena voluntad decaiga deben ver los milicianos que el Estado les presta la debida atención.

Día 26.- Hoy como cada día nos levantamos muy temprano y tampoco nos hemos bañado pues es una lata tener que pedir permiso para hacerlo. Almorzamos un huevo pasado por agua que nos dio roa, la de Martorell, después fuimos a lavarnos al mar, las rocas. Cuando subía las rocas me caí con tan mala fortuna que me di con golpe en la rótula tan grande que me hizo perder por breves segundos el sentido. Tuve que ponerme la toalla mojada en la frente para reanimarme, pues taba viendo que me caía de cabeza entre las rocas, cuando vi al pequeño que venía hacia allá con los demás compañeros. Me subí como pude por las rocas hasta donde estaba, y del brazo de él me he venido hasta nuestra cabaña.

Nada más llegar, me he tumbado en el suelo, con unos dolores tan fuertes que me retorció, pues eran los mismos que cuando me colocaron en su sitio el hueso en la rotura de la tibia. Teresa me ha dado friegas con vino que me pasa los dolores. Tere ha venido en estos momentos a vernos, cosa rara, pues ya no estamos reunidas desde que va con el médico. Al verme como estaba me ha traído alcohol para darme feitas, pero tampoco ha conseguido nada, en vista de ello ha ido Tere al médico y han venido con la camilla por mí para llevarme a la enfermería, allí me han mirado la pierna poniéndome yodo con árnica, algodón y gasa y me ha dicho que haga reposo. He venido hasta la cabaña con un palo y pasando mucho dolor y en seguida me he tumbado. No me encuentro nada bien y con unos dolores, que no puedo estar, pues si no tengo rotura, por lo menos luxación sí que la tengo, pues si no es posible que tenga un dolor semejante. Esta mañana, pues, no hemos ido al Comité por avisarnos que aún no estaba arreglado aquello; cuando vaya allí iré al médico para que me vea la pierna bien a ver qué tengo. Hemos comido carne con patatas y después hemos estado arreglando la caña que estaba deshecha y nada más acabar echarnos la siesta han tirado tres cañonazos seguidos, los fascistas, que han caído a menos metros de nosotros, empezando la aviación a bombardear y al momento se han callado. En estos momentos uno de aviación nos dice que van los ataques muy bien pues tienen localizados los principales puntos estratégicos y esperamos que de un momento a otro se haga un verdadero avance que conduzca a un final victorioso. Se esperan 400 Guardias Civiles y cañones del 7,5.

Se ha hecho una buena operación en el día de hoy tomándose al enemigo dos cañones y dos ametralladoras y recogiendo cuatro Guardias Civiles que serán

fusilados y se nos han pasado 65 Carabineros a nosotros.

Esperamos llegar a Mallorca en breve plazo. Esta noche también vinieron a nuestra tienda a tocar y cantar tangos, pero se acabó antes que otras noches.

Día 27.- Como cada día nos hemos levantado temprano y a las 6 de la mañana han empezado los fascistas a bombardear. Al volver de lavarnos nos hemos encontrado con el Capitán Bayo, el que nos ha dicho tienen que irse todas las mujeres del campamento en vista de que hay varias que sólo están en la playa y de bromas; nosotros hemos pedido para enfermeras e iremos destinadas a un hospital de sangre, estamos esperando para partir hacia dicho hospital. Hoy tomamos café negro que fue aguante puro, y sin pan, ¡así nos vamos quedando todas de delgadas! Desde as 10 de la mañana nos están bombardeando los fascistas muy fuertemente, tiran tres bombas seguidas, lo hacen a los hidros; claro que hasta ahora no han causado baja alguna ni han estropeado los aviones. Enseguida han empezado éstos a bombardearlos y se han callado un poco. Esta tarde, después que cenamos fuimos destinadas al Hospital de Sangre, lo que estamos deseando, pues así, en esta forma, es imposible. Estamos en un peligro constante y grande y sin hacer una labor útil. A la una y media han desembarcado 27 compañeros, lo que nos ha causado una alegría muy grande, más al decirnos que Palma está muy contenta con nosotros y que se habla muy bien de nosotros. Hemos charlado mucho con ellos en nuestra cabaña, la que les dejamos para ellos. Tienen como nombre de grupo el de “Gabino Viano”, el que íbamos a tener nosotras. A las dos hemos salido con rumbo al Hospital de Sangre en un carro de los que van a Abastos, que por el camino lleno de piedras daba unos saltos que me molían las costillas. Hemos llegado a las 3.30 h después de andar un buen trozo de camino, pues el carro no llegaba hasta aquí y nada más que llegar, lo primero que he hecho ha sido ir al médico, me ha reconocido y me ha dicho que lo de la rodilla era una distensión; me ha puesto yodo y me la ha vendado y dice será cosa de tres o cuatro días; hemos tomado un huevo batido, han dio por ropas al Castillo y nos han repartido algunas, luego hemos vuelto a merendar. Creo que aquí estaremos una temporada grande y estaremos muy bien. Nos ha causado impresión el sentarnos en silla, que hace trece días no lo habíamos hecho. Por la noche nos acostamos ¡¡en cama con sábanas!! Pero en contra de lo que pensábamos no dormimos bien, pues resulta que en una habitación estábamos 9 mujeres sin haber ventilación y era tal el calor y la mala atmósfera que no se podía dormir en ella.

Día 28.- Nos levantamos a las 6 y desayunamos café con leche. A mí me encargaron que cuidara de los enfermos, en total 13, teniendo que darles leche a

las 10 de la mañana. Al entrársela en una de las salas me encontré con la sorpresa de un estupendo piano y me fue imposible resistir la tentación y me puse a tocar. Todos me pidieron que siguiera tocando, pero Irene, la enfermera encargada de allí, dijo que no era conveniente. A las 10.30 tomamos tortilla. De comer vamos bien aquí, pero no estamos muy contentas, pues aquí nos vemos algo hostilizadas por parte de las de Sabadell, lo que no sabemos es por qué no nos hablan y están apartadas de nosotras. Nos han vuelto a pedir los muchachos enfermos que toquemos el piano y así lo hemos hecho Daría y yo; luego he empezado a hacer la comida para los enfermos. Sopa de Maggi y tortillas de patatas y a la una la he servido. Los pobres enfermos protestan de que se les dé mal de comer y tienen razón, pues la forma que están descorazona a cualquiera, pues es verdaderamente lastimoso ver que nunca podrá haber igualdad y fraternidad que nuestros ideales patrocinan, pues mientras los enfermos yacen en colchones tapados de cualquier forma en el suelo, los médicos y la colección de zánganos y vagos, que están llenos los Comités y los Hospitales, están en sus buenas camas y comen en el comedor con buen servicio y con comida buena y abundante, con su café, postre y demás y que lo que es más doloroso, mientras los enfermos reposan en el suelo hay en la misma habitación de ellos camas inmejorables, bien provistas de ropa, y yo me pregunto, ¿Por qué esta iniquidad que no otro nombre tiene? ¿No es un escarnio poner delante de un enfermo que se ve cual un perro en el suelo sucio y abandonado de todo afecto y cuidado, que es acaso en el que padece casi más necesario que el cuidado material, aquellas camas donde podría encontrar un poco de reposo que le es necesario y aún más del que es acreedor, toda vez que acaba de derramar su sangre por la causa común que ha de redundar en el bien de la humanidad? Pero no, es una quimera de mentes calenturientas cual debe ser la mía, que lo miro bajo el prisma de una idealidad el que vendrá la igualdad. Mientras existamos en esta vida material sólo veremos lo que impera en todo el mundo, egoísmo, desafecto injusticias y desigualdad, pues todos los que proclaman la igualdad nos muestran con sus actos que en ellos se albergan tanto y tan malos instintos como los de aquellos a quienes vamos a combatir. ¿Y esta es la idea de libertad por la que tanta sangre se derrama? ¿No asquea ver entre nosotros mismos que hay el deseo de ser igual que los que ponemos de bandera o baluarte al hablar de la canalla que combate al pueblo? Miedo, pavor y rabia me da pensar sea estéril el sacrificio iniciado por tantos hermanos de la causa común, que no reparan en sacrificar sus vidas para que otros que nunca han expuesto nada vengan a recoger el fruto de su cosecha regada con tantas vidas, para que sigan tiranizando al pobre pueblo español el que, ¡bien triste es decirlo!, nunca se redimirá, pues para que ello pudiera ocurrir tendría que no existir lo que el imperio de la humanidad soez y

brutal. ¡Egoísmo! (sic) En fin, que nunca puede uno llegar a lo que nuestros buenos deseos quieren. ¿Dónde están las doctrinas tan cacareadas? Existen. Sí. Pero en el verdadero idealista, en el que va al campo a luchar, en el que da el pecho y la cara, pero ¿en los dirigentes? NO, NO y NO. Dejemos seguir esta farsa de ideas y esperemos. ¿El qué? Nada. Continuar arrastrando una vida, cada vez más miserable, puesto que en el camino que hemos emprendido en pos de una gran fe idealista vamos dejando jirones de nuestra idealidad, de nuestra propia vida: ya que nuestra idealidad van (sic) cerniéndose el cuerpo de la desesperanza, la decepción y la dejadez para dejar que esta misma vida nos lleva en caminos de nuevos desengaños a un final de cuya existencia desconocemos todos. ¿Será entonces cuando podremos hallar aquella verdad que en vano vamos buscando? ¡Quién lo sabe! Después de comer vinieron nuestros buenos amigos hermanos los marineros, quienes han puesto en nosotros un afecto tan fraternal que es hasta ahora en la vida de campamento lo único un poco real y verdad que hemos encontrado, pues en nuestra vida honrada vamos viendo palpablemente que ésta, hoy en día, a la mujer le estorba y pone trabas a su camino a seguir. Nos contaron cuánto nos echaban de menos y, lo que nos llena de indignación y coraje, que los que habían llegado el día antes eran tan malos o peores que los que estaban en el campamento general, pero ¿es que no puede la mujer olvidar una cosa tan abnegada y tan sublime como es la lucha comenzada contra el fascismo? ¿Es que todos han venido aquí en busca de la hembra? ¡¡Malditos sean todos ellos!! Cuando estábamos con nuestros camaradas hermanos, tres aviones fascistas de caza empiezan a bombardear el campamento de Gavaldá. Dicen que hubo dos bajas. También nos han contado los marineros incidentes desagradables. Dos milicianos tuvieron una violenta discusión que degeneró en reyerta, terminando en agresión, que le costó la vida a uno de ellos, por tal motivo fue fusilado el otro al día siguiente. ¿No es triste este incidente que demuestra de manera tan palpable que no hay redención posible entre nosotros? Por la tarde para la instalación de un nuevo hospital de sangre fue dada orden de desplazamiento para éste de dos enfermeras y ya estaban dispuestas Mari García y Daría a marcharse. Hasta este momento no he comprendido el verdadero afecto que existe entre nosotras, pues al pensar que pudiéramos desunirnos me ha hecho tal impresión que en poco ha estado que no llorase, pues aún cuando a María García la estimo muy de veras es ya diferente, pues se trata de una mujer de 53 años y, claro es, son otras las conversaciones que hay entre nosotras, pero el que Daría se marche sí que me produjo sentimiento ya que nuestro mayor deseo, y así nos lo hemos prometido, es estar, siempre, juntas las cuatro, Teresa, Daría, Mercedes y yo. Pero afortunadamente se arregló todo al explicarle al médico nuestro deseo de permanecer juntas, acabó por acceder y nos fuimos al

Hospital de Sangre. ¡Qué decepción la nuestra al ver que se trataba tan solo de un pajar! Comimos un poco de queso y empezamos a preocuparnos del dormir. Llevamos sacos de paja y los pusimos en el suelo de la cocina y con una sábana así dormimos. Aun cuando no conseguimos, principalmente yo, el hacerlo. ¡Qué noche de calor! Toda la noche sudando.

Día 29.- Como siempre a las 6 ya estábamos levantadas, desayunamos café con leche y ahora que he aprovechado para escribir lo que me faltaba estamos esperando trasladarnos a un nuevo edificio para instalar en debida forma de condiciones este Hospital de Urgencia, ya que es el más próximo al frente y aquí se les practica la cura urgente y luego se les traslada al hospital de Torre Nova en donde estuvimos ayer o al buque hospital "Comillas". Efectivamente encontramos una casa en buenas condiciones y con casi comodidades, aun cuando estaba cual todas en estado deplorable. Como primera medida la limpiamos, barrimos y en seguida distribuimos las habitaciones para cada grupo. La que nos correspondió a nosotras cinco la dejamos casi elegante, toda vez que teníamos alfombras, espejo y una cama en buenas condiciones de ropa, colchones, sábanas y mantas. Hicimos la comida, una buena sopa de caldo de gallina, chorizo y carne de gallina, luego gallina y ensalada, postre y nada más. Estuvimos arreglando el botiquín y cuando todo estaba en condiciones vinieron a decirnos que teníamos que marcharnos porque la Cruz Roja no puede estar en vanguardia, sino a la retaguardia. Yo me negaba a marcharme, pues lo que existía entre todas era una palabra, Miedo, pero como yo no soy nadie vinimos otra vez en donde el día anterior. Nada más llegar se suscitó la cuestión del dormir y como no contaban con nosotras en la habitación pusieron sacos que habían traído de abastos. Se armó la discusión porque unas decían se nos arreglase habitación para dormir, otras decían que las donas eran iguales que los hombres, y como ellos durmieran en el suelo. Yo no puede contenerme, y ya que venía de un genio de mil demonios viendo que esto es una desorganización que no tiene nombre, me levanté en contra de los deseos de todas las demás, y me fui al grupo para decirles que no había lugar a discusión alguna, ya que puesto que llevábamos 14 días durmiendo en tierra, uno más nos era indiferente, y que éramos milicianas y dormiríamos donde lo hicieran los demás compañeros. Les pareció muy bien y así quedó la cosa. Luego vino el inglés a hablarnos para desagraciarnos, y María García le dijo un par de cosas bien dichas. Nos fuimos a dormir sobre la paja en sacos y así acabó este día 29.

Día 30.- Nos levantamos a las 5 y esperando a que venga el médico para que vea qué hemos de hacer, quedamos hasta las 9 en que salimos para recoger las

cosas de donde habíamos instalado el Hospital con objeto de trasladarnos a otra casa en retaguardia. El médico no quería fuese yo a buscar las cosas, pero a mí el médico no me manda, porque no es nadie. Es un compañero con una misión a cumplir, pero sin mando sobre mí, pues si él es médico yo soy miliciana, así que me he ido y hemos recogido todos los utensilios y provisiones que nos precisaban. Al volver en el camino, nos hemos concentrado con el avión de los fascistas que estaba ametrallando y por este motivo hemos tenido que escondernos bajo un árbol para que no nos tirase. Ya hemos llegado aquí y esperamos la casa a que hemos de trasladarnos. Es una juerga, ¡¡Esta es la organización y la igualdad proletaria!! Ha empezado una farsa inacabable y si acaso llega a terminar será con un final desastroso. Todos los grupos de UGT, CNT y FAI están divididos y hablando se ve claramente la equivocación y el absurdo en las ideas de lo que va a ser en lo sucesivo España, que pensando fría, serenamente y sin apasionamiento alguno se siente el terror de lo que se aproxima. Va a ser un caos. Lucha más fratricida que la entablada, puesto que ahora se lucha contra el enemigo del proletario, de la libertad individual, pero la lucha que calladamente se va cerniendo es más fratricida, pues es entre los mismos proletarios sólo por egoísmos partidistas. ¿Cómo no puede haber una comprensión, un momento de lucidez que haga ver, que haga comprender, la insensatez de estar con piques de partidismo cuando se están juntando en la tierra que está en poder de los fascistas la sangre de todos ellos, para lograr el deseo que es también de todos de una victoria definitiva y magnífica que lleve a la clase trabajadora a la epopeya final? Hemos estado esperando la casa hasta la tarde sin comer más que un pedazo de membrillo, luego hemos venido a la casa. ¡Qué casa más sucia y más horrible! ¡Parece una casa destrozada por un ciclón! Por el suelo lleno de escombros, sillas partidas y en una habitación todo manchado de sangre en donde hay un olor pestilente. Han empezado a sacar a paletadas los escombros y la basura, y luego han empezado a echar cubos en la habitación para ablandar la sangre, no podíamos resistir el hedor que salía de la habitación, pues es que cayó un herido muerto, y allí estuvo días y días muerto y la sangre estaba podrida. Aquí es imposible estar de todo punto, pues la casa está llena de cañonazos y amenaza hundirse. No hay sitio donde poner nada y hoy dormimos todavía peor. ¡Vamos adelantando! Cenar tendremos que tomar queso y sobrasada. Menos mal que al ir a por agua nos han dado unos milicianos conejo. Al volver nos han tiroteado pasando una bala por encima de mi cabeza, que nada ha estado que me diera. Luego en la casa, cuando estaba haciendo un poco de leche condensada nos han visto que estábamos en la casa, y han estado más de media hora tirándonos y una bala ha dado en el quicio de la ventana en que estaba Merche (que así llamamos a Mercedes) y en nada ha estado que le

diera. Ha quedado el olor de la pólvora la mar de rato. Esta noche no nos ha tocado cenar, pues la cena era imposible de tomar. Hemos cenado un poco de pera en dulce, un cuarto de pera a cada una. Con este alimento y después –como notemos de discutir sobre la cama- en un colchón nos hemos acostado. Cuatro de nosotras en un colchón, pues en las camillas nos daba repulsión porque estaban llenas de sangre. Teresa se ha acostado en el suelo, pues se ha enfadado sin motivo y ha estado llorando todo el día. No nos habla principalmente a mí, que es quien dice la he ofendido más. Lo mejor será no darle más bromas, pues no tiene correa para aguantarlas.

Día 31.- Nos levantamos con la gran perspectiva de no tener qué desayunar, hemos ido a buscar café abajo, al castillo, y no había y hemos tenido que ir al campamento de Torre Nova a ver si quieren darnos. Yo estoy desmayada que no puedo tenerme y deseando me den un poco de café a ver si me pasa el desmayo. He traído la jarra para llevar café a los demás. En este momento, siete de la mañana, viene a visitarnos el caza aviones fascista. Desde que los fascistas tienen este aparato han quedado inutilizados nuestros aviones, que no vuelan por temor a ser cazados. Esto es lo que vamos avanzando. A este paso la vida es un soplo. Hace tres días que no se hacen operaciones. ¿La causa? Nadie la sabe, el caso es que es así. Esto le da ocasión al enemigo de preparar. Ayer los aviones fascistas tiraron hojas diciendo se rindieran los milicianos, que nada han de hacerles. No sabemos si es que se ven perdidos o si tratan que se busque un arreglo en beneficio de ellos. A las 11 nos hemos marchado todas a excepción del médico y otras dos enfermeras, después de discutir un poco porque el médico quería que nos quedásemos dos de nosotras. María García nos ha consultado qué pensábamos y las hermanas María, Mercedes y yo hemos dicho que teníamos que ir todas juntas y luego le ha preguntado a Teresa, y ésta nada ha querido contestar. Al fin nos hemos ido todas y hemos venido a una casa en donde nos hemos instalado bastante bien a pesar de que desde luego esta casa no es tan buena como la otra de Son Carrió, pero también está bastante bien. Hemos comido, gracias al requiso de gallinas, una buena sopa e hijos de postre. Teresa, a pesar de yo haberle dicho que no era cosa de estar enfadada y darle la mano, no ha querido hacer las paces. Con María y Mercedes se habla, pero a mí no me ha dirigido la palabra. Ahora se han ido ella y María García al campamento de las playas a ver si tenemos cartas, pues en dieciséis días que llevamos aún no hemos sabido ninguna de nadie. Tiene que ser que no llegan las cartas; si no, no es posible que no escriban a ninguna. Hemos aprovechado para escribir nuevamente a las familias. Están los aviones bombardeando y hemos tenido que meternos en la casa pues se dirigen a la playa y es de esperar hagan algún daño.

Cuando ya estábamos intranquilas por María y Teresa, pues eran las ocho y no habían venido, llegaron éstas y dijeron que habían tirado varias bombas y habían ametrallado el campamento de la playa, en el que está toda la lona que hace de techo agujereada. Habíamos tenido carta Teresa y yo, pero con tantos cambios de hospital que hemos hecho las habían llevado a Torre Nova y ya de allí no se sabe qué han hecho de ellas. Después de estar aguardando con tanta impaciencia las noticias, cuando éstas llegan no lo hacen a nuestro poder. Por la noche tomamos leche y sobrasada y a dormir.

Día 1º. de septiembre - A las 5.30 nos despiertan tres aviones enemigos que están bombardeando nuevamente. ¡Buen despertar! Veremos cómo acaba un día que empieza en esta forma. Desayunamos leche. Ahora van a matar una oveja que con tres cerdos y varias gallinas hemos requisado. Por unos días tenemos asegurado el comer, pues tenemos una lata también de cinco kilos de leche condensada y también chorizos y sobrasada. Claro que dentro de unos días nos instalaremos en el mismo pueblo, pues ahora no lo hacemos porque no ofrece las debidas seguridades, aparte que la Cruz Roja ha de ir a la retaguardia, y entonces tendremos más comodidades y estará instalado con más aseo e higiene el hospital pues aun cuando ahora, con arreglo a las circunstancias se ha hecho lo mejor posible, no reúne condiciones de asepsia y esterilidad tan precisos en un local destinados (sic) a hospital. Han matado un cordero que era muy hermoso, pues debía pesar unos 5'0 kilos, y hemos hecho la mitad para comer. Los aviones siguen haciendo de las suyas y María y Teresa que han ido por platos a la casa de la avanzada les han tiroteado un poco que en poco les da un disgusto. Ésta sigue enfadada conmigo. Ya me voy cansando de estar así, pues me fastidia estar con una persona sin hablarme, pero no puedo rebajarme a ella pues no hay motivo para ello, ya que si se ha enfadado ha sido por una broma y ya le pedí disculpas por ello. Hemos cogido almendras y las estamos pelando a la luz de la luna, lo que me dio ocasión de admirar un paisaje precioso. Se ha cantado y hablado un poco. Después de cenar nos hemos acostado a las nueve de la noche. A las tres de la mañana ya estaba el bendito avión fascista tirando confites de aquellos que no hacen daño.

Día 2.- Como siempre, por no variar, a las 6 en punto nos despierta con las bombas el avión y estamos aquí aguardando si alguna nos toca a nosotras. Han tirado hoy dos que deben de haber caído muy cerca, pues ha retumbado la casa de la explosión, hasta que tire una a la casa hospital de aquí. En medio de todo tienen a veces algo de gracia, pues cuando se oye que se aproxima el avión todos nos tenemos que esconder corriendo para que no adivine dónde estamos.

Teníamos la Cruz Roja puesta en la puerta, pero tuvimos que quitarla porque en seguida que se dio cuenta empezó a bombardearnos el primer día. Son las 5 de la tarde. Al volver del campamento general, de ver si teníamos carta, cosa que no fue así, hemos tenido el feliz encuentro del avión fascista, éste empieza a bombardear por encima de nosotras, lo que nos hace desviarnos un poco de nuestro camino. Claro que nos ha evitado caer quizá víctimas de las bombas, toda vez que a 50 metros escasos de donde nos hemos escondido y en el camino que habíamos de llevar ha tirado tres bombas seguidas. Nos hemos escondido María, Merche y yo entre unas matas. No hacemos más que salir de allí nuevamente vuelve a tornar a volar sobre nosotras, ya que estamos en el punto estratégico para el bombardeo del hospital. Llevamos tres cuartos de hora escondidas y aun cuando los milicianos le tiran con fuego de ametralladora y artillería es perder el tiempo, toda vez que no le alcanzan. Ahora va tirando proclamas, a ver si cogemos una para ver de qué se trata. Hemos cenado y después de dar un paseo nos hemos acostado.

Día 3.- Como cada día a las 6 nos despierta el avión con sus bombas, y empieza el tiroteo. Ayer a las nueve se armó un gran tiroteo, parecía que se iniciaba un ataque, pero no debía de ser así pues en seguida se terminó. El día transcurrió tranquilo, tanto es así que hemos pasado la tarde jugando a las cartas ganado yo 1,40. Después de cenar hemos estado un rato jugando y bailando, pasando un rato distraído. A las 10 ha pasado la centuria 30 que se dirigía al frente, nos hizo un efecto emocionante, verlos desfilar a la luz de la luna que era llena, tan en silencio, viéndose tan sólo el brillar de los fusiles y la sombra de los milicianos.

Día 4.- Por no perder la costumbre a las 5 nos despiertan los cañonazos de los buques de guerra "Jaime I", "Almirante Miranda" y un submarino, que llegaron ayer, los que han iniciado una buena táctica de combate. Cuando habían ido al hospital Martínez y el Mallorquín han venido a decirnos que el hospital estaba abandonado y todo roto por el suelo. En Son Carrió, que han ido los hermanos gallegos, tampoco han encontrado a nadie. Con esto y el continuo bombardeo iniciado ha cundido entre nuestro grupo el terror por miedo a que hayan hecho un avance los fascistas y como crecemos de aviso alguno en la mayoría hemos abandonado el hospital con rumbo al Cuartel General para ver si así adquirimos noticias concretas sobre lo ocurrido. Salimos todos con las mochilas, y lo más indispensable. Yo que me encuentro con fiebre por estar de cólico estoy fastidiada con esta caminata. Nada más salir de la casa hospital empiezan a bombardear los aviones enemigos, que son cuatro de caza, los barcos, y ello nos hace falta, que

vamos por el camino que tiran las bombas, tenemos que refugiarnos en una higuera. Solá y Martínez se han desplazado para la playa ya que todos en grupo sería expuesto hacerlo. En estos momentos los barcos han iniciado retirada ante el frecuente y casi eficaz bombardeo. Vuelan sobre nosotros mismos y cada vez más bajos. En estos momentos en que ignoramos lo sucedido y los de mayor emoción que llevamos vividos, yo me encuentro tan serena y tranquila, pues parece ser, que en mi ser no existe ninguna fibra que vibre a las emociones de peligro, pues verdaderamente el momento es peligroso, y con que nos divisaran sería ¡el caos! Deshechos por una bomba. ¿Seremos proletarios o habremos caído en poder del fascio? Ahora tenemos un momento de confusión, si son aviones enemigos o los que esperábamos. Esto hace cundir el entusiasmo y la tranquilidad en nuestro grupo de la Cruz Roja. Son instantes inolvidables, y que en su peligro agradan vivir, para quien sea deseoso de experimentar emociones violentas. Tan pronto creemos sean fascistas como no y en una forma u otra se hace cundir la esperanza o el pánico. En fin, ya veremos en qué acaba este emocionante episodio, si en una victoria o en nuestro exterminio. Hace dudar el que sean de nosotros, pues huyen de los barcos, pero por otra parte los barcos no les disparan. Esperemos se descifre la incógnita que hay abierta cual un paréntesis sobre nuestras vidas. Pasan los momentos y seguimos en las mismas aun cuando ante la animación que hay entre las mujeres, que demostraron ser, si no más valientes, por lo menos más serenas. Vuelve a cundir entre nosotros el optimismo y comenzamos a conversar en broma y a esperar la llegada de Solá, que será el que descifre esto y el plan a seguir. Martínez, que no se fue con Solá, tiene tanto miedo que está, estamos haciéndonos las señas los unos a los otros para así seguirnos viviendo el día, mañana es cinco que será necesario o no habrá lugar a ello (sic). Llega el practicante y dice que tenemos que ir al campamento porque se han ido todos a Mallorca, donde dicen se ha sublevado la tropa. Llegamos al campamento y la desolación es con nosotros. Todo él aparece destruido, abandonado, se ve claramente la huida y que ha habido alarma o realidad, de que hemos sitio traicionados, si no, no puede ser de otra manera. Han salido en una barcaza cuatro compañeros para alta mar a ver si ven algún barco que pueda venir a recogernos, otros tres han ido a caballo a Porto Cristo para ver si queda algún compañero de milicias o si saben algo de esto que ocurre, y todos hemos cogido fusiles y tenemos preparadas municiones para en caso de ataque, aun cuando será tonto pensar en defendernos, pues somos escasamente veinte personas. Están los ánimos excitados, más que por el peligro, lo es por vernos traicionado, pues si fuera como dicen que en Palma se han sublevado las tropas, no era necesario que hubieran abandonado todo, caballerías, automóviles, pues todo está destruido, en la tienda de Gabaldá está todo roto y tirado por tierra,

se ven las características de la huida, ante la voz de alarma, o señal de peligro. ¡Qué momentos más inenarrables de peligro! ¡Qué emoción ante el momento enorme de peligro sin arreglo posible! Yo he cogido nuestra bandera, pues no quiero quede abandonada y debe ir con nosotros hasta el último momento. ¡Qué nerviosismo existe! ¡Todos quieren mostrarse valientes y, sin embargo, se les ve que el abatimiento, el temor y el miedo les domina! Tenemos víveres para un par de días, municiones también, esperemos los acontecimientos.

Fin del diario. Todos fueron detenidos en la playa de Sa Coma. En la madrugada del 5 de septiembre de 1936 fueron asesinadas las cinco milicianas en el cementerio municipal de Son Coletes, Manacor.

FIN

BANDA SONORA

(DISCOGRAFÍA DE LOQUILLO Y LOS TROGLODITAS) <https://www.loquillo.com/>

1. El Ritmo del Garaje
2. Cadillac solitario
3. Yo para ser feliz quiero un camión.
4. No surf.
5. Cuando fuimos los mejores.
6. Qué hace una chica como tú en un sitio como este.